



AÑO II.

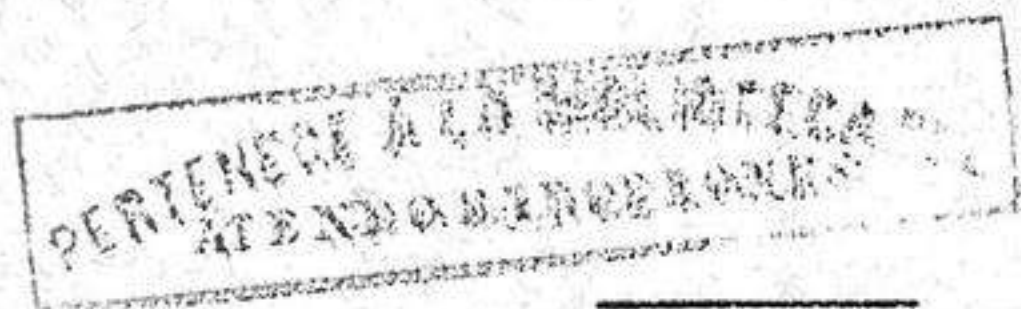
NÚM. XXIV.

LA

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO



DICIEMBRE—1890

MADRID

IMPRENTA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL .

Flor Baja, 22

—
1890

*Para la reproducción de los artículos
comprendidos en el presente tomo , es
indispensable el permiso del Director de
LA ESPAÑA MODERNA.*

Sección Extranjera.



LA SONATA DE KREUTZER (1)

I.

A cada parada del tren iban bajando viajeros de nuestro coche y subiendo otros nuevos; pero quedaban siempre tres personas que se dirigían, como yo, á la estación más distante: una señora, ni joven ni guapa, de cara consumida, con gorra á la cabeza, un paletot medio de hombre, y fumando pitillos; su compañero, caballero muy locuaz, de cuarenta años, portador de un equipaje flamante, muy arreglado y ordenado; finalmente, otro caballero entre dos edades, bajo de estatura, muy nervioso, con unos ojos muy brillantes de color indefinido y sumamente atractivos, ojos que saltaban con rapidez de un objeto á otro. Este señor, que se mantenía á cierta distancia, no entabló conversación durante casi todo el trayecto con ningún viajero, como si

(1) Esta trágica novela está siendo la obra más admirada de cuantas han visto la luz durante el año actual: ni las de Zola, Daudet y Bourget han merecido tanta atención del mundo literario como la del ilustre publicista ruso, que en brevísimo tiempo ha sido traducida en seis idiomas. Ofrecemos á nuestros lectores la versión castellana, hecha con exquisito cuidado por uno de nuestros más eminentes literatos.

evitase toda clase de relaciones. Cuando alguien le dirigía la palabra, daba una respuesta breve y seca, y se ponía á mirar obstinadamente por la ventanilla.

Á mí se me antojó, no obstante, que le pesaba la soledad. Él parecía que adivinaba mi pensamiento, y cuando se encontraban nuestros ojos—lo cual sucedía á menudo, porque estábamos sentados casi frente á frente,—volvía la cabeza y evitaba entrar en conversación conmigo, de la propia suerte que con todos los demás. Á la caída de la tarde, aprovechando una parada larga, el caballero de los equipajes flamantes—un abogado, según supe después,—bajó con su señora á tomar té. Durante su ausencia entraron en el coche algunos viajeros nuevos, entre los cuales figuraban un viejo alto, muy afeitado y arrugado, un comerciante á todas luces, embutido en un cumplido capote de pieles y cubierto por una gorra no menos cumplida. Este comerciante se sentó frente al puesto vacío del abogado y [de su compañera; incontinenti entró en conversación con un joven que parecía un viajante de comercio, y que acababa de subir igualmente. El viajante empezó por decir: «Que el sitio de enfrente estaba ocupado», y el viejo respondió: «Que él se quedaba en la estación próxima». Por ahí principió el palique.

Ya no me encontraba lejos de esos dos viajeros, y como el tren estaba parado, podía oír retazos de su plática, mientras no hablaban otros.

Discurrieron primeramente sobre el precio de los artículos del mercado, y, en general, sobre asuntos del comercio; nombraron á una persona que ambos conocían, y después conversaron sobre la feria de Nijni-Novgorod.

El comisionista se alababa de conocer personas que andaban allí de francachelas y devaneos; pero el viejo

no le dejó seguir, poniéndose á contar francachelas y devaneos de antaño en Kunavino, en las cuales había tomado parte. Estaba evidentemente muy orgulloso de tales recuerdos, y creía sin duda que en nada padecía con eso la gravedad que denotaban su semblante y sus modales. Contaba con orgullo cómo, estando beodo, había hecho en Kunavino tales locuras, que no podía decirselas al otro más que al oído.

El viajante soltó una carcajada estrepitosa. El viejo se reía también, enseñando dos dientes larguiruchos y amarillentos. Como no me interesaba su charla, salí del vagón para estirar las piernas. En la portezuela encontré al abogado y su señora :

—No tiene V. tiempo ya (me dijo el abogado); va á sonar el segundo toque.

En efecto : apenas llegué á la cola del tren, se oyó la campanilla. En el momento de entrar, el abogado hablaba animadamente con su compañera. El comerciante, sentado enfrente de los dos, permanecía taciturno.

—Y ella (decía el abogado, sonriendo, al tiempo que yo pasaba á su lado) declaró redondamente á su marido «que no podía ni quería vivir con él, porque....»

Y continuó; pero no me enteré del resto de la frase, distraído por el paso del conductor y de un nuevo viajero. Restablecido el silencio, volví á oír la voz del abogado : la conversación pasaba de un caso particular á consideraciones generales.

—Y luego vienen la discordia, los apuros de dinero, las disputas entre ambas partes, y los esposos se separan.... En otro tiempo, rara vez sucedían esas cosas.... ¿No es verdad?—preguntó el abogado á los dos comerciantes, procurando manifiestamente atraerlos á la conversación.

En este punto rompió á andar el tren; el viejo se quitó la gorra, sin contestar, y se santiguó por tres veces, mascullando una oración. Cuando hubo acabado, se encasquetó la gorra hasta los ojos, y dijo:

—Sí, señor; eso sucedía antes lo mismo, pero menos.... En los tiempos que corren debe suceder con más frecuencia.... ¡Ahora sabe tanto la gente!....

El abogado respondió al viejo no sé qué, porque, como la velocidad del tren iba en aumento, era tal el ruido, que no oía yá distintamente. Sintiendo curiosidad por saber lo que dijese el viejo, me acerqué. También mi vecino, el caballero nervioso, estaba evidentemente interesado, y prestaba oído sin cambiar de puesto.

—Pero, ¿qué mal hay en la instrucción? (preguntó la señora con una sonrisa apenas perceptible.) ¿Sería mejor casarse como en tiempos pasados, cuando los novios no se veían siquiera antes del matrimonio? (continuó, respondiendo, según la costumbre de nuestras señoras, no á las palabras de su interlocutor, sino á las que creía que iba á decir.) Las mujeres no sabían si llegarían á amar, ni si serían amadas; se casaban con el primer advenedizo, y después lo lloraban toda la vida. ¿Por lo visto, según Vds., las cosas andaban mejor de esa manera?— prosiguió, dirigiéndose patentemente al abogado y á mí, y no, ni por asomo, al viejo.

—¡Ahora sabe tanto la gente!—repitió este último, mirando con desdén á la señora, y dejando sin respuesta su pregunta.

—Desearía saber cómo explica V. la correlación entre la instrucción y los disentimientos conyugales,—dijo el abogado sonriendo ligeramente.

Quiso responder algo el comerciante, pero la señora lo atajó:

—No, ¡han pasado esos tiempos!

El abogado le cortó la palabra.

—Déjale expresar su pensamiento.

—Porque ya no hay temor de nada,— contestó el viejo.

—Sin embargo, ¿cómo asociar á personas que no se quieren? Los animales son los únicos que se aparejan á voluntad del amo. Pero las personas tienen inclinaciones, afectos.... — se apresuró á decir la señora, dirigiendo una mirada al abogado, á mí y también al viajante, que escuchaba en pie y sonriente, puesto de codos sobre el respaldo del asiento.

—No dice V. bien, señora (replicó el viejo); los animales son bestias, y el hombre ha recibido una ley.

—Pero, con todo eso, ¿cómo vivir con un hombre cuando no hay amor?— insistió la señora, animada indudablemente por la simpatía y la atención generales.

—Antes no se hacían semejantes distinciones (replicó el viejo en tono grave); ahora es cuando ha entrado eso en las costumbres. En seguida que ocurre la cosa más pequeña, dice la mujer: «Ahí te quedas; yo me voy de esta casa». Hasta entre los aldeanos se ha aclimatado la moda: «Toma (dice ella), aquí tienes tus camisas y tus calzones; ¡yo me voy con Vanka, que tiene el pelo más rizado que tú!» ¡Vaya V. á entenderse con ésas! Y, sin embargo, lo primero para toda mujer debe ser el temor.

El viajante nos miró al abogado, á la señora y á mí, reprimiendo una sonrisa, y dispuesto á burlarse de las palabras del comerciante ó á aprobarlas, según la actitud de los demás.

—¿Qué temor?— preguntó la señora.

—¿Qué temor? ¡El temor del marido! ¡Ese!

—Eso, amiguito, se acabó.

—No, señora; eso no puede acabar. Eva, la mujer,

salió de una costilla del hombre, y no será otra cosa hasta el fin del mundo,—dijo el viejo, meneando la cabeza tan severamente y con tales aires de triunfo, que el viajante, creyendo decidida en su favor la victoria, soltó el trapo á reír.

—Sí, eso piensan Vds. los hombres (replicó la señora, sin darse por vencida, y volviéndose hacia nosotros): Vds. se han reservado la libertad para su uso; en cuanto á la mujer, quieren encerrarla en el serrallo. Á Vds. les es permitido todo, ¿verdad?

—¡Un hombre es otra cosa!

—¿De modo que, según V., al hombre le es permitido todo?

—Nadie le da ese permiso; lo que hay es que, si el hombre anda en malos pasos fuera de su casa, por eso no se aumenta la familia; pero la mujer, la esposa, es un vaso frágil,—continuó el comerciante con la misma severidad.

Su tono autoritario subyugaba evidentemente al auditorio. La misma señora se veía derrotada, aunque no se rendía.

—Sí; pero V. admitirá, supongo, que la mujer es un ser humano, y tiene sentimientos, como el marido. ¿Qué debe hacer si no quiere á su marido?

—¡Si no lo quiere! (repitió el viejo, descomponiéndose y frunciendo el ceño.) ¡Pues no faltaba más! ¡Se la obliga á quererlo!

Este argumento inesperado pareció de perlas al comisionista, que se creyó en el caso de acogerlo con un murmullo de aprobación.

—No tal; no podrá obligársela (objetó la señora). Cuando no hay cariño, no se puede obligar á nadie á querer á su pesar.

—Y si la mujer falta al marido, ¿qué hacer entonces?
—interpuso el abogado.

—Eso no puede pasar (contestó el viejo). Hay que andar con ojo.

—Pero, ¿y si ocurre, á pesar de los pesares? ¿Convenirá V. en que ocurre?

—¡Sucede entre los señorones; entre nosotros, no! (respondió el viejo.) Y si hay maridos tan imbéciles que no dominen á su mujer, merecida se la tendrán. Pero, de todos modos, nada de escándalos. Ten ó no tengas cariño; pero no trastornes la casa. Todo marido puede domeñar á su mujer. ¡Para eso es fuerte! Sólo un imbécil dejará de lograrlo.

Todo el mundo calló. Adelantóse el comisionista, y no queriendo quedarse á la zaga en el debate, empezó con su eterna sonrisa :

—Sí, en casa de nuestro principal ha ocurrido un escándalo, y no es un grano de anís ver claro en el asunto. Se trata de una mujer amiga de divertirse, y que ha empezado á torcerse. Él es un hombre entendido y serio. Al principio era con el tenedor de libros. El marido trató de reducirla á la razón con bondad; pero ella no cambiaba de conducta, sino que, al contrario, cometía las acciones más feas, y dió en robarle dinero. Él la pegaba. ¡Que si quieres! La cosa iba de mal en peor. Empezó á admitir requiebros de un hombre no cristianado, de un hereje, de un judío, con perdón de Vds. ¿Qué podía hacer mi principal? La ha dejado á sus anchas, y él vive ahora como soltero, mientras ella anda arrastrándose por esos mundos de Dios.

—Es que él es un imbécil (dijo el viejo). Si desde el primer día no la hubiese dejado campar por su respeto y la hubiese atado corto, viviría honradamente; ¡no que

no ! Hay que acabar con esas libertades desde el principio. No te fíes de caballo en camino real ; no te fíes de la mujer en tu casa.

En este momento pasó el revisor pidiendo los billetes para la estación próxima. El viejo le dió el suyo.

—Sí; hay que domeñar á tiempo al sexo femenino ; si no, se lo llevará todo la trampa.

—Pero, vamos: ¿V. no la ha corrido también en Kuna-vino con buenas mozas? —preguntó el abogado sonriendo.

—¡Eso es distinto! (dijo severamente el comerciante.) Adiós,—añadió levantándose.

Se arropó en el capote ; saludó quitándose la gorra ; cogió el saco de viaje, y salió del tren.



Apenas marchó el viejo, se generalizó la conversación.

—¡He ahí un vejete del Antiguo Testamento! —exclamó el viajante.

—Es un Domostroy (1) (dijo la señora). ¡Vaya unas ideas salvajes sobre la mujer y el matrimonio!

—Sí, señores (terció el abogado). Todavía estamos lejos de las ideas europeas sobre el matrimonio. En primer término, los derechos de la mujer ; luego el matrimonio libre ; después el divorcio, como cuestión no resuelta aún....

—Lo esencial, y lo que no comprenden entes como ése (interrumpió la señora), es que sólo el amor consagra el

(1) El Domostroy es un código matrimonial del tiempo de Iván el Terrible.

(N. del T.)

matrimonio, y que el verdadero matrimonio es el consagrado por el amor.

El viajante escuchaba sonriente, atento á guardar en la memoria las conversaciones instructivas que oía para explotarlas en lo sucesivo.

—¿Y qué amor es ese que consagra el matrimonio?— dijo de improviso la voz del caballero nervioso y taciturno, que se había aproximado sin que ninguno de nosotros lo notara.

Estaba de pie, con la mano apoyada en el banco, y visiblemente impresionado. Tenía encarnada la cara, hinchada una vena de la frente y temblorosos los músculos de las mejillas.

—¿Qué amor es ese que consagra el matrimonio?— repitió.

—¿Qué amor? (contestó la señora.) ¡El amor común entre esposos!

—Pero, ¿y cómo un amor común puede consagrar el matrimonio?— continuó de mal talante el caballero nervioso, siempre impresionado.

Y pareció querer decir algo desagradable á la señora. Ella lo comprendió, y empezó á aturdirse.

—¿Cómo? Pues muy sencillo,—dijo.

El caballero nervioso cogió al vuelo la palabra:

—¡No; muy sencillo, no!

—La señora dice (intercedió el abogado, señalando á su cara mitad) que el matrimonio debe ser ante todo resultado de un afecto, de un amor, si V. quiere; y que, cuando existe el amor, el matrimonio representa algo sagrado, pero sólo entonces; mientras que todo matrimonio que no se funda en un afecto natural, en el amor, no encierra nada que obligue moralmente. ¿Es así como hay que entenderlo?—preguntó á la señora.

La señora aprobó con un movimiento de cabeza esa traducción de su pensamiento.

—Por consiguiente....—añadió el abogado, continuando su discurso.

Pero el caballero nervioso, sin dejarle acabar, aunque haciendo grandes esfuerzos por contenerse, preguntó :

—Bien, sí, señor ; pero, ¿cómo ha de entenderse ese amor, única cosa que consagra el matrimonio?

—Todo el mundo sabe lo que es el amor,—dijo la señora.

—Pues yo no lo sé, y desearía saber cómo lo define V.

—¿Cómo? Es muy sencillo.

Quedóse pensativa. Luego prosiguió :

—El amor.... el amor.... es la preferencia exclusiva de una persona á todas las demás.

—¿Una preferencia por cuánto tiempo?.... ¿Por un mes, por dos días, por media hora?—arguyó el caballero nervioso, con una irritación singular.

—No, dispense ; V. no habla sin duda de la misma cosa.

—¡Sí ; hablo absolutamente de lo mismo! De la preferencia de una persona á todas las demás.... Pero, pregunto: ¿una preferencia por cuánto tiempo?

—¿Por cuánto tiempo? Por mucho, y á veces por toda la vida.

—Pero eso no se ve más que en las novelas ; en la vida, jamás. En la vida, esa preferencia de uno sobre todos rara vez dura varios años ; lo más común es que sólo dure meses, cuando no semanas, días, horas....

—¡Ah ! No, no, señor. ¡ V. perdone!—dijimos los tres á un tiempo.

Hasta el viajante profirió un monosílabo de reprobación.

—¡Sí, ya sé! (dijo, gritando más que todos.) ¡Vds. hablan de lo que se cree que existe, y yo hablo de lo que existe de hecho! Cualquier hombre experimenta lo que Vds. llaman amor por todas las mujeres bonitas, y muy poco por su mujer. De ahí el refrán, que no miente: «La mujer ajena es mieles, y la propia hieles».

—¡Ah! Pero es terrible lo que V. dice. Y el hecho es que existe entre los seres humanos ese sentimiento que se llama el amor, y que dura, no meses y años, sino toda la vida.

—No, no existe tal cosa. Aun admitiendo que Menelao hubiese preferido á Elena por toda la vida...., Elena prefirió á Paris; es lo que ha pasado, pasa y pasará eternamente; y no puede ser de otra suerte, como no puede ser que, en un cargamento de garbanzos, dos de ellos, marcados con una señal especial, vayan á ponerse juntitos el uno al lado del otro. Sobre que no es ya una cosa problemática, sino segura, que ha de venir la saciedad por parte de Elena ó por parte de Menelao. La única diferencia es que vendrá en el uno más pronto y en el otro más tarde; pero eso de que «se amaron por toda la vida», no se ve más que escrito en las novelas tontas, ni pueden creerlo más que los niños. Amar á una persona toda la vida es como si se dijera que una vela puede arder eternamente.

—Pero es que V. habla del amor físico.... ¿No admite V. un amor basado en una conformidad de ideales, en una afinidad espiritual?

—¿Por qué no? Pero en ese caso no hace falta procrear. (Dispensen Vds. mi rudeza.) ¡Lo raro es que esa armonía de ideales no se ve entre viejos, sino entre personitas jóvenes y agraciadas! (añadió con una risa poco simpática.) Sí; yo afirmo que el amor, que el verdadero

amor no consagra el matrimonio, como solemos creer, sino que, al contrario, lo destruye.

—Perdone V. (dijo el abogado); pero los hechos contradicen sus palabras. Nosotros vemos que existe el matrimonio, que toda la humanidad, ó, por lo menos, la mayor parte, hace la vida conyugal, y que muchos esposos acaban honradamente una larga vida de unión.

El caballero nervioso sonrió maliciosamente:

—¿Y qué? Me dice V. que el matrimonio se funda en el amor; y cuando yo expongo una duda sobre la existencia de más amor que el sensual, quiere V. probarme la existencia del amor por el hecho del matrimonio. ¡Pero si en nuestros días el matrimonio no es más que una violencia y una mentira!

—No, perdón (objetó el abogado). Yo sólo digo que los matrimonios han existido y existen.

—Pero, ¿cómo y por qué existen? Han existido y existen para gentes que han visto y ven en el matrimonio algo sacramental...., un sacramento que obliga ante Dios. Para éstos, existen, y para nosotros no son más que hipocresía y violencia. Lo sabemos de buena tinta, y, para desembarazarnos de la carga, predicamos el amor libre; pero predicar el amor libre no es en sustancia sino invitar á volver á la promiscuidad de los sexos (V. dispense, dijo á la señora), al pecado á la buena de Dios de ciertos *radkolniks* (1). La antigua base se halla conmovida, y hay que edificar otra nueva; pero no predicar la vida licenciosa.

Se acaloraba en tales términos, que todos callaban, mirándolo con asombro.

—Y, sin embargo, la situación transitoria es terrible.

(1) Se apellida así en Rusia á todos los que no pertenecen á la iglesia ortodoxa. (N. del T.)

Las gentes comprenden que no se puede admitir el pecado al azar. Es preciso regularizar de algún modo las relaciones sexuales; pero no existe más base que la antigua, en que ya nadie cree. Las personas se casan á la moda de antaño, sin fe en lo que hacen, lo cual lleva consigo la mentira y la violencia. Cuando sólo se trata de mentira, se soporta fácilmente: el marido y la mujer se limitan á engañar al mundo, presentándose como monógamos—cosa que no está bien, si en realidad son polígamos; pero, en fin, eso es llevadero.—Mas cuando marido y mujer, como á menudo sucede, después de haberse comprometido á vivir juntos toda la vida (sin saber por qué), se encuentran con que ya al segundo mes sienten deseos de separarse, y, sin embargo, siguen viviendo juntos, entonces sobreviene esa existencia infernal en que las víctimas se embriagan, se disparan pistoletazos, se asesinan, se envenenan.

Todos guardaron silencio; nos encontrábamos en una situación violenta.

—¡Sí, sobrevienen episodios críticos como éstos en la vida marital!.... Vean Vds., por ejemplo, el caso de Posdnicheff (dijo el abogado, queriendo desviar la conversación de aquel terreno inconveniente y demasiado excitante.) ¿Han leído Vds. cómo mató á su mujer por celos?

La señora respondió que no había leído nada. El caballero nervioso no desplegó sus labios, y cambió de color.

—Veo que ha adivinado V. quién soy—dijo súbitamente.

—No, no he tenido ese gusto.

—El gusto no es muy grande. Yo soy Posdnicheff.

Nuevo silencio. Posdnicheff se sonrojó, y volvió á palidecer en seguida.

—¿Qué importa, después de todo? (añadió.) Vds. dispensen; no quiero molestarlos.

Y recobró su primer puesto.

III.

Recobré también el mío. El abogado y la señora cuchicheaban. Yo estaba sentado junto á Posdnicheff, y guardaba silencio. Tenía deseos de hablarle, pero no sabía por dónde empezar, y así pasó una hora hasta la próxima estación. Allí bajaron el abogado, la señora y el viajante. Posdnicheff y yo nos quedamos solos.

—¡Lo dicen, pero mienten ó se engañan!—exclamó Posdnicheff.

—¿De qué habla V.?

—Pues.... siempre de lo mismo.

Clavó los codos en las rodillas y se apretó las sienes con las manos.

—¡El amor, el matrimonio, la familia!.... ¡Mentiras, mentiras y mentiras!

Se levantó, corrió la cortinilla, se echó recostándose en los almohadones, y cerró los ojos. Permaneció así un minuto.

—¿Le es á V. desagradable estar conmigo, sabiendo quién soy?

—¡Oh! ¡De ninguna manera!

—¿No tiene V. ganas de dormir?

—Ni remotamente.

—Entonces, ¿quiere V. que le cuente mi vida.

En este instante pasó el conductor. Mi interlocutor le dirigió una mirada nada cariñosa, y no dió comienzo

hasta que estuvo fuera. En adelante no se detuvo una vez durante todo el relato.

Al tiempo de hablar, su cara se inmutó varias veces de una manera tan completa, que, en cada una de sus transformaciones, no ofrecía nada de semejante con la cara del momento anterior. Los ojos, la boca, el bigote, hasta la barba, todo era nuevo, y siempre una fisonomía bella y conmovedora. Esas transformaciones se producían en la penumbra, súbitamente: durante cinco minutos se estaba viendo un semblante; pero en seguida, sin saber cómo, tornaba á cambiar y quedaba enteramente desconocido.

IV.

— ¡Bien! Pues voy á referirle mi vida y toda mi espantosa historia. Sí, espantosa; y la historia misma es más espantosa que el desenlace.

Se pasó la mano por los ojos, y empezó, después de una pausa:

— Para la debida inteligencia, hay que contarle todo desde el principio, hay que contar cómo y por qué me casé, y hay que decir lo que era yo antes de mi matrimonio. Empezaré por decirle quién soy. Hijo de un rico hidalgo de las estepas, antiguo mariscal de la nobleza, fué alumno de la Universidad, licenciado en Derecho. Me casé á los treinta años. Pero antes de hablarle de mi matrimonio, debo decirle cómo vivía primeramente y qué ideas tenía sobre la vida conyugal. Yo llevaba la misma existencia de tantos otros que se presumen personas de distinción, es decir, una existencia relajada, á pesar de

:

la cual estaba muy convencido de ser hombre de una moralidad intachable.

La idea que tenía de mi moralidad dimanaba de que no se conocían en mi familia esas disipaciones especiales tan comunes en la esfera de nuestros nobles propietarios territoriales, y, además, de que mis padres no se engañaban el uno al otro. De esa suerte me había forjado desde la infancia el sueño de una vida conyugal elevada y y poética. Mi mujer debía ser la misma perfección; nuestro mutuo amor, incomparable; la pureza de nuestra vida conyugal, inmaculada. Así pensaba yo, muy engreído con la nobleza de mis proyectos.

Pasé diez años de mi vida de adulto sin darme prisa por contraer matrimonio, y haciendo lo que yo llamaba la vida arreglada y juiciosa del soltero. No era un seductor, no tenía apetitos contra naturaleza, ni convertía la disolución en objeto principal de mi vida, sino que participaba del placer dentro de los límites de las reglas sociales, y me creía ingenuamente un ser profundamente moral. Las mujeres con quienes tenía relaciones no pertenecían á nadie más que á mí, y yo no les pedía otra cosa que el placer del momento.

En todo esto no veía nada de anormal; al contrario, miraba como una prueba de mi honradez el hecho de no comprometer mi corazón y pagar en dinero contante. Huía de las mujeres que podían atar mi porvenir enamorándose ó dándome un hijo. No es esto decir que no hubiese quizá hijos ó afectos, pero yo me las arreglaba de modo que no tuviese que enterarme....

Y viviendo así, me reputaba un hombre honrado á carta cabal. No comprendía que la relajación no consiste únicamente en actos físicos, que ninguna ignominia física constituye la relajación por sí sola, sino que el verda-

dero libertinaje está en emanciparse de todo lazo moral respecto de una mujer con quien se tienen relaciones carnales, y ¡yo miraba como un mérito *esa emancipación!* Recuerdo que una vez pasé grandes torturas por haberme olvidado de pagar á una mujer que probablemente se entregó á mí por amor. No me quedé tranquilo hasta demostrarle que no me consideraba obligado á nada para con ella, enviándole el dinero. No mueva V. la cabeza como si estuviese de acuerdo conmigo (exclamó de pronto vehementemente); ya conozco esas ilusiones: todos en general, y V. en particular, si no es una rara excepción, tienen las mismas ideas que yo tenía entonces; y si está V. de acuerdo conmigo, es ahora sólo; antes no pensaba V. así. Tampoco pensaba así yo; y si me hubieran dicho lo que acabo de decirle, no me habría sucedido lo que ha pasado. Pero, en fin, la cosa no es para tanto; V. dispense (continuó); la verdad es que es espantoso, espantoso, espantoso, este abismo de errores y de disolución en que vivimos frente al verdadero problema de los derechos de la mujer....

—¿Qué es lo que V. entiende por el *verdadero* problema de los derechos de la mujer?

—El problema de lo que es ese ser especial, organizado de distinto modo que el hombre, y cómo ese ser y el hombre deben mirar á la mujer....

V.



—Sí, durante diez años, viví en el desorden más repulsivo, soñando en el amor más noble, y hasta en nombre de ese amor. Sí, quiero contarle cómo he matado á mi mujer, y para eso tengo que decirle cómo me he co-

rrompido. La maté antes de conocerla; maté á *la* mujer desde el momento en que hube gustado la voluptuosidad sin amor, y con eso, y *desde entonces*, maté á *la mía*. Sí, señor; hasta después de haber sufrido, hasta después de haberme atormentado, no he comprendido la raíz de todo, no he comprendido mi crimen. Vea V., pues, dónde y cómo empezó el drama que ha acarreado mi desgracia.

Hay que remontarse á la época en que tenía diez y seis años, cuando estaba todavía en el colegio y mi hermano mayor estudiaba el primer curso. Yo no andaba aún en tratos con mujeres, pero no era ya inocente, como ocurre con todos los infelices niños de nuestra sociedad; hacía más de un año que me habían pervertido los mozalbetes, y que me torturaba la idea de la mujer, no como se quiere, sino la idea de la mujer como algo infinitamente delicioso, la idea de la desnudez de la mujer. Mi soledad no era ya pura. Vivía en un suplicio, como V., seguramente, y como el noventa y nueve por ciento de nuestros muchachos. Sentía un vago espanto, oraba á Dios, y me prosternaba.

Estaba ya pervertido en imaginación y en la realidad, pero me faltaba dar los últimos pasos. Me perdía á mis solas, mas sin haber puesto las manos todavía en otro ser humano. Aún podía salvarme, cuando he aquí que un amigo de mi hermano, un estudiante muy alegre de los que se llaman mozos de chispa, es decir, uno de los mayores bribones, que nos había enseñado á beber y á jugar á las cartas, se aprovechó de una noche de embriaguez para arrastrarnos. Fuimos. Mi hermano, tan inocente como yo, cayó esa noche.... Y yo, un monigote de diez y seis años, me manché y contribuí á la mancilla de la mujer, sin comprender lo que hacía; jamás he oído á mis amigos que obrase mal. Verdad es que hay diez manda-

mientos en la Biblia, pero los mandamientos no son más que para recitarse delante de los curas, y no tan exigidos siquiera como los preceptos sobre el uso del *ut* en las proposiciones condicionales.

De modo que yo no he oído nunca á los mayores, cuya opinión estimaba, que aquello fuese reprehensible; al contrario, personas á quienes respetaba me decían que había hecho bien, que, después de ese acto, se calmarían mis luchas y mis sufrimientos: eso lo he oído y lo he leído. He oído á las personas mayores que era excelente para la salud, y mis amigos parecían pretender que en eso había no sé qué mérito y qué valentía. Así, pues, el hecho era enteramente loable. En cuanto al peligro de una enfermedad, es un peligro previsto; ¿no se cuida de ello el Gobierno? Él rige la marcha regular de las casas públicas, asegura la higiene de la corrupción en beneficio de todos nosotros, jóvenes y viejos, y se encargan de la vigilancia médicos retribuidos. ¡Perfectamente bien! Afirman que el libertinaje es provechoso para la salud, é instituyen una corrupción regular. Madres conozco yo que cuidan de la salud de sus hijos por lo que atañe al caso. ¡Y la ciencia misma los envía á los lupanares!

—Pero ¿por qué dice V. la ciencia?—pregunté.

—¿Pues qué son los médicos sino pontífices de la ciencia? ¿Quién pervierte á los jóvenes afirmando tales reglas de higiene? ¿Quién pervierte á las mujeres ideando y enseñándoles medios de no tener hijos? ¿Quién cuida la enfermedad con entusiasmo? ¡Ellos!

—Pero ¿por qué no cuidar la enfermedad?

—Porque cuidar la enfermedad es dar carta blanca á la disipación; es lo mismo que las casas de expósitos.

—No, porque entonces....

—Sí; que una centésima parte de los esfuerzos que se

gastan en curar la enfermedad se emplease en curar la lascivia, y ha mucho tiempo que no existiría la enfermedad; mientras que ahora todos los esfuerzos se consumen, no en extirpar la disipación, sino en favorecerla, combatiendo sus consecuencias. Pero, en fin, no se trata de eso; se trata de que yo, como las nueve décimas, cuando no más, no sólo de los hombres de nuestra clase, sino de todas las clases, incluso los aldeanos, he pasado por el trance tremendo de caer, y no porque me subyugase la seducción natural de una mujer determinada. No, ninguna mujer me sedujo; caí, porque el medio en que me encontraba no veía en ese hecho degradante más que una función legítima y útil para la salud, porque otros no veían en él más que una expansión natural, excusable, y hasta inocente en un joven. Yo no comprendía que aquello fuese una caída, y empecé á entregarme á esos placeres (parte deseo y parte necesidad) que me hacían creer característicos de mis años, de la misma manera que empecé á fumar y á beber.

Y, á pesar de todo, había en esa primera caída algo singular y conmovedor. Me acuerdo de que allí mismo, sin salir del cuarto, me invadió al punto una tristeza tan profunda, que me daban ganas de llorar: ¡de llorar la pérdida de mi inocencia, la destrucción para siempre de mis relaciones con la mujer! Sí; mis relaciones con la mujer quedaban destruidas para siempre. Yo no podía tener relaciones puras de allí en adelante. Me había trocado en un ser voluptuoso, y la voluptuosidad es un estado físico semejante al del morfinómano, del borracho y del fumador.

Así como el morfinómano, el borracho y el fumador no son ya hombres normales, de igual manera el que ha conocido varias mujeres para el placer no es ya tampoco un

hombre normal. Es anormal para siempre, es un voluptuoso. Y así como cabe conocer al borracho y al morfinómano por la fisonomía y las maneras, así también cabe conocer al voluptuoso. Puede contenerse, puede luchar; pero no volverá á tener nunca con las mujeres relaciones sencillas, puras y fraternales. En la manera de mirar á una joven se puede reconocer al voluptuoso, y yo me volví voluptuoso, y lo he sido siempre desde entonces.

VI.

—¡Sí, como lo digo! ¡Y el mal fué en aumento con toda especie de agravantes! ¡Dios mío! ¡Me espanta recordar todas mis cobardías y todas mis malas acciones! Y entonces vuelvo los ojos á aquel otro yo que todavía era objeto de burlas por su inocencia en aquella época.

Cuando oigo hablar de la juventud dorada, de los oficiales, de los parisienses, y veo á todos esos señores, como yo, calaveras de treinta años, que tenemos sobre la conciencia centenares de crímenes tan terribles y variados respecto de las mujeres, entrar en un salón ó un baile, bien lavados, afeitados y perfumados, con camisa blanquísima, con frac ó uniforme, como emblemas de pureza, ¡Dios mío, qué asco! ¡Tiempo llegará en que se desvelen todas esas mentiras y cobardías!

Así, no obstante, viví hasta los treinta años, sin abandonar un minuto el propósito de casarme y de labrarme una vida conyugal elevada, á cuyo efecto observaba á las jóvenes que podían convenirme. ¡Yo estaba metido de pies en la podredumbre, y al propio tiempo buscaba vír-

genes cuya pureza fuese digna de mí! Deseché á muchas de ellas. ¡No me parecían bastante puras!

Por fin encontré la que me pareció hallarse á mi nivel. Era una de las dos hijas de un hacendado de Penza, muy rico en otro tiempo y arruinado más tarde. Para hablar en plata, y sin falsa modestia, me persiguieron, y acabaron por echarme el gancho. La madre (el padre ya no existía) preparó toda clase de lazos, y uno de ellos—un paseo en bote—decidió de mi porvenir.

Resolvíme al final del paseo susodicho, de noche, á la luz de la luna, cuando regresaba, sentado junto á ella. Iba admirando la esbeltez de su cuerpo, sus formas encantadoras modeladas por un *jersey*, los rizos de sus cabellos, y concluí de pronto que era *mi media naranja*. Aquella hermosa noche se me puso en la cabeza que ella comprendía todo lo que pensaba y sentía yo, ¡y yo pensaba y sentía las cosas más elevadas!

¡Nada! En el fondo no había más que el *jersey*, que le sentaba muy bien, y los rizos de sus cabellos, amén de que yo había pasado el día á su lado y quería una aproximación más íntima.

Entré entusiasmado en mi casa; entré convencido de que aquella joven realizaba la más alta perfección, de que, por eso mismo, era digna de ser mi mujer; y al día siguiente se lo propuse....

¡No! V. dirá lo que quiera; vivimos en tal abismo de mentiras, que, si algún acontecimiento no nos asesta un golpe en la cabeza, no podemos abrir los ojos á la realidad. ¡Qué embrollo! De mil hombres que se casan, no sólo entre nosotros, sino de la gente del pueblo, apenas se encontrará uno que no se haya casado antes por lo menos una docena de veces. (Es verdad que ahora hay, según dicen, jóvenes puros que se penetran de que el caso

no es asunto de juego, sino una cosa seria. ¡Que Dios los ayude! Pero, en mi tiempo, no se daba con uno semejante entre mil.)

Y todos lo saben, y fingen no saberlo. En todas las novelas se describen *ce* por *be* los sentimientos de los personajes, los lagos, las espesuras por cuyo alrededor vagan; pero al describir su *gran* amor, no se sueltan prendas sobre lo que fué antes *él*, el simpático individuo; no se dice una palabra sobre las visitas á los burdeles, sobre las criadas, las cocineras y las mujeres del prójimo.

Y si hay novelas tan *inconvenientes*, no se ponen en manos de las jóvenes. En presencia de las vírgenes, todos los hombres afectan creer, ó poco menos, que no existen esos placeres corrompidos de que participa *todo el mundo*; y tan bien lo fingen, que casi llegan á convencerse á sí mismos de que es verdad. En cuanto á las pobres jóvenes, ellas lo creen muy en serio, como lo creía mi desgraciada mujer.

Me acuerdo de que, siendo ya oficialmente su prometido, le enseñé mis «memorias», donde podía enterarse á medias de mi pasado, y especialmente de mi último enredo, que hubiese podido descubrir por alguna oficiosidad,—y por esto fué precisamente por lo que me creí en el caso de comunicarle esas memorias.—Todavía veo su terror, su desesperación, su extravío, al saberlo y comprenderlo. Estuvo á punto de romper. ¡Qué fortuna hubiese sido para ambos!

Calló un momento Posdnicheff.

—¡Pero no! (continuó.) ¡Vale más que haya sido así, vale más! ¡Yo me lo tenía merecido! En fin, ahora poco importa. Yo quería decir que en ese caso se encuentran muchas pobres jóvenes á quienes se engaña. En cuanto á las madres, las madres singularmente, edificadas por

sus maridos, nada se les oculta; y fingiendo creer en la pureza del joven, obran como si no creyesen.

Saben de qué modo han de conquistar á las gentes para sí y para sus hijas. Nosotros, los hombres, pecamos por ignorancia, y por nuestra obstinación en no aprender; en cuanto á las mujeres, comprenden de sobra que el amor más noble, el más poético, como decimos, depende, no de las prendas morales, sino de una intimidad física, y también de la manera de peinarse, y del color y hechura del vestido.

Pregúntese á una coqueta experta que proyecta seducir á un hombre, qué preferiría : si quedar convicta de falsía, de perversidad y de crueldad en presencia del hombre cuya conquista maquina, ó presentarse delante de él con un vestido mal hecho ó de un color que no la favorezca. Suscribirá á lo primero. Sabe muy bien que nosotros no hacemos más que mentir al hablar de la elevación de nuestros sentimientos, que no buscamos más que la posesión de su cuerpo, y que por esa causa le perdonaremos todas sus ignominias, y no le perdonaremos un traje de mal tono, de mal gusto y de mal corte.

Y todo eso lo sabe reflexivamente, mientras que la doncella no lo sabe más que por instinto, como los animales. De ahí esos abominables *jerseys*, esas protuberancias artificiales por detrás, esa desnudez de hombros, de brazos y de pecho.

Las mujeres, y en particular las que han pasado por la escuela del matrimonio, saben perfectamente que las conversaciones sobre asuntos elevados no son más que conversaciones; que lo que el hombre busca y quiere es el cuerpo y todo lo que adorna ese cuerpo; y sabiéndolo así, obran en consecuencia. Si dejamos á un lado explicaciones convencionales y miramos la vida de nuestras

clases superiores é inferiores tal como es, con todo su impudor, resulta que es una vasta casa pública. ¿No es V. de esa opinión? Pues permítame, que voy á demostrarlo,—dijo interrumpiéndome.

¿V. dice que las mujeres de nuestra sociedad viven por otro interés que las mujeres de las casas de lenocinio? Yo digo que no, y voy á probárselo. Si los seres difieren entre sí según el objeto de su vida, según su *vida interior*, eso deberá reflejarse también en su *exterior*, y su exterior será enteramente diferente. Pues bien: compare V. á las miserables, á las menospreciadas, con las mujeres de la más alta sociedad; el mismo vestir, las mismas maneras, los mismos perfumes, la misma desnudez de brazos, de hombros y de pecho, el mismo polisón, la misma pasión por las piedras preciosas, por los objetos brillantes y muy caros, las mismas diversiones, bailes, músicas y cantos. Las primeras atraen por todos los medios; las segundas también: ¡ninguna diferencia, ninguna!

En severa lógica, lo que hay que decir es que las prostitutas á corto plazo son generalmente menospreciadas, y las prostituidas á largo plazo estimadas. ¡Sí! Y yo también he sido cautivado por *jerseys*, aires garbosos y rizos de cabellos.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNDO BARCELONÉS

VII.

Y era sencillísimo cautivarme, puesto que me había criado en las condiciones artificiales de los cohombros en las estufas. Nuestra alimentación demasiado abundante, junto con la ociosidad física más completa, no es otra cosa que la excitación sistemática de nuestra concupis-

cencia. Á los hombres de nuestra clase se los alimenta y cuida como á los caballos padres. Basta cerrar la válvula, es decir, basta que un joven lleve una vida de continencia durante algún tiempo, para que inmediatamente sienta una inquietud, una excitación, que, exagerándose al través del prisma de nuestra vida antinatural, provoca la ilusión del amor.

Todos nuestros idilios, y el matrimonio, son en su mayoría resultado de la alimentación. ¿Se asombra V.? Pues á mí lo que me asombra es que no lo conozcamos. No lejos de mi finca trabajaban esta primavera unos aldeanos en un terraplén del ferrocarril. V. conoce bien la alimentación del aldeano: pan, *kvass* (1) y cebollas. Con esa comida frugal vive, anda ágil, y hace los trabajos ligeros del campo. En el camino de hierro, su ración se transforma en *cacha* (2), con una libra de carne; sólo que restituye esa libra en un trabajo de diez y seis horas, moviendo una carreta de mil doscientas libras.

Y nosotros, que comemos dos libras de carne y caza; nosotros, que tomamos toda clase de bebidas y de alimentos excitantes, ¿cómo gastamos todo eso? En excesos sensuales. Cuando está abierta la válvula, todo marcha bien; pero ciérrrese, como yo la había cerrado temporalmente antes de mi matrimonio, y en seguida vendrá una excitación, que, deformada por las novelas, los versos, la música, y por la ociosidad y el lujo de nuestra vida, dará un amor superfino. Yo también me he enamorado, como todo el mundo; he sabido lo que son transportes, ternezas, poesía; pero, en el fondo, toda esa pasión venía preparada por la mamá y las costureras. Si no hubiese habido paseos en bote, vestidos bien entalla-

(1) Una especie de sidra. (N. del T.)

(2) Gachas con grasa. (N. del T.)

dos, etc.; etc., si mi mujer hubiese ido metida en un saco informe, y yo la hubiera visto así, no me habría seducido.

VIII.

Y note V. esta otra mentira de todo el mundo : la manera de hacerse los matrimonios. ¿Qué cosa debería ser más natural? La muchacha es casadera ; pues es preciso casarla. ¿Hay nada más sencillo, si la chica no es un monstruo, y si existen hombres que deseen casarse? ¡Pues no, señor! Aquí empieza una nueva hipocresía.

Antiguamente, cuando la doncella llegaba á la edad favorable, los padres, que se miraban en su hija, arreglaban el matrimonio. Eso se hacía, y eso se hace aún en toda la humanidad ; lo practican los chinos, lo practican los indos, lo practican los musulmanes, y hasta la gente del pueblo entre nosotros ; es lo que se observa, en fin, en el noventa y nueve por ciento, cuando menos, de las familias humanas.

Nosotros, los libertinos, somos los que hemos descubierto que tal moda era mala, y hemos inventado otra cosa. ¿Y qué otra cosa? Que las jóvenes estén sentadas, y que los caballeros se paseen como en un bazar, y hagan su elección. Las doncellas esperan, y dicen para sus adentros, aunque no se atrevan á decirlo fuerte : «Escógeme á mí, joven ; á mí, y no á ésa.... ¡Mira qué hombros! ¡Mira qué todo!» Nosotros, los varones, nos paseamos, apreciando la mercancía con la mirada. Y luego discurrimos en conferencias públicas sobre los derechos de la mujer y sobre la libertad que va adquiriendo, yo no sé cómo....

—¿Qué hacer, pues? (le pregunté.) ¿Ha de ser la mujer la que formule proposiciones?

—¡Yo no sé nada! Pero, si se trata de igualdad, es preciso que la igualdad sea completa. Si se estima humillante que se contraigan matrimonios por intermedio de agencias matrimoniales, es, sin embargo, mil veces preferible á nuestro sistema. De aquel modo, los derechos y los azares son iguales; del nuestro, la mujer es una esclava expuesta en el mercado. Y como ella no puede resignarse á su condición, ni tampoco declararse al hombre, inventa esa otra mentira más abominable, que, unas veces se llama *frecuentar la sociedad*, otras *divertirse*, y que no es, en resumen, más que ir á caza de novio.

Vaya V. á decirle á una madre ó á su hija que no se preocupan más que de la caza del marido. ¡Qué ofensa, Santo Dios! Sin embargo, no pueden hacer otra cosa, ni tienen otra cosa que hacer. Y lo terrible es ver á veces obsediadas exclusivamente por tales ideas á pobres muchachas tiernas é inocentes. Si al menos, repito, se hiciese con franqueza; pero no, no se ven más que mentiras y palabrería de este género:

—« ¡Ah! ¡la descendencia de las especies!.... ¡qué interesante!

—» ¡Oh! ¡mi Azucena se interesa mucho por la pintura!

—» ¿Irá V. á la Exposición?... ¡Qué cosa tan hermosa!

—» Y la *troika*¹, y los teatros.... y la sinfonía. ¡Ah! ¡qué delicioso!

—» ¡Mi Elisa enloquece por la música!

—» Y V., ¿cómo no participa de estas convicciones?»

Y todas, en medio de esa charla, no tienen más que un solo pensamiento: «Decídete por mí, decídete por mi Elisa. ¡No, por mí! ¡Vamos, atrévete!»

¹ Coche ruso tirado por tres caballos. (N. del T.)

IX.

—¿Se ha hecho V. cargo (prosiguió bruscamente Posdnicheff) de que ese poder de las mujeres, bajo el cual padece el mundo, dimana sólo de lo que acabo de decir?

—¿Cómo el poder de las mujeres? (exclamé.) Si, al contrario, todo el mundo se queja de que no tienen bastantes derechos, de que están esclavizadas.

—¡Eso, eso, precisamente! (respondió con viveza.) Eso es lo que yo quiero decir, y lo que explica el fenómeno extraordinario de que la mujer se vea reducida, por una parte al último grado de humillación; y por otra parte, impere sobre todo. Vea V., si no, los judíos: con el poder del dinero se vengan de su servidumbre lo mismo que las mujeres. «¡Ah! ¿Queréis que no seamos más que mercaderes? ¡En hora buena! Como mercaderes, nos haremos dueños de vosotros,» dicen los judíos. «¡Ah! ¿Queréis que no seamos más que objetos de sensualidad? ¡Corriente! Mediante la sensualidad, os encorvaremos bajo nuestro yugo», dicen las mujeres.

La falta de derechos de la mujer no está en la privación del de sufragio ó de ejercer magistraturas, sino en que no es igual al hombre en sus relaciones sexuales, en que no tiene el derecho de usar del hombre y abstenerse de él, el derecho de elegirlo, en vez de ser elegida. Dice V. que eso sería abominable. ¡Bueno! Pero entonces que tampoco el hombre tenga esos derechos, de que se priva á su compañera, obligándola á asegurar su dominio con el arma de la sensualidad; por donde resulta á la postre que el hombre elige *formalmente*, pero en realidad quien

elige es la mujer. No bien llega á la posesión de sus recursos, abusa de ellos y adquiere una supremacía terrible.

—Pero ¿en dónde ve V. ese poder excepcional?

—¿En dónde? Pues en lo que quiera, en todo. Visite V. las tiendas de una gran ciudad. Allí hay millones y millones; allí es imposible estimar la enorme suma de trabajo que se consume. ¿Hay algo para uso de los hombres en las nueve décimas partes de esas tiendas? Todo el lujo de la vida es exigido y sostenido por la mujer. Examine V. las fábricas: la mayoría trabajan en adornos femeninos; millones de hombres, generaciones de esclavos, mueren después de una vida de trabajos forzados tan sólo por los caprichos de nuestras compañeras.

Las mujeres, á modo de soberanas, guardan como prisioneros de guerra, sujetos á trabajos forzados, á las nueve décimas partes de los hombres. Y todo porque se las humilla, porque se las priva de derechos iguales á los nuestros. Se vengán explotando nuestra sensualidad y cogiéndonos en sus redes.

Sí, á eso se reduce todo. Las mujeres se han transformado á sí mismas en un arma tal para dominar los sentidos, que los jóvenes.... ¡qué jóvenes! hasta los viejos no pueden permanecer serenos en su presencia. Fíjese V. en una fiesta popular, ó en nuestras reuniones, en nuestros bailes: la mujer está penetrada del influjo que ejerce allí; se lo dirán á V. sus sonrisas de triunfo.

En el momento en que un joven se acerca á la mujer, inmediatamente queda bajo el influjo de ese opio y pierde la cabeza. Desde hace mucho me sentía yo desasosegado cuando veía una mujer muy bien aderezada, así fuese una mujer del pueblo con su pañoleta roja y su saya festoneada, como una mujer de la alta sociedad con su traje de baile. Pero ahora esa vista me causa pura y

simplemente terror. Me representa el peligro de los hombres, algo contrario á las leyes, y me dan tentaciones de llamar á un guardia, de pedir un auxilio cualquiera, y reclamar que se quite de en medio aquel objeto peligroso.

Y no me bromeo ni poco ni mucho. Tengo la convicción, tengo la certidumbre de que ha de venir un día—y quizá no está lejos—en que se asombrará la gente de que haya podido existir una sociedad donde se permitían hechos tan nocivos como el de adornarse el cuerpo de la manera que lo hacen las mujeres para provocar la sensualidad de los hombres. Es lo mismo que poner trampas á lo largo de las vía públicas, ó peor aún.

X.

He ahí, pues, cómo me cogieron. Yo estaba lo que se llama enamorado ; no sólo me parecía ella un ser perfecto, sino que me consideraba á mí mismo como un malviz. Es una vulgaridad que no hay en el mundo un libertino que no pueda encontrar otro más vil, y, por consecuencia, enorgullecerse y sentirse satisfecho. En ese caso estaba yo. No me casé por el dinero : el interés no entró por nada en ese asunto, al contrario de lo que he visto en la mayoría de las personas conocidas, que se han casado por el dinero ó por emparentar con ciertas familias. En primer lugar, yo era rico y ella pobre ; en segundo lugar, yo estaba muy ufano con mi firme intención de vivir como monógamo después del noviazgo y de la boda, cuando los demás se casaban pensando continuar su vida polígama de célibes ; y me ufanaba de esto de una manera desmedida.

:

Sí, yo tenía la convicción de ser un ángel, siendo un cerdo inmundo. Mi época de novio no fué larga. No puedo acordarme sin vergüenza de ese período. ¡Qué abominación!

¿Quedamos, pues, en que el amor es un sentimiento moral, una comunidad de espíritu más bien que de sensaciones materiales? Si es así, tal comunidad de espíritu deberá expresarse en palabras, deberá traducirse en las conversaciones. Nada de eso. Nos era sumamente difícil hablar á solas. ¡Qué trabajo de Sísifo nuestras conversaciones particulares! Apenas discurríamos algo que decir, y nos lo comunicábamos, vuelta á callar y á ponerse en busca de asuntos nuevos. No sabíamos qué decirnos literalmente. ¡Cuanto pudiéramos imaginarnos sobre la vida que nos esperaba, sobre nuestro estado futuro, todo estaba dicho!

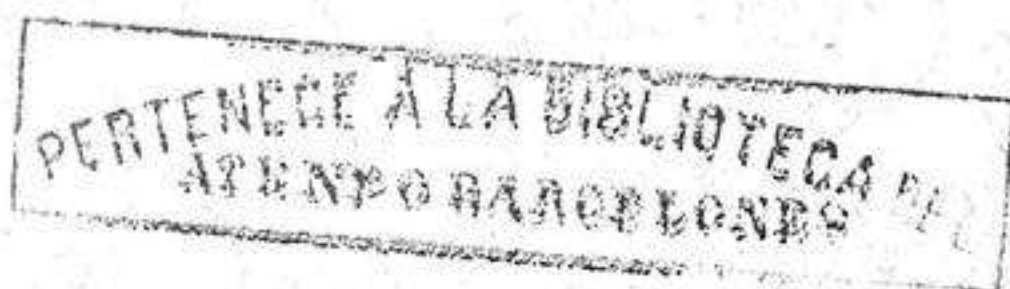
¡Y ahí es nada! Á ser animales, hubiésemos sabido que no teníamos que hablarnos; pero, entre nosotros, no había escape: ¡era forzoso hablar, sin ocurrírse nos de qué! Porque lo que nos embargaba á los dos no era cosa que se resolviese en palabras.

¡Y, por remate de cuentas, esa costumbre estúpida de comer golosinas, esa glotonería brutal por los dulces, esos abominables preparativos de boda, esas discusiones de la mamá sobre las habitaciones, las alcobas, el servicio de cama, los peinadores, las batas, la ropa blanca, los vestidos! Para el que se case á la antigua usanza, como decía hace poco ese viejo, ¡claro!, almohadones de pluma, trajes nupciales, ajuar de cama, todas esas cosas son pormenores sacrosantos. Mas entre nosotros, de cada diez que se casan, á duras penas se encuentra uno que crea, no digo yo en los sacramentos (si cree ó no, puede tenernos sin cuidado), pero que crea siquiera en lo que

promete. Apenas hay uno entre cien que no se haya casado antes, y apenas hay uno entre cincuenta que no esté decidido á engañar á su futura.

La gran mayoría mira ese viaje á la iglesia como una condición necesaria para poseer cierta mujer. ¡Considere V. la significación suprema que deben adquirir desde entonces todos los pormenores materiales! ¿No es como una venta, en que se cede una doncella á un libertino, rodeando la venta de las más gratas circunstancias?

XI.



Así se casan todos, y yo seguí la corriente. Si los jóvenes que sueñan con la luna de miel supiesen qué desilusión les aguarda....., ¡pero qué desilusión! Yo no sé de veras por qué todos creen indispensable disimularlo....

Un día andaba yo en París visitando los espectáculos llamativos, y entré en uno, seducido por la muestra, para ver una mujer barbada y un perro marino. La mujer era un hombre disfrazado, y el can un perro común que nadaba en un baño, vestido de una piel de foca. No había, pues, nada de interés; pero el exhibidor me acompañó á la salida muy cortésmente, y se dirigió al público aglomerado á la puerta, apelando á mi testimonio. «Pregunten Vds. al señor si vale la pena de verse....—¡Pasen Vds., pasen; un franco por persona!» Y, en medio de mi confusión, no me atreví á responder que el espectáculo no ofrecía nada de particular; y á buen seguro que ya contaba el hombre con esa falsa vergüenza mía.

Eso mismo debe ocurrir con las personas que han pasado por las abominaciones de la luna de miel; no se atreven á desilusionar al prójimo. Y otro tanto hice yo.

Las delicias de la luna de miel son mentidas. Al contrario, es un período de malestar, de vergüenza, de lástima, y, sobre todo, de enojo....., ¡de enojo feroz! Es algo así como lo que experimenta un adolescente cuando empieza á fumar; tiene ganas de provocar, babea, y se traga la saliva, haciendo como que saborea ese placer tan divertido. El placer de fumar, como el placer amoroso, si llegan á sentirse, es después del noviciado. Hace falta que los esposos adquieran la costumbre y logren la educación de ese vicio para que sientan un goce en él.

—¿Cómo *vicio*? (dije.) ¡Pues si está V. hablando de una de las cosas más naturales !

—¡Naturales! (exclamó). ¿Naturales? No. Estimo, al revés, que es contrario á la naturaleza ; y note V. que ha adquirido ese convencimiento el que le habla, un hombre pervertido y disipado. ¿Qué sería, pues, si yo no hubiese conocido la corrupción? Para una joven, para toda joven no pervertida, es un acto de lo más contrario á la naturaleza, lo mismo que para los niños. Mi hermana se casó muy joven con un hombre que tenía el doble de su edad, y que era profundamente corrompido. Me acuerdo de la sorpresa que nos causó la noche de bodas, cuando la vimos, pálida y bañada en lágrimas, huir de su esposo, temblando con todo su cuerpo, y diciendo que por nada del mundo podía declarar lo que aquel hombre quería de ella.

¡Dice V. natural! Natural es comer ; he ahí una función provechosa, agradable, y que á nadie da vergüenza cumplir desde su nacimiento. ¡Pero *eso*! ¡Si eso avergüenza, repugna y daña! No. ¡Qué ha de ser natural! Á una muchacha no corrompida le inspira siempre horror; he llegado á adquirir esta certidumbre. Una joven pura quiere una cosa : ¡hijos! Hijos, sí ; ¡un amante, no!

—¿Pero cómo se propagaría el genero humano?—pregunté con asombro.

—¿Y qué falta hace que se propague?—respondió con vehemencia.

—¿Cómo que qué falta hace? ¡Pues entonces no existiríamos!

—¿Y para qué se necesita que existamos?

—¡Caramba , para vivir!

—¿Y á qué vivir? Los Schopenhauer , los Hartmann, todos los budhistas dicen que el mayor bien es el Nirvana, el No-vivir....; y aciertan en un sentido, en cuanto el bienestar humano coincide con el aniquilamiento de la propia personalidad. Sólo que no se expresan bien. Dicen que la humanidad debe aniquilarse para evitar el sufrimiento, que su objeto debe ser destruirse á sí misma. Ahora : el objeto de la humanidad no puede ser evitar el sufrir por el aniquilamiento , puesto que el dolor es resultado de la actividad, y el objetivo de la actividad no puede cifrarse en suprimir sus consecuencias. El objeto del hombre, como de la humanidad, es el bienestar; y, para alcanzarlo, tiene una ley á que debe someterse. Esa ley consiste en la unión de los seres, unión dificultada por las pasiones, entre las cuales la peor y más poderosa es el amor sexual. Y he aquí por qué, si desaparecen las pasiones, y con ellas la más fuerte, el amor corporal, la unión será un hecho consumado. La humanidad habrá cumplido su ley desde ese punto y hora , y no tendrá razón de ser en adelante.

—¿É ínterin la humanidad cumple la ley?

—En el ínterin tendrá la válvula de seguridad.... El signo de la falta de cumplimiento de la ley es la existencia del amor corporal. Mientras ese amor exista, y gracias á él, irán naciendo generaciones, una de las cuales aca-

bará por cumplir la ley. Cuando ésta sea cumplida, el género humano será aniquilado; por lo menos, nos es imposible representarnos la vida en medio de la perfecta unión de las gentes.

XII.

—¡Extraña teoría!— exclamé.

—¿Por qué extraña? Según todas las doctrinas de la Iglesia, el mundo tendrá un fin. La ciencia llega á la misma conclusión fatal. ¿Qué hay, pues, de extraño en que, según la doctrina moral, resulten las mismas cosas? «Los que pueden contenerlo lo contienen», ha dicho el Cristo; y yo me atengo á ese pasaje, según está escrito textualmente. Para que haya moralidad en las relaciones sexuales de las personas, es menester que miren como un objetivo la castidad completa. Tendiendo hacia este objetivo, el hombre se humilla, y cuando llegue al último grado de humillación, tendremos el matrimonio moral.

Pero si el hombre, como acontece entre nosotros, no tiende más que hacia el amor corporal, rodeándolo de pretextos, y revistiéndolo de la falsa forma del matrimonio, no tendrá más que el desenfreno permitido, no conocerá sino la misma vida inmoral en que he sucumbido yo y he hecho sucumbir á mi mujer, esa vida que llamamos la vida honrada de la familia. Calcule V. qué perversión de ideas debe originarse, cuando se mira como cosa miserable y ridícula la situación más afortunada del hombre: la libertad, la castidad. El ideal más alto, el estado mejor de la mujer: ser pura, ser una vestal, una virgen, provoca el miedo y la risa en nuestras sociedades. ¡Cuántas y cuántas jóvenes no sacrifican su pureza á ese Molok

de la opinión, casándose con canallas por no permanecer siendo vírgenes, es decir, superiores! Por temor de encontrarse en ese estado ideal, se pierden.

Pero yo no comprendía en otro tiempo que estas palabras del Evangelio : «El que mira á la mujer con voluptuosidad comete ya adulterio con ella», no se refieren á la mujer ajena, sino antes y principalmente á la propia. No lo comprendía, y pensaba que mi luna de miel y todos mis actos durante esa época eran virtuosos, que satisfacer uno sus deseos con su mujer es una cosa eminentemente casta. ¡Figúrese V., ese viaje, esos aislamientos que se procuran los recién casados con el permiso de los padres!.... Á mí me parece que todo ello no es, en definitiva, más que la autorización de la vida licenciosa.

Pero digo que yo no veía en todo eso nada malo ni vergonzoso, y entré en mi luna de miel, prometiéndome mil goces. ¡Y juro que no hubo nada de lo dicho! Pero yo tenía fe en mi luna, y me empeñé en disfrutarla á toda costa ; sólo que, cuanto más me esforzaba, menos lo conseguía. Fué una época de inquietud, de vergüenza y de disgusto. Pronto vinieron los sufrimientos : creo que al tercer ó cuarto día encontré á mi mujer triste, y le pregunté la razón. Empecé á besarla, que era, en mi sentir, cuanto ella podía desear ; pero me apartó con la mano, llorando.

¿Por qué? No pudo decírmelo. Estaba desazonada y angustiada. Probablemente sus nervios torturados le habían sugerido la verdad sobre la ignominia de nuestras relaciones, pero no encontraba palabras con que decírmelo. Seguí apurándola á preguntas, y entonces me respondió que echaba de menos á su madre. Me pareció que no decía la verdad. Traté de consolarla, guardando silencio sobre sus padres, sin ocurrírseme que lo que es-

taba era agotada y rendida simplemente, y que para nada entraban sus padres en aquella situación de ánimo. No me escuchaba. Entonces la tildé de caprichosa, y empecé á hacerle burla, aunque con mimo. Aquí ella secó sus lágrimas, reconviniéndome en términos duros y ofensivos mi egoísmo y mi crueldad.

La miré. Todo su semblante expresaba odio, y aquel odio era contra mí. No puedo pintar á V. el espanto que sentí al verlo. «¡Cómo! ¡qué!, pensaba yo. ¿El amor es la unidad de las almas, y resulta que me odia? ¡que me odia á mí! ¿Por qué? ¡Pero si es imposible! ¡Ésta no es aquélla!»

Procuré calmarla. Inútil. Me estrellé contra una hostilidad fría é inquebrantable, tanto que, sin poder reflexionar por el momento, se apoderó de mí una viva irritación, y cambiamos frases desagradables.... La impresión de ese primer altercado fué terrible. Lo llamo altercado, pero no es la palabra propia. Era el descubrimiento súbito del abismo abierto entre nosotros. El amor se había agotado con la satisfacción de la sensualidad, y nos veíamos frente á frente bajo nuestro verdadero aspecto, como dos egoístas que tratan de procurarse el máximo de goces, como dos individuos que quieren explotarse mutuamente.

De modo que lo que yo llamaba nuestro altercado era nuestra verdadera situación puesta de manifiesto, una vez aplacada la voluptuosidad. Yo no me dí cuenta de que esa hostilidad fría era nuestro estado normal, y que esa primera contienda quedaría ahogada bien pronto por una nueva oleada de refinado sensualismo. Creí que nos habíamos amostazado, que habíamos hecho las paces, y que aquello no volvería á ocurrir. Pero en esa misma luna de miel vino un período de saciedad en que dejamos

de ser necesarios el uno al otro, y estalló una nueva discordia.

No era, pues, una cosa fortuita la primera. «Era fatal», pensé. La segunda riña me dejó tanto más suspenso cuanto que surgía de una causa extraordinariamente injusta. Ello vino á ser una cuestión de dinero—y es de advertir que yo no había regateado nunca sobre este capítulo; más aún: era imposible que lo hiciese con ella.—No recuerdo más sino que á una observación que le dirigí, insinuó que me proponía dominarla por medio del dinero, y que en el dinero fundaba mi único derecho sobre ella. En fin, una sandez y una bajeza superlativas, que no estaban en mi carácter ni en el suyo.

Me puso fuera de mí, la acusé de falta de delicadeza, me devolvió la acusación y estalló la disputa. En sus palabras, en la expresión de su semblante, en sus ojos, volví á notar aquel aborrecimiento que no hacía mucho me había llenado de espanto. Me ha sucedido reñir con un hermano, con amigos, con mi padre, pero nunca medió entre nosotros esa inquina feroz. Pasó algún tiempo; nuestro odio recíprococedió bajo un nuevo flujo de voluptuosidad, y volví á consolarme, diciéndome que tales escenas eran faltas reparables.

Pero á la tercera, á la cuarta vez, comprendí que no era una simple falta, sino una fatalidad que debía reproducirse. Me curé de espantos, maravillándome tan sólo de que hubiese de ser yo precisamente el que viviera tan mal con su mujer, y de que no ocurriesen esas cosas en los demás matrimonios. Ignoraba que en todos los matrimonios pasan las mismas peripecias, aunque todos se figuran, como yo, que semejantes peripecias son una desgracia, pura y simplemente una desgracia, reservada á ellos solos, y ocultan cuidadosamente su vergonzoso in-

fortunio, no sólo á los demás, sino á sí mismos, como una enfermedad sospechosa.

Es lo que á mí me sucedió. Iniciado el mal desde los primeros días, fué en aumento con síntomas de exacerbación más acentuados cada vez. Allá, en mis adentros, presentí desde las primeras semanas que había caído en el garlito, que me sucedía lo que no preví, y que el matrimonio no es una felicidad, sino una prueba penosa. Me negué á confesarlo, como todo el mundo, y aun en este mismo momento no lo confesaría, á no ser por el desenlace.... Ahora me hago cruces al pensar cómo no veía mi verdadera situación. Y cuidado que no era muy difícil, teniendo delante aquellas contiendas originadas por motivos tan fútiles, que era imposible recordarlos después.

Á la manera de los muchachos alegres, que cuando no tienen de qué reír, se ríen de su propia risa, nosotros no encontrábamos razones para odiarnos, y nos odiábamos porque nos rebosaba el odio naturalmente. Pero todavía era más extraordinaria nuestra manera de reconciliarnos sin venir á cuento. Algunas veces, sí, mediaban palabras, explicaciones y hasta lágrimas; pero otras me acuerdo de que, después de llenarnos de improperios, de repente, y sin más preparativos, venían los abrazos y las efusiones amorosas. ¡Abominación! ¿Cómo no me daban en ojos entonces esas bajezas?....

CONDE LEÓN TOLSTOI.

(Fin de la primera parte.)

LEY DE RAZA

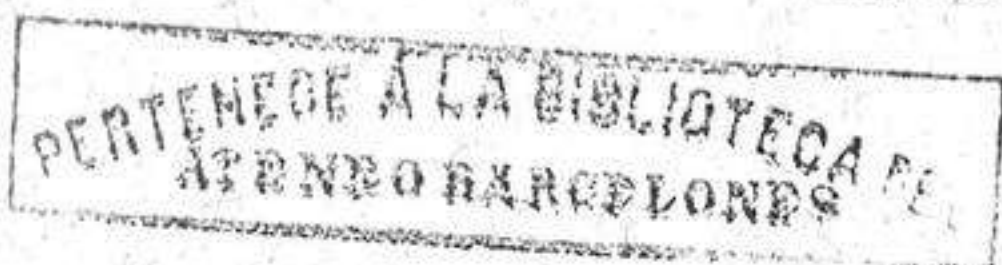
PARÍS, que todo lo descubre, ha descubierto de larga fecha que no se hace nada sólido sin tener tiempo por delante ; pero como no estaba en su mano resucitar las corporaciones ni las razas feudales, ha ideado la singularidad de producir individuos que puedan dar cima á una larga obra, edificadora ó demolidora, perpetuándose, como en otro tiempo las familias, y viendo pasar por delante de sí varias generaciones sin perder su juventud, antes bien conservándola, gracias á un conjunto de medios sobrenaturales, cuya fórmula permanecerá desconocida mientras la ciencia no penetre en los secretos de la magia moderna. Esta verdad, que podrían atestiguar miles de hechos, se evidencia sobre todo con una reciente historia, que no ha olvidado aún la sociedad parisiense. Hacia fines de Julio de 1874, el general conde de Morénas, que habitaba con su mujer é hija en su histórico castillo de las inmediaciones de Mezières, recibió la siguiente carta de su antiguo compañero el general Roll :

« Mi querido Juan :

» No te alarmes más de lo debido al ver la letra de un

hombre que no escribe nunca ; pero en la tardanza está el peligro. Tu hijo Pablo se ha enamorado. Cosa bien natural (me dirás) en un teniente de veinticinco años. Eso es cierto, y no te distraería yo con estas pequeñeces si Pablo amase á una bailarina ó á una gran dama ; pero, en mi humilde juicio, y por miope que yo sea, creo peligrosa la heroína de su aventura , porque es una joven, y, al parecer, una joven de aquellas con quienes se casan los donceles contra la voluntad de los padres. Figúrate la criatura más delgada, más esbelta y aérea, una rama de sauce, con cabellos como un soplo, con ojos celestes, boquita pensativa, un velo que el viento atormenta y acaricia como si se recrease en ese juego, y unas manos largas ¡tan menuditas! Imposible ver en esa frágil niña una señora casada, y menos aún una señorita á la moda , porque lleva vestidos de tres al cuarto, sin más mérito que su gracia ; pero su familia debe guardarla bastante mal, puesto que la encuentro continuamente con Pablo. En las calles de París ; en el teatro, escondidos en un palquito ; en los bosques de los alrededores, adonde yo voy á pasear la gota por prescripción facultativa ; por todas partes, en fin, diviso á lo lejos esa aparición encantadora, que me hace pensar en Dafnis y Cloe ; y no sé cómo demonios cumplirá Pablo sus deberes militares, á los cuales no hay que decir que no podría faltar un Morénas. Tú sabes, mi antiguo camarada, que yo soy un africano de manos rudas, incapaz de desenredar semejante madeja ; no tenía autoridad ninguna para amonestar á Pablo, ni tampoco hubiese cometido la tontería de ir con cuentos al ministro, ó á los jefes de que depende tu hijo, sobre pecadillos que deben ignorar. Así es que no he vacilado en dirigirte esta denuncia, porque sé que eres demasiado caballero y demasiado bondadoso para atormentar en lo

más mínimo á una muchacha, que podrá tener diez y siete años, y lleva todavía en los labios la leche de su nodriza. Obra, pues, como te dicten tu bondad y tu sano juicio, y no dejes de querer nunca á tu invariable,



»ANACARSIS ROLL.»

Leída esta carta, el general de Morénas se despidió de la condesa y mandó á su ayuda de cámara que le preparase la maleta, gravemente preocupado, y no sin razón, porque tenía serios motivos para desconfiar del amor parisiense, tan fatal á su familia como el rostro de Elena á la de los Atridas. En 1835, joven entonces de veintiún años, apenas salió de la Escuela militar, vió verter á su madre lágrimas muy amargas á causa de los galanteos de su padre; Pedro de Morénas, que á los cuarenta y siete cumplidos continuaba inocentemente las locuras ruinosas de la juventud. El general de división Pedro de Morénas era entonces miembro de la Cámara de los Pares; pero el atentado de Fieschi y las leyes de Setiembre lo dejaron bastante frío, porque el amor andaba á punto de cortar las uñas á ese león con la crueldad que emplea para humillar á los viejos. Todo París hablaba entonces de una dama joven de Vaudeville, Anita Mimey, que á los diez y seis años apenas, resucitaba con éxito atornador el papel creado por Mlle. Geoffroy en *Kettly ó la vuelta á Suiza*, y llevaba prendidos todos los corazones en las rubias trenzas que caían por su corpiño de lazos negros.

Elocuente, ilustre, bien parecido aún, el general Pedro de Morénas triunfó tanto más fácilmente, cuanto que dió á su amada todas las perlas de Cleopatra que deseó, derritiendo en su vaso las granjas, los prados y los viñedos,

con la prodigalidad de un rey de Asia. No paró hasta que su administrador de cabellos blancos, que lo había visto nacer y mecido en sus rodillas, vino á París á decirle que se quedarían sin pan la condesa de Morénas y su hijo. Pedro Morénas rompió con Anita Mimey, y marchó una temporada de seis meses á las Ardenas, donde encontró á su mujer medio muerta de pesadumbre. Ella se restableció, pero él no se consoló nunca de haber perdido á Anita, y, durante los últimos años de su vida, se le oía tararear siempre por las avenidas de su parque:

«Felices moradores

De los hermosos valles de la Helvecia,

País encantador,

De sencillez asilo y de candor», etc.

Diez y ocho años después de estos acontecimientos, el hijo del conde Pedro, Juan de Morénas, recién nombrado general de brigada á los treinta y nueve, vino á pasar un mes en París antes de marchar á la guerra de Crimea, dejando en el castillo á su mujer y á su hijo Pablo, de edad de cuatro años.

¡Un mes! No estuvo más, pero le bastó para reanudar con creces todo lo hecho por su padre. La noche de su llegada fué al Gimnasio á ver una obra de Dumas hijo, que hacía la célebre Mad. Iselin con su impetuosa fogosidad y su sensibilidad nerviosa, y al punto lo acometió un acceso de amor fulminante. Quiso la mala suerte que, como todos los Morénas, fuese valiente, pródigo y hombre de talento; así que las cosas no anduvieron despacio. Ocho días hacía ya que pertenecía á la hechicera, cuando supo que, casada muy joven con el pintor escenógrafo Rodolfo Iselin, cuyos días habían abreviado los celos, Mad. Iselin no era otra que Anita Mimey; y tan mal ferido

se hallaba en aquel momento , que ni el recuerdo mismo de las lágrimas de su madre pudo vencer su pasión. Anita Iselin tenía treinta años , y apenas representaba veintidós; seguía siendo tan delgada como una Beatriz, seguía teniendo los dientecitos con que se comen las herencias, y por segunda vez se engulló lo que cabía engullir en un mes de la herencia de los Morénas. Obligado á partir, el Conde tuvo que pasar trances menos divertidos delante de Sebastopol y de Bomarsund; pero se comprende que en 1874, veintiún años más tarde , se despertasen en él esos punzantes y dolorosos recuerdos, cuando la carta de su amigo Anacarsis Roll le hizo ver á su hijo Pablo prendido en las redes de una mujer que podía ser entonces lo que fué en otro tiempo Anita Iselin.

Llegado á París á las cuatro de la tarde de un martes, el general cambió de traje, mandó á buscar un cupé y corrió al Bosque, donde no tardó en encontrar lo que buscaba, porque al cabo de diez minutos columbró á su hijo Pablo, vestido de paisano, en un elegante coche, al lado de una joven delgada, cuyos largos tirabuzones rubios brillaban al sol poniente como bucles de oro. El general no podía ver su cara, pero había reconocido desde lejos la de su hijo, que felizmente echó pie á tierra y se despidió á los pocos minutos; de modo que Juan de Morénas no tuvo más que hacer que seguir el coche de la dama, hasta el número 9 de la calle Tronchet. Preguntó al portero, poniéndole dos luises en la mano; pero, como lo que no se ve en este mundo no se ve en ninguna parte, se encontró con que el portero no quiso aceptar los dos luises.

—Caballero (dijo ese hombre honrado), esto no merece su dinero. V. me pregunta quién es la señora que acaba de entrar; nadie ignora que es Mme. Iselin, de la Comedia Francesa.

Juan de Morénas no era hombre para asombrarse de nada; pero, á pesar de todo, se asombró, y más aún cuando, introducido en presencia de la actriz, que no podía tener menos de cincuenta y cinco años, la vió más joven que nunca, revocada naturalmente, con el pes-cuezo cubierto por un cuello alto, y estudiadamente envuelta en gasa, pero siempre aérea como una heroína de Shakespeare.

—Mi querido Conde (dijo), supongo que no viene V. á representar la escena del padre de Armando Duval, porque su hijo Pablo es pobre, mientras que yo tengo una fortuna de cuatro millones, y no debe V. temer que lo arruine. ¿Dónde aprendería á conocer mejor el mundo y la vida que en mi salón, adonde vienen los príncipes de todas las dinastías? Y en punto á mujeres, ya comprende V. de sobra que soy una parisiense demasiado distinguida para recibir otra cosa que mujeres honradas. Además, yo no permito á nadie calumniar un afecto tan puro como lo fué en otro tiempo mi amistad por V.....

Juan de Morénas no recordaba que esa amistad hubiese sido una cosa tan pura; pero miró á Mme. Iselin, hablaba seriamente, y parecía de buena fe; ¿qué podía decir? Después de haberla abandonado, fué á buscar á su hijo Pablo, se lo llevó á comer al Café Inglés, y al despedirse, le dejó con la más tierna solicitud una cartera atestada de billetes de banco.

—Hijo mío (le dijo), no voy á sermonearte; pero supongo que, á despecho de tus amoríos, seguirás queriendo á nuestra vecina del campo, la señorita de Tresignies, y que el año que viene podrá celebrarse el matrimonio; es de esperar que tengas un hijo, y los niños crecen en poco tiempo....

—Bueno, pero ¿qué?, padre, —preguntó Pablo de Morénas.

—¿Qué? Que cuando tu primogénito venga á estudiar á París.... arreglaremos las cosas de otro modo, —respondió el general, no considerando un imposible que Anita Iselin fuese eterna.

En la estación del ferrocarril, adonde no quiso que lo acompañase su hijo, llamó la atención del conde Juan la enérgica fisonomía de un militar vestido de paisano, con la cabeza ya gris, la tez leonada como un egipcio y señalado por la ancha cicatriz de un sablazo. Preguntó su nombre á un empleado del ferrocarril, antiguo soldado que había servido á sus órdenes, y el empleado le contestó :

—General, es uno de los oficiales más valientes del ejército, hijo de una actriz del Teatro Francés: ¡el comandante Felipe Iselin!

TEODORO DE BANVILLE.

:

ENRIQUE REGNAULT

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE
ATENEO BARCELONÉS

ANTES del sitio no conocíamos personalmente á Enrique Regnault, aunque fuimos de los primeros en saludar la aurora de ese talento cuyo sol debía subir tan alto y tan de prisa, como si hubiese tenido conciencia del poco tiempo que había de brillar en el horizonte. Á pesar de esas simpatías que naturalmente se engendran entre artista y crítico, aún no habíamos llegado á vernos, porque él recorría España y Marruecos en sus expediciones lejos de la *villa* Médicis, donde apenas paraba, y nosotros huíamos de la crónica teatral viajando por Egipto, Italia y Suiza. No era lo más á propósito para encontrarse; sin embargo, lo deseábamos vivamente, y una noche tuvo él á bien dejarse guiar por un amigo común á la buhardilla que nos servía de refugio.

Lo acompañaba Clairin, otro artista distinguido, que era su *fidus Achates*, su hermano de armas, el elegido de su corazón. Ambos llevaban el arreo de guerra que durante más de cuatro meses no se ha separado en París de quienquiera que pudiese manejar un *chassepot*. Regnault estaba en Tánger cuando la catástrofe de Sedán abrió

á los prusianos el camino de la gran capital, cerebro del universo y corazón de Francia. Acababa de instalar allí un gran taller para estudiar á fondo ese mundo oriental, tan nuevo todavía después de Decamps, Marilhat y Delacroix ; ese mundo misterioso del Islam, hasta aquí cerrado al arte, y donde se perpetúan los tipos más nobles y más puros. Desde allí había enviado la *Ejecución sin juicio bajo los reyes moros de Granada*, que es ¡ay! su última obra. Podía quedarse en Tánger. Su título de pensionado en Roma lo libraba de todo servicio militar : tenía el derecho de conservar su vida para el arte ; pero hay privilegios de que no quiere aprovecharse una naturaleza generosa. Volvió á toda prisa, bastante á tiempo para encerrarse en París y participar de los peligros de su amigo Clairin.

Se ha abusado tanto de la palabra artista, que apenas si se atreve uno á aplicarla á nadie como elogio, en su antigua y favorable acepción. Enrique Regnault era un artista ; poseía aquellas dotes sin las cuales el trabajo más tenaz sólo conduce á la honrosa medianía : imaginación, fuego, atrevimiento y esa facultad de descubrir á primera vista el lado nuevo y particular de las cosas, invisible para cualquier otro. Era una naturaleza, un temperamento y un espíritu de pintor culto ; amén de eso, hombre de mundo é hijo de familia, que añadía el fulgor del arte á un nombre de largo tiempo ilustre y luminoso en la ciencia. Como Géricault, era aficionado é inteligente en caballos, y bien lo evidencia el retrato ecuestre del general Prim. Sus audacias de jinete en caballos tercios ó falsos hacían estremecer, y parecían predestinarlo á una muerte violenta ; á todos los ejercicios corporales se entregaba con el mismo ardimiento. Apasionado de la música, la naturaleza, que lo mimaba, le había hecho el inútil regalo

de una deliciosa voz de tenor, que en otra garganta hubiese valido cien mil francos por temporada.

Enrique Regnault era hombre de mediana estatura, y de un vigor flexible y nervioso más bien que atlético. El clima de París no había desprendido aún de su cara aceitunada la mascarilla atezada de los países cálidos. Ojos negros animaban ese semblante, más agradable y simpático que clásicamente regular, y el cabello, negro asimismo, caía en bucles rizosos sobre una frente baja, espaciosa y enérgica, una verdadera frente antigua. Ligera barba servía de marco y complemento á aquella fisonomía, que hubiera hecho decir á los menos observadores, sin conocer á Regnault: «Ese es alguien».

Empeñóse la conversación sobre España y Marruecos; y, al tiempo que hablaba, Regnault, sentado á la orilla de la cama—diván occidental de los cuartos donde á menudo faltan sillas para las visitas,—jugaba con nuestro perrillo de lanas, que al punto había reconocido en él á un amigo de los animales. Nos describía á Tánger en ese estilo de los pintores, en que cada palabra es un rasgo ó un toque siempre significativo y justo. Uno de aquellos cuadros creados por la palabra del artista se nos ha quedado presente en la memoria como una acuarela viva sacada del natural. Era una línea de casas bajas, con terrazas planas, semejantes á cubos de tiza, que tenía por fondo un cielo de azul intenso. Por cima de las blancas terrazas asomaban de un modo raro é inesperado cuellos de camellos, cuyos cuerpos no se veían, por ocultarlos las casas del primer término; esos cuellos que avanzaban aislados con el balanceo familiar de la bestia gibosa que las perífrasis llaman «el navío del desierto», tenían las trazas más quiméricas é imposibles que puede imaginarse. El breve relato de Regnault nos ofreció la

visión completa de esa calle de Tánger, y, durante algunos minutos, en medio del invierno parisiense, nos sentimos envueltos en la cálida atmósfera oriental. Una brusca oleada de sol proyectóse en la pared, como en los cuadros de Decamps y de Peter de Hooch.

Después de mil vueltas, la conversación vino á parar á Goya. Teníamos en casa precisamente un soberbio ejemplar de los *Estragos y desastres de la guerra*, prestado por Ph. Burty, que posee todas las cosas buenas «en el mejor estado». Colocóse el álbum en la mesa, y Regnault, que había visto algunos dibujos en España, pero no toda la obra, muy difícil de reunir, empezó á hojearlo, enunciando las breves leyendas, irónicas ó siniestras, escritas al pie de las agua-fuertes, muchas de ellas en lápiz, porque la mayoría son pruebas sacadas antes de poner la inscripción. Se detuvo en un grabado que representa una casa atravesada por una bomba, cuyos pisos, hundiéndose, arrastran de cabeza á la madre que estrecha al hijo en su seno, á la criada y al marido, revueltos con los muebles despedazados—asunto que pronto debía ser para nosotros de actualidad terrible, y que el pintor español ha interpretado con esa mezcla de realismo y de fantasía característica de su manera.—Regnault admiró el atrevimiento de los escorzos y la extraña gracia que acierta á dejar el artista á las figuras de las mujeres en aquel trance de horror supremo. Hizo notar también la noble y trágica actitud de la joven á quien fusilan con toda su familia,—abuela, niño de pecho, nodriza y servidumbre.—Atrajeron su atención los pobres diablos agarrotados, con la navaja colgada del cuello, y llevando escritas en el pecho estas palabras: «por una navaja»; pero se detuvo más en una lámina de un efecto grandioso y siniestro: un campo de batalla obstruido de

cadávares, á los cuales contemplan en actitud de desesperación un viejo y una vieja encapuchados—un padre y una madre, sin duda, buscando á su hijo entre los muertos;—sobre esa desolada escena se extiende, á modo de paño mortuario bordado de plata, un cielo sombrío franjeado hacia el horizonte por una faja de luz lívida. Al pie se lee esta inscripción, de un laconismo terrible: *Enterrar y callar*; máxima para uso de los vencidos, cuya exactitud podemos meditar nosotros. El joven artista permaneció pensativo algunos instantes antes de volver la hoja; ¿tenía algún vago presentimiento de su destino? Sacudió ligeramente su cabeza de cabellos rizosos, y continuó hojeando. La asombrosa pesadilla que, en medio de un torbellino de larvas fantásticas y horribles, muecas de todas las ilusiones de la vida, presenta un esqueleto con algunas tiras de carne aún, el cual, medio alzándose de su fosa entreabierta, traza en un papel con su dedo ganchudo la palabra *nada*, como noticia traída del otro mundo, le sugirió algunas reflexiones sobre lo fantástico particular de Goya; y como acababan de dar las diez, hora avanzada para una velada de sitio, se levantó, y después de estrecharnos la mano cordialmente, salió con su amigo Clairin y con el compañero que los había llevado.

Esa primera entrevista, en que nos dejó encantados Regnault por la atractiva sencillez de sus maneras, por la naturalidad de su espíritu y por aquella superioridad que respiraba su persona, fué también la última. No lo vimos más, ni lo volveremos á ver. Tan sólo lo conocimos para perderlo, y lo bastante para que fuese mayor la amargura de nuestro duelo. Juntamente con el artista tenemos que llorar al amigo, porque ya lo era al cabo de las pocas horas que pasamos juntos, y con su muerte se

ha cerrado ante nosotros todo un porvenir de relaciones simpáticas.

Si Enrique Regnault viviera, hubiésemos dejado en la oscuridad estas menudencias íntimas, que entonces habrían carecido de interés; pero séanos lícito, después de una entrevista única, el diseño de esa silueta de una figura amable desvanecida para siempre.

Verdad es que, en el período desastroso que acabamos de atravesar, ha habido duelos irreparables, dolores que sangrarán siempre; se han formado lagunas que tardarán mucho en llenarse; multitud de nombres no responderán á nuestro llamamiento; y la vida del más oscuro, cuando es sacrificada por la patria, vale tanto como la del más ilustre; pero puede decirse que la mayor pérdida del sitio es la muerte de Regnault: á despecho de su loca bravura, había escapado á los peligros de la defensa, y cayó en el día supremo delante de ese funesto muro de Buzenval bajo la última bala prusiana,—refinamiento cruel del destino que nos persigue.

Con Enrique Regnault desaparece la posibilidad de un nuevo porvenir para la pintura. Si ese joven maestro hubiese contado días más numerosos, podría haberse cambiado ó modificado la faz del arte, porque en el mundo de las formas y de los colores abrió perspectivas y señaló horizontes nuevos que hasta aquí habían pasado inadvertidos. Relaciones de tono que no aprecian los pintores eran sensibles á los ojos de aquel artista, tan maravillosamente dotado, que parecía poseer el don de *correspondencia*, para hablar el lenguaje de Swedenborg. Veía el alma del color allí donde los demás sólo ven su cuerpo, y sabía reconocer las secretas afinidades de los matices bajo sus aparentes disonancias. Desentrañaba la singularidad íntima y personal de los tipos, dándoles todo su

relieve y presentándolos bajo su ángulo raro y extraño, sin mengua del atractivo, como ha sucedido con harta frecuencia á los pintores de la escuela romántica. Nadie comprendía mejor que él la exótica seducción de las barbaries pintorescas, ni había penetrado con mayor profundidad en el ideal del Oriente.

No puede pronunciarse un juicio definitivo sobre un artista detenido en sus primeros pasos—pasos, es verdad, semejantes á los de los dioses de Homero, que en cuatro tan sólo llegaban hasta el confín del mundo;—pero desde el cuadro presentado para optar al gran premio de Roma, *Thetis llevando las armas á su hijo Aquiles*, ya de un color tan fino y tan nuevo, Regnault había recorrido un inmenso camino. El retrato de señora vestida de encarnado, destacándose sobre el fondo de un cortinaje rojo; el retrato ecuestre del general Prim; el delicioso retratito de duquesa, en traje rosa; la *Judith matando á Holofernes* y la *Salomé*, del último salón, revelaron cuán gran maestro era ya aquel joven, alumno aún de la *villa Médicis*, y que no contaba á la sazón veintisiete años. Nunca se reveló tan súbitamente al público originalidad más palmaria é indiscutible. Todos esos lienzos, admirados y criticados, promovieron el rumor que excitan siempre las obras notables, á las cuales acompaña por necesidad algo de «esa belleza chocante», que alarma á la rutina. El nombre de Regnault se hizo célebre; era el acontecimiento del salón; se dejaba ya sentir su influjo, y no hubiese tardado en imprimir una dirección nueva al movimiento del arte.

Su última obra, que es su obra maestra, la *Ejecución sin juicio bajo los reyes moros de Granada*, recibida demasiado tarde en la exposición de los envíos de Roma, sólo figuró en ella algunos días.

Pocas personas la vieron. Las catástrofes de la guerra preocupaban ya á todos los espíritus. Aquella composición, de una valentía tan asombrosa y de un efecto tan inesperado, pasó sin gran resonancia, lo cual nos permite dar aquí como una página inédita el siguiente fragmento de un artículo publicado el 8 de Setiembre de 1870, y en donde consignamos, con toda la vivacidad del momento, nuestra impresión sobre esa obra, la última que debía pintar Enrique Regnault.

«Una escalinata de mármol blanco, de pocos escalones, forma el primer término del lienzo y ocupa toda su amplitud. Conduce á una sala de arquitectura árabe, de análogo estilo al de la sala de los Abencerrajes ó de *Las dos Hermanas*, de la Alhambra granadina, cubierta por una bóveda de estalactitas y en forma de panal. Hierre todo ese fondo una luz reflejada, indicio de un vivo sol y de un calor ardoroso á la parte de afuera. Parece como si se hubiese hecho un silencio profundo en ese recinto encantador donde acaba de consumarse una acción siniestra; reina allí una especie de soledad y un misterio de serrallo. El crimen y el castigo quedarán igualmente ignorados luego que los esclavos mudos se lleven el cadáver y limpien la sangre. No ha habido ojos que viesen, ni oídos que escucharan. La víctima y el verdugo estaban solos. La cabeza que acaba de caer era quizá una de las catorce que tiene el derecho de cortar al día el jefe de los creyentes, sin explicar los motivos: la de un traidor, de un asesino ó de un sacrílego, cuya fechoría no debe ser revelada.

»Por los escalones ha rodado la cabeza, separada del cuerpo, crispado con las últimas convulsiones y presentado en escorzo. Junto al cadáver, algunas gradas más arriba, está el ejecutor limpiando la hoja del sable.

Tal es, en pocas líneas, el croquis de la composición.

»El justiciero, porque no cuadraría el nombre de verdugo á aquella figura noble y majestuosa, es un moro muy atezado, cubierto por rojo fez, del cual sobresale el borde de un casquete blanco, y sin otra vestidura que una *gandurah* ó larga túnica de color rosa apagado, descolorido, quebrado, de un rosa muerto como el de una hoja seca, y de una armonía extraordinaria. La *gandurah*, abierta por arriba, deja ver un pecho amplio y huesoso, que indica gran vigor. El hombre, con un soberbio movimiento, pasa lentamente la hoja de su *flittah* por la punta medio levantada de la túnica, que ilumina por debajo un reflejo, tiñéndola de un resplandor anaranjado, sobre el cual se dibuja la parte inferior de sus nerviosas y morenas piernas. Volviendo un poco la cabeza, lanza al cadáver caído una mirada indefinible, desdeñosa y melancólica á la vez, de una ferocidad suave y pensativa, é impregnada del fatalismo oriental : « ¡ estaba escrito ! » Nada de cólera, nada de indignación.

» Al contrario, en la mirada que la cabeza cortada envía á la viva se lee la rabia impotente, el odio furioso. La boca se retuerce convulsivamente, las facciones se contraen de un modo horrible, y los azulados tonos del cráneo rasurado dan á esa cabeza un extraño y fantástico aspecto. El cuerpo del supliciado ha resbalado por los escalones, y los brazos caídos hacia atrás ocultan á medias el muñón del cuello, de donde brota la sangre desparramada en charcos rojos sobre el blanco mármol. Esa mancha de púrpura, de una increíble riqueza de color, es la nota tónica, la dominante del cuadro. Aquí la sangre ha saltado con fuerza salpicando los escalones; allí se extiende más ampliamente esparcida; más allá corre en largos hilillos, ó se coagula en densas gotas.

Todo eso es de una verdad que no se adivina. Menester es que el joven artista haya visto en Tanger alguna decapitación por yatagán, y aun podría creerse que tal espectáculo es el que la ha sugerido la idea de su composición.

»Idea más que audaz es la de haber colocado en medio de un lienzo esa gran placa sangrienta; pero aquí el horror no es repulsión. Hay belleza desde el punto de vista del arte. Al mirar aquellos tonos espléndidos, pensábamos en la imagen homérica de la sangre corriendo como madejas de púrpura por el muslo de marfil de Mene-lao. Acudía á nuestra memoria el verso de Alfredo de Musset: «¡Y manchados con su sangre tus mármoles, oh Paros!»; así como el ademán soberbio del justiciero nos recordaba al ángel vengador «limpiando la espada en las nubes» en el desenlace de *Ratbert*.

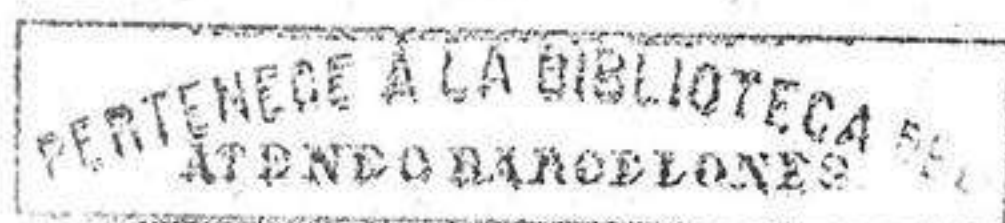
Á propósito de la *Ejecución sin juicio*, cuya nota dominante es una mancha de sangre, hace observar Pablo de Saint-Victor que el joven artista tiende á pintar asuntos feroces y sanguinarios,—Judith y Holofernes, Salomé sosteniendo en las rodillas la fuente en que ha de caer la cabeza de San Juan, la decapitación misteriosa en los escalones de la Alhambra;—en esos lienzos deslumbradores envuélvese la muerte en la magnífica indiferencia oriental, y se consuma el asesinato en medio de todas las magias de la paleta, en medio del centelleo del oro, del brocado y las pedrerías.

Permítasenos apuntar una singular coincidencia, en armonía con esa significación, que ha venido á dar la muerte del artista á su elección de asuntos fúnebres: ¿no murió de un tiro el general Prim algunos días antes que el artista que había hecho de él un retrato digno de Velázquez? El modelo ha precedido en bien poco al pintor á la sangrienta tumba.

A nosotros, los que sobrevivimos, quédannos por lote los amargos duelos, y las meditaciones sobre esa maravillosa eflorescencia cortada al nacer, sobre ese hermoso porvenir destruido. Enrique Regnault ha vivido bastante. Deja tres ó cuatro obras maestras. Su gloria es segura. Empezó como genio; murió como héroe.

TEÓFILO GAUTIER.

ATENAS



LA impresión que me produjo Atenas es la mayor, con mucho, que he sentido nunca. Hay un sitio donde la perfección existe ; no hay dos : ese sitio es aquél. No había yo imaginado nada semejante. Lo que se me aparecía era el ideal cristalizado en mármol péntico. Había creído hasta entonces que la perfección no es de este mundo ; sólo una revelación me parecía que se aproximaba á lo absoluto. Hacía ya mucho tiempo que no creía en el milagro en el sentido propio de la palabra: sin embargo, el destino único del pueblo judío, conduciendo á Jesús y al Cristianismo, se ofrecía á mis ojos como una cosa enteramente aparte. Pero he aquí que, al lado del milagro judío, venía á presentármeme el milagro griego, una cosa que no ha existido más que una vez, que nunca se había visto y que no volverá á verse ; quiero decir: un tipo de belleza eterna, sin ninguna mancha local ni nacional. Yo bien sabía, antes de mi viaje, que Grecia había creado la ciencia, el arte, la filosofía, la civilización ; pero me faltaba la medida. Cuando vi la Acrópolis, tuve la revelación de lo divino, como la había

tenido la primera vez que sentí vivir el Evangelio al divisar el valle del Jordán desde las alturas de Casyun. El mundo entero me pareció bárbaro en aquel instante. Me previno el Oriente por su pompa, por su ostentación, por sus imposturas. Los romanos no fueron más que soldados groseros ; la majestad del romano más noble, de un Augusto, de un Trajano, se me antojó pura prosopopeya al lado de la desenvoltura, de la nobleza sencilla de aquellos arrogantes y pacíficos ciudadanos. Celtas, germanos y eslavos parecieronme especies de escitas concienzudos, pero civilizados á fuerza de fuerzas. No encontraba gracia ni elegancia en nuestra Edad Media, afeada por un orgullo extemporáneo y tocada de pedantismo. Carlo Magno se me representó como un tosco palafrenero alemán ; nuestros caballeros me parecieron zafios que hubiesen hecho sonreír á Temístocles y Alcibíades. Ha habido un pueblo de aristócratas, un público entero compuesto de inteligentes, una democracia que ha sabido apreciar matices de arte tan delicados que apenas los perciben hoy las personas más refinadas. Ha habido un público capaz de comprender lo que constituye la belleza de los Propíleos y la superioridad de las esculturas del Partenón. Esa revelación de la grandeza verdadera y sencilla penetró hasta el fondo de mi alma. Todo lo que había conocido hasta allí me pareció el esfuerzo torpe de un arte místico, obra barroca, compuesta de pompa pueril, de fanfarronería y de caricatura.

Me asaltaron estos sentimientos principalmente en lo alto de la Acrópolis. Un excelente arquitecto, con quien yo había viajado, solía decirme que, para él, la verdad de los dioses estaba en proporción de la sólida belleza de los templos que se les había erigido. Juzgada desde ese punto de vista, Atenas no tendría rival. Lo sorprenden-

te, en efecto, es que aquí la belleza no es más que la honradez absoluta, la razón, el respeto mismo hacia la divinidad. Las partes ocultas del edificio han sido tan cuidadas como las visibles. No hay allí ninguna de esas simulaciones que, en nuestras iglesias especialmente, son como una perpetua tentativa de engañar á la Divinidad sobre el valor del presente ofrecido. Esa seriedad y esa rectitud me hacían sonrojarme por haber sacrificado más de una vez á un ideal menos puro. Las horas que pasaba en la sagrada colina eran horas de oración. Mi vida entera se reproducía ante mis ojos, como una confesión general. Pero lo más singular de todo es que me encariñaba con mis pecados á medida que los confesaba : mis propósitos de hacerme clásico concluían por precipitarme más que nunca en el polo opuesto. Un papel viejo que encuentro entre mis notas de viaje contiene lo siguiente :

ORACIÓN QUE DIJE SOBRE LA ACRÓPOLIS, CUANDO LLEGUÉ
 Á COMPRENDER SU PERFECTA BELLEZA.

« ¡Oh nobleza! ¡oh belleza verdadera y sencilla! Diosa, cuyo culto significa razón y sabiduría, cuyo templo es una eterna lección de conciencia y de sinceridad, llego tarde al umbral de tus misterios ; traigo muchos remordimientos á tu altar. Para encontrarte he necesitado investigaciones infinitas. La iniciación que con una sonrisa conferías tú al ateniense al nacer, he tenido yo que conquistarla á fuerza de reflexiones , á costa de largos trabajos.

» Diosa de los ojos azules , yo he nacido de padres bárbaros, entre los buenos y virtuosos cimmericos que habitan á orillas de un mar sombrío , erizado de rocas y siempre agitado por las tempestades. Apenas se conoce allí

el sol ; las flores son los musgos marinos , las algas y las conchas de colores que se ven en el fondo de las bahías solitarias. Allí las nubes parecen descoloridas , y la misma alegría es algo triste ; mas de la peña brotan manantiales de agua fresca , y los ojos de las jóvenes son como esas fuentes verdes , en que se refleja el cielo sobre fondos de hierbas ondulosas.

» Mis padres , desde lo más remoto á que alcanza la memoria , se entregaban á lejanas navegaciones por mares que no conocieron tus Argonautas. Yo oí , cuando era niño , las canciones de los viajes polares ; dormíame arrullado por el recuerdo de los hielos flotantes , de los mares brumosos , semejantes á leche , de las islas pobladas de aves que cantan á sus horas , y que , tomando vuelo juntas , oscurecen el cielo.

» Se encargaron de educarme sacerdotes de un culto extraño , oriundo de los sirios de Palestina. Esos sacerdotes eran sabios y santos. Me enseñaron las largas historias de Cronos , que ha creado el mundo , y de su hijo , que , según se dice , ha hecho un viaje por la tierra. Sus templos son tres veces tan altos como el tuyo , ¡ oh Euritmia ! , y se asemejan á bosques ; sólo que no son sólidos : al cabo de quinientos ó seiscientos años se arruinan ; son caprichos de bárbaros , que se figuran que es posible hacer algo bueno fuera de las reglas que tú , Razón , has trazado á los inspirados por ti. Pero esos templos me gustaban ; yo no había estudiado tu arte divino , y encontraba allí á Dios. Entonábanse cánticos de que aún me acuerdo . « Salve , estrella matutina.... , Reina de los que » gimen en este valle de lágrimas » ; ó bien : « Rosa mística , » Torre de marfil , Casa de oro , Estrella de la mañana.... » Mira , diosa , cuando recuerdo esos cantos , me enternezco y casi me vuelvo apóstata. Perdóname esta flaqueza ; no

puedes tú figurarte el hechizo que han puesto en esos versos los mágicos bárbaros, y lo que á mí me cuesta seguir la razón lisa y llana.

» Y luego, ¡si supieses tú qué difícil ha llegado á ser el servirte! Toda nobleza se ha desvanecido. Los escitas han conquistado el mundo. Ya no hay república de hombres libres; ya no hay más que reyes, nacidos de una sangre basta; majestades que te harían sonreír. Pesados hiperbóreos llaman ligeros á los que te sirven.... Una *pambeocia* temible, una liga de todas las necesidades, tiende sobre el mundo una losa de plomo, bajo la cual nos ahogamos. Aun los mismos que te honran, ¡qué lástima deben darte! ¿Te acuerdas tú de ese caledonio que hace cincuenta años rompió tu templo á martillazos para llevárselo á Thule? Así hacen todos.... Yo, siguiendo algunas de las reglas de tu gusto, ¡oh Theonoe!, he escrito la vida del joven Dios á quien adoré en mi infancia. Pues me tratan como á un Evhemere; me escriben preguntándome qué objeto me he propuesto; no aprecian más que lo que sirve para hacer fructificar sus mesas de *trapezites*. ¿Y para qué se escribe, ¡cielos!, la historia de los dioses, sino para hacer amar lo que tuvieron de divino, y para demostrar que ese fondo divino vive aún y vivirá eternamente en el corazón de la humanidad?

» ¿Te acuerdas tú de aquel día en que, bajo el arcontado de Dionisidoro, vino aquí un feo de judío, que hablaba el griego de los sirios, recorrió los pórticos sin comprenderte, leyó al revés tus inscripciones, y creyó encontrar en tu recinto un altar dedicado á un Dios que sería el *Dios desconocido*? Pues bien: ese judiito se salió con la suya; durante mil años, te han tratado de ídolo, ¡oh, verdad!; durante mil años el mundo ha sido un desierto donde no brotaba ninguna flor. Tú, en tanto, ca-

:

llabas, Salpinx, clarín del pensamiento. Diosa del orden, imagen de la estabilidad celeste, amarte era una culpa; y hoy que á fuerza de trabajo concienzudo hemos logrado acercarnos á ti, se nos acusa de haber cometido un crimen contra el espíritu humano al romper cadenas sin las cuales supo pasarse Platón.

»Sólo tú, Cora, eres joven; sólo tú, Virgen, eres pura; sólo tú, Higía, eres santa; sólo tú, Victoria, eres fuerte. Tú, Promacos, guardas las ciudades; tú, Area, tienes lo que á Marte falta; tu objetivo es la paz, ¡oh pacífica! Legisladora, fuente de las constituciones justas; Democracia, cuyo dogma fundamental es que todo bien emane del pueblo, y que, allí donde no hay pueblo para alimentar é inspirar al genio, no hay nada, enséñanos á extraer el diamante de las impuras multitudes. Providencia de Júpiter, obrera divina, madre de toda industria, ¡oh Ergane!, tú, que eres la nobleza del trabajador civilizado, y que tan alto lo colocas sobre el escita perezoso; Sabiduría, tú, á quien Zeus engendró después de replegarse sobre sí mismo y respirar profundamente; tú, que habitas en tu padre, enteramente unida á su esencia; tú, que eres su compañera y su conciencia; energía de Zeus, chispa que enciendes y alimentas el fuego en los héroes y en los hombres de genio, haz de nosotros perfectos espiritualistas. El día en que atenienses y rodios lucharon por el sacrificio, tú preferiste habitar entre los atenienses, como más sabios. Tu padre, no obstante, hizo bajar á Plutón en una nube de oro á la ciudad de los rodios, porque también habían tributado homenaje á su hija. Los rodios fueron ricos; pero los atenienses tuvieron genio, es decir, el verdadero goce, la eterna alegría, la divina infancia del corazón.

»No se salvará el mundo hasta que vuelva á ti, des-

prendiéndose de sus ligaduras bárbaras. Corramos, acudamos en tropel. ¡Qué hermoso día aquél en que todas las ciudades que se han llevado reliquias de tu templo — Venecia, París, Londres, Copenhague—reparen sus latrocinios, formen teorías sagradas para transportar las reliquias que poseen, diciendo: «¡Diosa, perdónanos! era para salvarlas de los malos genios de la noche», y reedifiquen tus muros al son de la flauta para expiar el crimen del infame Lisandro! Luego irán á Esparta para maldecir el suelo donde estuvo esa amante de errores sombríos, é insultarla, porque ya no existe.

»Firme en ti, yo resistiré á mis fatales consejeros: á mi escepticismo, que me hace dudar del pueblo; á mi inquietud de espíritu, que, luego de encontrada la verdad, me la hace seguir buscando; á mi fantasía, que, después de haber fallado la razón, no me deja quedarme tranquilo. ¡Oh Arquegetes, ideal que encarna en sus obras maestras el hombre de genio, más quiero ser el último en tu casa que el primero en otra parte! Sí, yo me aferraré al estilobates de tu templo; olvidaré toda disciplina fuera de la tuya; me haré estilita en tus columnas; mi celda estará sobre tu arquitrabe. ¡Cosa más difícil! Por ti me volveré, si puedo, intolerante, parcial. No querré nada más que á ti. Voy á aprender tu lengua y á olvidar lo demás. Seré injusto con lo que no te atañe; me haré servidor del último de tus hijos. Yo exaltaré y lisonjearé á los actuales habitantes de la tierra que diste á Erecteo. Procuraré enamorarme hasta de tus defectos; llegaré á convencerme, ¡oh Hippias!, de que descenden de los caballeros que allá arriba, en el marmol de tu friso, celebran su fiesta eterna. Arrancaré de mi corazón toda fibra que no sea razón y arte puro. Dejaré de amar mis enfermedades, de complacerme en mi fiebre. ¡Sostén mi

firme propósito, ¡oh saludable!; ayúdame, tú que salvas!

» Porque ¡cuántas dificultades preveo! ¡Cuántos hábitos de espíritu tendré que vencer! ¡Cuántos recuerdos deliciosos tendré que arrancar de mi corazón! Probaré; pero no estoy seguro de mí. Tarde te he conocido, belleza perfecta. Tendré retrocesos, tendré debilidades. Una filosofía perversa, sin duda, me ha llevado á creer que el bien y el mal, el placer y el dolor, la belleza y la fealdad, la razón y la locura, son cosas que se transforman unas en otras por matices tan indiscernibles como los del cuello de la paloma. En ese supuesto, es sabiduría no amar ni aborrecer absolutamente nada. Si una sociedad, si una filosofía, si una religión hubiese poseído la verdad absoluta, esa sociedad, esa filosofía, esa religión habría vencido á las demás, y viviría sola á la hora presente. Todos los que hasta aquí han creído tener razón, se han engañado; claramente lo vemos. ¿Podemos creer sin loca jactancia que no nos juzgará el porvenir como nosotros juzgamos el pasado? He ahí las blasfemias que me sugiere mi espíritu profundamente pervertido. Una literatura, sana de todo punto, como la tuya, ahora no excitaría ya más que el enojo.

» ¿Te sonríes de mi candor? Sí, el enojo.... Estamos corrompidos; ¿qué remedio? Iré más lejos, diosa ortodoxa; te diré la depravación íntima de mi corazón. No bastan la razón y el sentido común. Hay poesía en el helado Estrimón y en la embriaguez del Trace. Siglos vendrán en que tus discípulos pasen por discípulos del tedio. El mundo es más grande de lo que crees. Si tú hubieses visto las nieves del polo y los misterios del cielo austral, diosa siempre tranquila, no estaría tu frente tan serena; tu cabeza, más vasta, abrazaría diversos géneros de belleza.

» Tú eres verdadera, pura, perfecta ; tu mármol no tiene manchas ; mas también el templo de Hagia-Sofía que hay en Bizancio produce un efecto divino con sus ladrillos y su argamasa. Es la imagen de la bóveda celeste. Se hundirá ; pero, si tu *cella* hubiese de ser bastante amplia para contener una multitud, también se hundiría.

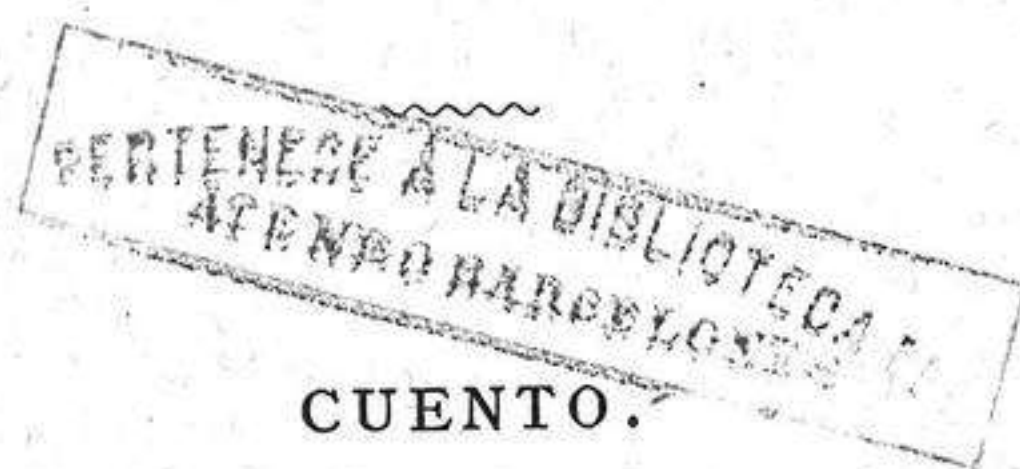
» Inmenso río de olvido nos arrastra á un abismo sin nombre. Tú, abismo, eres el único Dios. Las lágrimas de todos los pueblos son lágrimas verdaderas ; los sueños de todos los sabios encierran una parte de verdad. Todo lo de aquí abajo no es más que símbolo y sueño. Los dioses pasan como los hombres, y no convendría que fuesen eternos. La fe que se ha tenido no debe ser nunca una cadena. Se ha cumplido con ella, cuando se la ha envuelto cuidadosamente en el sudario de púrpura donde duermen los dioses muertos.»

ERNESTO RENAN.

17
18

Sección Española.

PLANTA MONTÉS



HUBO larga deliberación, y se celebró una especie de consejo de familia, para decidir si era ó no conveniente traerse á aquel indígena de la más enriscada sierra gallega á servir nada menos que en la capital de la región. Ello es que emprendíamos la doma de un potro; tendríamos que empezar enseñando al neófito el nombre de los objetos más corrientes y usuales, dándole una serie de *lecciones de cosas*, que me río yo de la escuela Frœbel. Pero tan ahitos estábamos del servicio reclutado en Marineda, procedente de fondas y cafés, picardeado y no instruido por el roce, ducho en hurtar el vino y en saquear la casa para obsequiar á sus coimas, que optamos por el ensayo de aclimatación. En el fondo de nuestro espíritu aleteaba la esperanza dulce de que al buscar en el fondo de la montaña un muchacho inocente y medio salvaje, hijo y nieto de gentes que desde tiempo inmemorial labraban nuestras tierras, ejerceríamos sobre el servidor una especie de dominio señorial,

reanudando la perdida tradición del servicio antiguo, venerando, cariñoso, patriarcal en suma. ¡Tiempos aquellos en que los criados morían de vejez en las casas!....

Era una mañana serena y pura; el cielo de Marineda justificaba la copla que lo declara *cubierto de azul*, cuando llegó á nuestros lares el natural de Cenmozas. Acompañábale su padre, el casero. Padre é hijo se parecían como dos gotas de agua en las facciones: ambos de rostro pomuloso, moreno bazo, color de pan centeno; de ojillos enfosados, inquietos, como de ave cautiva; de labios delgados, casi invisibles; de cráneo oblongo, piriforme. Los diferenciaba la expresión, astuta y humilde en el viejo, hosca y recelosa en el mozo; y también los distinguía el pelo, afeitado al rape el del padre, largo el del hijo, y dispuesto como la melena de los siervos adscritos al terruño, colgando á ambos lados de su parda montera de candil. Ambos vestían el genuino traje de la comarca montañosa, semejante á la vestimenta de los bretones y vendeanos, aunque en vez de amplias bragas usasen el calzón ajustado de lienzo bajo el de paño pardusco. Á pesar de la radiante belleza del día, apoyábanse los montañeses en inmensos paraguas colorados.

Mientras el viejo rebosaba satisfacción y contento,— como quien está seguro de haber encontrado á su proge- nie colocación en que tenga al rey cogido por los bigotes, —y en su fisonomía socarrona retozaba insinuante sonrisa, el mozo, callado y descolorido bajo la capa de sol que tostaba su atezada epidermis, parecía indiferente á las cosas exteriores. Al ofrecerles asiento, dejáronse caer en él á la vez pesada y tímidamente, penetrados de respeto hacia la silla. Antes de estipular nuestras condiciones, hizo el padre cumplido panegírico de su Ciprián ó Cibrao, según él le llamaba. Las comparaciones elogio-

sas estaban tomadas de la fauna campesina. Cibrao, mainly como una oveja; Cibrao, fiel como un can; Cibrao, trabajador como un lobo (así dijo, aunque yo ignoraba que el lobo se distinguiese por su laboriosidad); Cibrao, amoroso como una *vula* (tórtola); Cibrao, ahorrativo como las hormigas; Cibrao, más duro que mula burreña; á Cibrao, con cualquier cosa lo manteníamos, porque, alabado sea el Señor, él venía hecho á todo, y su cuerpo bien castigado. Si nos desobedecía en la menor, ¡darle así! (y el padre ejecutaba el ademán de quien sacude á varazos un pellejo), y si no, llamarle á él, al tío Julián, que vendría desde Cenmozas para arrearle al hijo tal tunda, que no se pudiese menear en cinco semanas. Soldada, la que quisiéramos; ¡demasiado fama teníamos de buenos cristianos para hacer mala partida á nadie! Al mozo, en su mano, ni un ochavo de la fortuna siquiera: ya se sabe que los mozos, cuanto tienen, otro tanto destragan con bribonas y tabernas.... Él, el tío Julián, se encargaría de recoger, supongamos, cada dos ó tres meses juntos.... Si hoy en día pagaba tanto más cuanto por el lugar, y si tanto ganaba el mociño, eso menos nos pagaría al vencer el término de la renta. Y hablando de renta: en estos años tan malos, por fuerza teníamos que perdonarle alguna.... Otrosí: la casa del lugar, propiamente estaba cayéndose en ruinas.... Venir un día de viento.... y plan.... ¡adiós! Luego, con tantas grietas...., los tenía el frío *aterecidos*. —Comprendimos que el tío Julián venía animado del firme propósito de vendernos su *mozo* á trueque de la renta del lugar, reconstrucción de morada y dinero para unos bueyes á parcería, que contaba le sacasen de apuros. En arras de este contrato tácito, ofreciónos dos empedernidos quesos, cuatro orzas de rancia manteca, y hasta media hanega de castañas gordas.

Cuando, después de bien comido y regalado, se despidió el viejo labriego, el hijo no salió de su inmovilidad y mutismo : ni aun mostró querer acompañarlo hasta la puerta ó darle alguna señal de afecto ó encargo para los que se habían quedado allá en la sierra. Por la noche le vimos acurrucado en un rincón de la cocina, sin querer aproximarse á la mesa para cenar. Ni nuestras palabras, ni las bromas de la joven y alegre doncella, ni las compasivas insinuaciones de la cocinera, mujer ya madura y que tenía un hijo «sirviendo al Rey», consiguieron animarle. No consintió probar bocado.

Comprendimos bien esta nostalgia ó morriña de los primeros instantes, y esperamos que no duraría. ¡Marineda es tan regocijada los domingos! ¡Ofrece tantas distracciones á un rapaz campesino, que sólo ha visto breñas y tojos! ¡Hay tanta música militar, tanto ejercicio de batería, tanta comparsa en Carnaval...! Y en Semana Santa ¡qué de procesiones! Ya acabaría Cibrao por chuparse los dedos.

Lo primero, adecentarle, para que pudiese andar entre las gentes y sus compañeros no le hiciesen burla. Un barbero le cortó el pelo y le enseñó el uso del peine; un sastre le arregló ropa de desecho en buen uso ; á provistarle de camisas, de calcetines y elásticas; á plancharle corbatas blancas y embutirle las callosas manos en guantes de algodón. La metamorfosis, al pronto surtió favorable efecto. Diríase que iba á sacudir su apatía el montañés. Fuese que las guedejas le hacían el rostro más macilento, ó fuese por otra razón desconocida, al raparse mejoró de semblante, apetito y ánimo, y ya creímos que el trasplante se realizaba con toda felicidad.

¡Ay! Nuestra satisfacción fué un relámpago. El rapaz se estrenó desastrosamente en el servicio. Ni una potranca

de Arzúa, suelta al través de la casa, hace más destrozo. Las manos duras de Cibrao, acostumbradas al *sacho* y á la horquilla, no acertaban á tocar cacharro ni vidrio sin reducirlo á polvo. Lo cogía con infinitas precauciones, y ¡clin!, ¡plac!, al suelo hecho añicos. Él le echaba la culpa á los guantes, con los cuales aseguraba que «no tenía tientos». El cristal ejercía sobre sus sentidos burdos de labriego extraña fascinación. No lo distinguía de la diafanidad de la atmósfera : tenía delante una copa ó una botella, y positivamente *no la veía*, ó al menos no distinguía sus contornos. «Maréame», decía al tomar cualquier objeto transparente.

Nos ponía tenedores para la sopa y cucharas para el frito. Las vinagreras las servía al postre. Azotaba los cuadros con el mango del plumero ; arrancaba de cuajo los cortinones al intentar quitarles el polvo ; limpiaba el tintero con las toallas finas, y no dejó luz de petróleo que no descompusiese. Una noche tuvimos la casa, por culpa suya, sepultada en profundas tinieblas.

Nuestro ajuar ganaba poco, y su destructor menos aún. El azoramiento de las continuas advertencias y regaños, el vértigo de la ciudad, tal vez causas más íntimas, más pegadas al alma del trasplantado, iban demacrando su rostro y apagando sus ojos de un modo que llegó á parecernos alarmante. Algo de compasión y mucho de cansancio é impaciencia nos dictaron la medida de llamar á capítulo al mozo y aconsejarle paternalmente la vuelta á su aprisco serrano. «Vamos, habla claro y sin miedo, rapaz. Nadie te quiere en su casa por fuerza. Llevas quince ó veinte días ; ya puedes saber cómo te va por aquí. Tú no estás contento.» Una chispa luminosa se encendió en las cóncavas pupilas, y los apretados labios articularon energicamente :

—Señora mi ama, no me *afago* aquí.

—¿Y pasado algún tiempo, no te *afarás* tampoco?

—Tampoco. No, señora.

En vista de la categórica respuesta, escribimos sin dilación al mayordomo de la montaña para que viniese el tío Julián á recoger su cachorro. Sí, que lo recogiese cuanto antes ; de lo contrario, ni nos quedaría títere con cabeza, ni el muchacho levantaría la suya. Transmitió el mayordomo la respuesta del viejo. Como él viniese á Marineda, le rompía al hijo todas las costillas, por «escupir la suerte». Y si se lo llevaba á la montaña otra vez, era para brearlo á palizas. Este modo de entender la autoridad paterna nos alarmó un poquillo. Suspendimos, y comunicamos á Cibrao las órdenes del *patrucio*.

Nada contestó. Resignóse. Cayó en una especie de marasmo. Trabajaba lo que le mandasen ; pero en cuanto volvíamos la espalda, se acurrucaba en un rincón, dejando los brazos colgantes y clavando la quijada en el pecho. Era la calma triste del animal, silenciosa y soporífera, sin protestas ni quejas : la obscura y terca afirmación de la voluntad en el mundo zoológico. Cierta día, al preguntarle si estaba malo y quería que un médico le viese, hubo de responder:

—Médico, *non* sirve. La tierra me llama por el cuerpo.

Había llegado el mes de Noviembre, lúgubre mes en que parece oirse, al través del suelo empapado en lluvia y entre el silbo del ábrego, choque de huesos de difunto y sordas lamentaciones extramundanas. Marineda se vestía de invierno. Retemblaban los cristales al empuje del huracán, y el rugir de los dos mares, el Varadero y la Bahía, hacía el bajo en el pavoroso concierto, mientras la voz estridente del viento parecía una carca-

jada sardónica. En nuestra solitaria calle no se oía por la noche sino el paso fuerte y rítmico del sereno, el quejumbroso escurrir del agua, el embrujado maullido del gato ya rabioso de amor, y algún aldabonazo que resonaba como en el hueco de una tumba. Después de la noche más tormentosa y triste de todo el mes, supimos que Cibrao no quería salir de la cama. Y vino el doctor, y á carcajadas nos reímos cuando nos enteró de lo que el mozo padecía.

—¡El maula ese! No tiene nada. Ni calentura, ni dolores, ni esto, ni aquello, ni lo de más allá. ¡Cuando les digo á Vds. que nada! Y dice que no le da la gana de levantarse, ¿por qué pensarán? ¿Á que no aciertan? Pues porque anoche oyó ladrar, digo, aullar, á un perro, y jura que el dichoso perro *ventaba* su muerte.

Pasada la risa, nos entró el arranque humanitario.

—Doctor, ¿caldo y vino? Doctor, ¿unos sinapismos? Doctor, ¿á veces un baño de pies....?

El médico se encogió de hombros enarcando las cejas.

—No veo medicamento, porque no veo enfermedad. Si la hay, es en la *sustancia gris*, y yo allí no sé cómo se ponen las sanguijuelas ni cómo se aplican los revulsivos. Á mal de superstición, remedio de ensalmos. Llamen Vds. al cura de la parroquia, que se traiga el calderito y el hisopo y le saque los enemigos del cuerpo.

Y el Doctor Moragas se fué, entre risueño y colérico.

.....
 Muchas veces hemos deplorado no seguir acto continuo el consejo irónico del Doctor. ¿Quién sabe si las lustraciones del bendito caldero curarían la pasión de ánimo del montañés?

La noche siguiente, yo también oí, entre el silbido del aire y el ronco mugido profundo del Cantábrico, la voz del perro que aullaba en son muy prolongado y triste.

Me desvelé, y singular desasosiego me oprimió hasta la madrugada, hora en que generalmente recompensa el sueño las fatigas del insomnio.

¿Será creído el desenlace de este caso auténtico, no tan sorprendente para los que nacimos en la brumosa tierra de los celtas agoreros como para los que en regiones de sol tuvieron cuna?

El temor á la incredulidad me paraliza la mano. No me determino á estampar aquí que Cibrao amaneció muerto en su cama.

Le hicimos un buen entierro, y hasta se dijeron misas por su alma, primitiva y gentil.

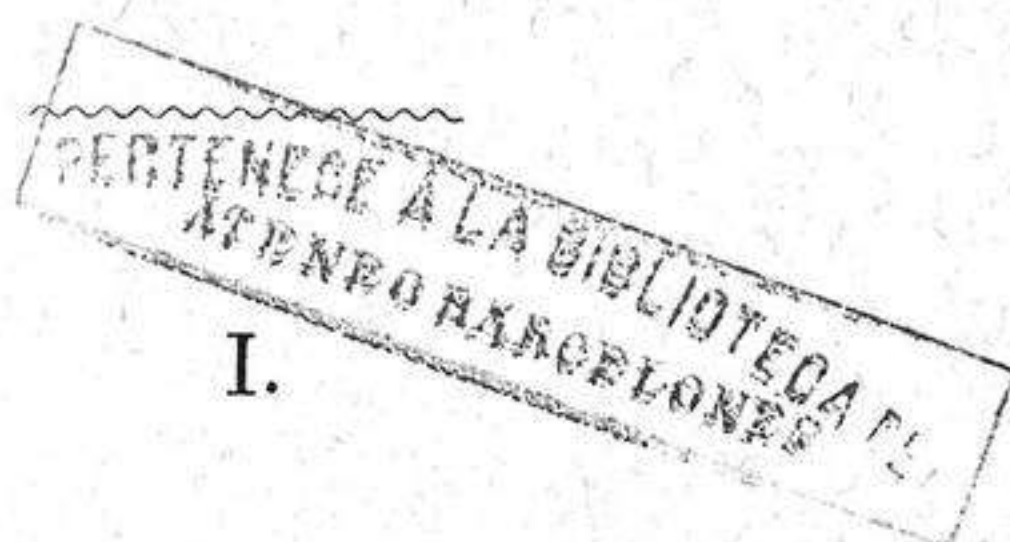
EMILIA PARDO BAZÁN.



CONSIDERACIONES HISTÓRICO-CRÍTICAS

ACERCA DEL

NOVISIMO ASPECTO DE LA CUESTIÓN OBRERA



I.

Ni la cuestión social en su conjunto, ni en especial la obrera, tienen de nuevas nada; pues, como nadie ignora, sin ir todavía más lejos, llenan ya copiosas páginas en la historia de nuestro siglo. No es otra ahora ante todo que la que hace justamente cuarenta y cinco años, y como corolario de la revolución de 1848 en Francia, formuló y analizó con toda la intensidad de su espíritu el conde de Cavour, primero en concepto de economista de los titulados clásicos, y tres años más tarde, cuando empezaba ya á ser señalado político; es decir, la antinomia ó colisión, usando sus propios términos, entre el derecho de propiedad, bajo cualquier concepto, y el de conservación personal ó individual: derecho el último que teóricamente presentaba á su juicio los caracteres de un principio superior ó predominante (1). Á seguir la antedicha antinomia en su detallado desenvolvimiento histórico renuncio también sin pena; que

(1) *Ouvrages politiques et économiques par le Comte Camille Benso de Cavour*: Coni, 1851. *Des idées communistes et moyens d'en combattre le développement.*

nada nuevo sabría decir sobre los fenómenos violentos del moderno industrialismo, combinado con la concurrencia individual y universal. Nadie desconoce los conflictos en diversas formas crecientes entre el capital y el trabajo ; ni las asociaciones ó coligaciones obreras para resistir al capital, ora pacíficas, ora belicosas ; ni las contrapuestas inteligencias que se inician hoy entre propietarios ó patronos ; ni las duras condiciones de vida que la nefanda discordia impone al proletario industrial por un lado, y por otro al patrono, de consuno sujeto á la presión incesante del malcontento obrero, y al acicate impío con que la libre concurrencia obliga sus acciones. Mucho mayor número de veces se observa todo esto en el mundo industrial que en el agrícola ; pero lentamente va comunicándose ya de aquél á éste, y vense á la par desaparecer las antiguas relaciones patriarcales del propietario territorial con el cultivador asalariado. Mas por lo mismo que es tan sabido cuanto antecede, ni hago yo, ni hace nadie consistir en ello lo que hay realmente de extraordinario en la actual situación. Ni que los obreros vengán celebrando periódicos Congresos para tratar de sus intereses peculiares ; ni que por inexperiencia, ó pasión, planteen allí y discutan temerarios y aun absurdos problemas, como en el recientísimo de Hala ; ni que reclamen al menos costosas leyes de protección para niños, mujeres, ancianos é inválidos ; ni que hasta los hombres adultos y sanos pretendan ya que su subsistencia se ponga al abrigo de las incalculables fluctuaciones de la libre concurrencia ; ni que se aumenten de día en día, en vez de decrecer, los conflictos que todo lo expuesto origina entre patronos y obreros, surgiendo, no sólo huelgas, detrás, sino á veces motines sangrientos : nada, en suma, de lo que á la cuestión concierne pre-

ocupa hoy tanto, como que intervengan en ella los Gobiernos y aun la Iglesia, no para reprimir, sino para buscar más bien satisfacción á las peticiones ó exigencias. Y no cabe duda que con razón. Porque esto de que los hombres de Estado se reúnan en conferencias diplomáticas de carácter parecidísimo á las que tantas veces han decidido de la suerte de territorios y hasta de imperios, para discutir idénticos problemas á los dilucidados antes en Congresos de obreros ; esto de que casi á la par y con idéntico fin, aunque no siempre con dictámenes comunes, se junten á deliberar Obispos, sacerdotes, personajes eminentes, en legítima representación de la Iglesia católica, y aun con expresa autorización del Papa ; esto, por último, de que las sumas potestades del mundo pongan así á la orden del día la cuestión obrera, considerando digno de su contemplación más seria un orden de conceptos que, aunque no siempre socialistas en la acepción trastornadora y anárquica de la palabra, eran también no ha mucho objeto de reprobación unánime, cosas son que merecen de sobra el antedicho título de extraordinarias. Pero á todo esto, preguntan muchísimos : ¿cuáles consecuencias positivas traerá al mundo el impensado carácter que de pronto ha adquirido la cuestión obrera? ¿Hasta qué extremo buscarán y encontrarán soluciones prácticas el Estado y la Iglesia, fuera de la caridad tradicional y de la limosna, para los oscuros problemas que están hoy estudiando? Por desgracia, el porvenir únicamente ha de responder á tales preguntas con conocimiento pleno. Los hombres de ahora cumplirán, en toda su extensión, con el respectivo deber inquiriendo, meditando, comparando, inventando ó discutiendo soluciones, y poniendo voluntad sincera en los emprendidos ensayos.

:

No andaban así las cosas, cuando hace veinte años traté de esta cuestión obrera (1) denunciando sus no remotos peligros, por una parte, y la ineficacia, por otra, de las defensas ó soluciones hasta allí dispuestas por el triunfante optimismo de la economía política individualista y radical. Ya por entonces, sin desconocer ni un instante lo mucho, muchísimo, que agravaba el conflicto la generalización de la incredulidad religiosa entre los obreros de las naciones reputadas más cultas, incredulidad de que en estos propios días ofrece particular ejemplo el engreído socialismo berlinés, y que, á no dudar, estorba el que sean tan compatibles en este mundo ricos y pobres cual en otro tiempo; sin escondérseme tampoco los bienes sumos que cabía, y aún cabe, en este punto esperar de la doctrina y predicación cristianas, tomé, para mí, las cosas según estaban y están, dedicándome principalmente á indagar los recursos con que la sociedad laica cuenta para la necesaria pacificación de los ánimos. Y, puesto en tal camino, desde luego anuncié los desengaños amargos que el optimismo económico nos preparaba, sin desdeñar, en tanto, el examen de las asociaciones voluntarias de toda especie, por remedio único propuestas á males imposibles de negar, así el de las cooperativas de una ú otra índole, como el de las constituidas por *patronazgo voluntario* que preconizó Le Play, el de la *participación* en los beneficios y otras semejantes. Dióme mi investigación por resultado que si dichas asociaciones resuelven tal cual vez la pavorosa antinomia que Cavour, como otros, tenía señalada tiempo atrás, y si son todas de intención bonísima, recomendables, y útiles también en determinados límites, ninguna

(1) Discurso de apertura del Ateneo de Madrid.

había sido hasta entonces capaz, como ninguna después lo ha sido, de ofrecer al hondo malestar social sino alivios exiguos. No cabe, no, sustraer á esta sentencia hoy en día ni el mismo principio cooperativo, más fecundo, sin duda, que otro alguno, por más que las sociedades cooperativas de distribución ó consumo en Inglaterra abracen ya cerca de un millón de habitantes, y que las de crédito de Schulze, en Alemania, tengan, según se dice, constituidos hasta cuatro mil bancos de crédito popular. Que, á la verdad, ni ha podido suprimir Inglaterra por eso, en la manera prudente con que años ha la aplica, su ley de pobres, y mucho menos sus huelgas, á veces triunfantes, con el simpático apoyo ahora de la Iglesia y las clases elevadas, y que probablemente hará más violentas de aquí adelante el autoritario carácter del nuevo *Trade unionism*, muy lejano ya del individualismo anterior. Tampoco florece por eso menos en Alemania el socialismo ambicioso é irreconciliable. Y, en resumen: ninguno de los demás países de Europa, donde asimismo se ensaya la cooperación, ya en el consumo, ya en la producción, ya en la construcción de casas de obreros y otros objetos plausibles, ve por su medio mitigada la discordia entre la pobreza sin resignación del día y la eternamente egoista fortuna. Contodo, y conste bien esto: sea cualquiera su práctica deficiencia, las asociaciones libres, espontáneas, voluntarias, siempre son para mí dignas de loa y de aliento, sin excluir, por supuesto, ¿qué he de excluir?, cual torpemente excluyen otros, las que nacen y viven con espíritu cristiano. Mas sin pararme á desenvolver ahora las causas, importa que de la consecuencia tome ya testimonio. Ello es, ¿cómo negarlo?, que á pesar de cuanto la ciencia económica ha discurrido, y creado por sí sola la actividad individual, la

antinomia de Cavour continúa íntegra, y aun de año en año se agravan sus riesgos. Y de ahí proviene primitivamente el fenómeno (no hay que buscarle anterior origen) de que tantos Gobiernos á un tiempo intenten tomar hoy sobre ellos la ardua empresa, si no de remediar, que fuera locura, cuanto pide remedio, de disminuir al menos los escollos del revuelto mar de la vida humana.

De observar es á este propósito que sin razón se atribuye la iniciativa al espíritu autoritario del Estado alemán. Ella pertenece más bien á Suiza, donde son apenas conocidas las huelgas ; donde los derechos individuales se ejercitan con mayor extensión y mejor que en parte alguna ; donde el individuo parece más libre en todo y más potente ; donde más equilibradas están la industria y la agricultura. Pues con eso y todo, no hay nación en que el supremo Gobierno haya intervenido antes y con más eficacia y espíritu autoritario en los conflictos entre el trabajo y el capital. Diez y seis años hace que allí se adicionó á la Constitución federal el siguiente artículo : «La Confederación tiene el derecho de establecer prescripciones uniformes sobre el trabajo de los niños en las fábricas, *sobre la duración que debe fijarse al trabajo de los adultos*, y sobre la protección que ha de acordarse á los obreros, tocante al ejercicio de las industrias insalubres ó peligrosas (1). Nada menos que derecho á fijar el máximum de horas de trabajo en las industrias posee desde entonces el Consejo federal, y, en su consecuencia, la *Ley* concerniente al de las fábricas de 23 de Marzo de 1877, rigurosamente observada en los últimos doce años, tiene establecido en aquella libre democracia

(1) Constitución federal de 29 de Mayo de 1874. Artículo 34, primer párrafo.

un máximum improrrogable de once horas, salvo el tiempo indispensable para accesorias operaciones. Y aun no se admite aquel máximum sino para solteros de ambos sexos, con más de diez y ocho años de edad; es decir, plenamente adultos; no siendo permitido tampoco trabajar fuera de las horas del día sino por excepción difícil, la cual, si se limita á una noche sola, debe autorizarla el gobierno local, y el cantonal si ha de extenderse á dos semanas. Industrias hay, bien se sabe, que exigen que no pare el trabajo; mas en esas necesitase para trabajar de noche todo un permiso del Consejo federal ó supremo gobierno, manteniéndose además á cada obrero en el límite común de once horas. Prohibido está asimismo, doce años ha, el trabajo en domingo, salvo los casos de precisión absoluta, y con autorización también del supremo gobierno; prohibido sin excepción el trabajo de noche de las mujeres, á quienes hay que conceder además tiempo bastante para atender á su familia, si son casadas, y vacaciones forzosas antes y después del alumbramiento, que en el postrer caso no han de bajar de seis semanas. Cuanto á los niños, ni antes de los catorce años trabajan en las fábricas, ni se les permite anteponer el trabajo á la asistencia á la escuela ó la iglesia; siendo el fabricante responsable de que trabajen niños de edad menor, y de que se les aparte de sus deberes escolares y religiosos. Añádase á todo esto que la ley de que trato obliga en cada caso á formar un reglamento, que la autoridad no aprueba sin oír á los obreros interesados; reglamento que, siempre fijo en la misma fábrica, establece obligaciones recíprocas entre aquéllos y sus patronos, sin perjuicio de que las leyes federales de 1875, 1881 y 1886 todavía extiendan más que en ningún país la responsabilidad civil de los patronos respecto á los acciden-

tes (1). Aunque tamaños pormenores fatiguen la atención benévola del lector, gracias á ellos quedará persuadido de que mucho de lo que se medita y discute ahora sobre la cuestión obrera comienza en Suiza á ser viejo. Queda patente también que, no contenta aquella democracia con haber introducido en su legislación interior tales principios, fué quien realmente tomó la iniciativa para que la cuestión obrera diese objeto á deliberaciones internacionales, convocando con ese fin un Congreso en Berna. Si á la postre cedió en esto el paso á Berlín por su superior autoridad é influjo en el mundo, las actas oficiales de la Conferencia, en aquella imperial corte reunida, nos enseñan que el programa que allí presentaron y sostuvieron los representantes helvéticos fué, con mucho, el más avanzado, como que respondía favorablemente á las más graves tal vez de las exigencias de los obreros, en común alianza juntos á la sazón. Frente á frente de todo el resto de Europa, incluso Alemania, que no juzgó prudente oponerse al general voto, sostuvo Suiza que los acuerdos favorables á los obreros, tan sólo aceptados por la Conferencia de Berlín en forma de recomendación ó consejo, debían recibir fuerza de pactos internacionales, ajustándose expresamente uno que señalara el máximum de horas en que por dondequiera se permitiese trabajar. Francia, que durante su tremenda crisis de 1848 había decretado esto ya, pero sin exigir después su cumplimiento, hasta estar olvidado, y sobre todo Inglaterra, atenta siempre á sus peculiares intereses industriales, trataron con gran despego por entonces aquellas pretensiones, y los delegados helvéticos hubieron de contentarse

(1) Véase, sobre esto, el libro especial publicado en 1888 por el departamento federal del Comercio y la Agricultura en Berna, que contiene todas las citadas leyes con la copiosa jurisprudencia á que han ido dando lugar.

con protestar altamente de que no se les atendiera, declarando que jamás renunciaría Suiza á sustentar las ideas desechadas.

Paréceme que lo expuesto basta á patentizar, desde ahora, que no han sido hijas de ningún capricho de cesarista índole, como tantos suponen superficialmente, ni las leyes sobre los obreros del gran canciller Bismarck, ni los rescriptos del Emperador reinante. No por cierto. El empeño con que los Gobiernos en general buscan hoy soluciones que mitiguen la triste antinomia de Cavour, con repetición citada, procede de más nobles y más hondos motivos, y á mí, debo decirlo, parécenme los principales estos siguientes. Es el primero, la confesada impotencia de la Economía política para formular un reparto de la producción que, respondiendo al concepto de la vida y á la noción del derecho individual que en el proletario reina, presente al Estado eficaces medios con que pacificar la discordia social. Bien sabido es que se contenta dicha ciencia unas veces con declarar los males necesarios, imposibles sus remedios, y aun dignos de donoso escarnio los que se pretenden y buscan; y que, no sin contradicción, se atreve otras á imponer á manos laicas la caridad legal ú obligatoria. Es el segundo, la profunda alteración de los elementos constitutivos del Estado, que más ó menos se observa en las naciones contemporáneas, por virtud de la cual tiéndese á someter en mucho el orden político al mayor número, que, sea como quiera, lleva la peor parte en el sistema actual de producción y consumo, inmediata causa de la discordia. No ha dejado de acelerar la acción del primero de los motivos el espectáculo que tiempo ha ofrecen los economistas que titulamos clásicos, no pocos de los cuales, por razón de la especie de imperativo categórico que el hecho invencible engendra, han

abandonado, más ó menos expresamente, en su esencia, según indiqué arriba, la intransigente unidad de la doctrina del *laissez faire, laissez passer*. La autoridad de una escuela, que no faltaba quien reputase infalible antes, no ha podido menos de padecer, por todo extremo, en divergencia tamaña; y no es mucho, por tanto, que prescindan los Gobiernos contemporáneos de tan incierta guía en su política económica, inclinándose á proteger, no en verdad al socialismo utópico, ni al bárbaro comunismo ó anarquismo con sus pretensiones quiméricas ú horrendas, sino un eclecticismo práctico, sediento de conciliación y de paz. Pero todavía el segundo motivo ha influido, é influye más en mi concepto, mediante las naturales impacencias del elemento obrero que, sintiéndose en Suiza poderoso, de igual modo que en el Imperio alemán, dentro del organismo del Estado moderno, con mayor ó menor empuje intenta subvertir, por los medios políticos que posee ahora, las tradicionales relaciones de pobres y ricos en la vida común. Y no cuento, como se ve, entre los motivos, el miedo á las exigencias amenazadoras de la muchedumbre, cuando las da por tal manera á entender, porque en el terreno de la fuerza son quizá aquellos Gobiernos que menos temen y deben temer, los que parecen dispuestos á otorgar al proletariado más concesiones.

No he de decir más de lo preciso de aquellos economistas clásicos, ó cual otros dicen ortodoxos, que ninguna atención prestan á los conflictos sociales del día, constantes en su optimismo universal, y olímpicamente desdeñosos respecto á los conflictos inmediatos, locales, contemporáneos, que la concurrencia sin límites ocasiona, así entre los individuos como entre las naciones. Figúraseme en verdad que estos tales indiferentes comienzan por todos lados á disminuir y han de desapare-

cer antes de mucho de la escena, ya que no convictos, ahogados en la irresistible corriente de los hechos sociales. Pero, sea lo que quiera, úrgeme ante todo declarar, tocante á esto, que nada de lo que hoy diga se refiere á los economistas clásicos de nuestra España; que no son ellos de los que condenan (persistiendo en la palabra que ya otra vez he usado) al abandono ancianos, niños y enfermos, siempre que no realicen un ahorro, por lo general imposible, ó con sobrantes de salario y por modo espontáneo no organicen prósperas asociaciones, donde recíprocamente se ayuden todos para todo, sin intervención alguna del Estado. No: si tal cuál de nuestros economistas clásicos profesa opiniones semejantes, yo lo ignoro; antes bien sé de cierto que varios de los más eminentes hacen fructuoso alarde de las contrarias. Pero, fuera de España, siempre ha habido y hay muchos aún que por aquella manera piensen, olvidados de que el propio padre de la ciencia, Adam Smith, era primero que nada un *moralista*, y que nunca pensó en divorciar la moral de la riqueza. Para tales economistas dijo en vano Blanqui, el sucesor de la cátedra de J. B. Say, en su conocida *Historia de la Economía política*, que, cualesquiera que fueran las características diferencias de los sistemas económicos de Europa, *todos se confundían en la opinión común de que era indispensable un reparto más equitativo de los productos del trabajo. ¿Y no da qué pensar, añadía, un sistema de producción que nos obliga á buscar consumidores en las extremidades del mundo, cuando en el seno mismo de nuestra patria tenemos obreros que carecen de todo* (1)? Donde se advierte, según se ve, más que pequeño recelo de que la concurren-

(1) A. BLANQUI: *Histoire de l'Économie politique depuis les anciens jusqu'à nos jours*: Corbeil, 1866.

cia libérrima no aproveche tanto á los trabajadores cuanto por otros se imaginara, y se observa á la par el reconocimiento explícito de que no es equitativo el reparto de la producción en el orden económico vigente. Ni es difícil aducir más testimonios para hacer patente que la cuestión social, que con tanto estrépito llama á las puertas hoy del mundo culto, nunca ha pasado del todo inadvertida, aunque no le diesen la debida importancia, para la generalidad de los tratadistas franceses, que robaron su nombre de *economistas* á la escuela de Quesnay ó fisiócrata, inspirándose, más bien que en los de Smith, en los escritos de su compatriota Say. Por eso, entre otras cosas, justamente merecen algunos el nombre de eclécticos. Y es que clámese cuanto quiera, que siempre será en desierto, el eclecticismo, que apellidan doctrinarismo algunos, sin saber por qué, cuando no sea por rutina vulgar, inexorablemente palpita en cuantas soluciones plantea la vida práctica. Tan sólo se sustraen á él los soñadores. Naturalísimo fué, por lo mismo, que, después de los grandes economistas smithianos de principios del siglo presente, Say y Ricardo, por ejemplo, cada cual por su estilo empeñado en derivar de la libertad únicamente todo positivo bien humano, comenzara á desarrollarse el espíritu de transacción. Inclináronse á ella cuantos, sin abandonar los principios de la Economía clásica en general, admitieron, con todo, en más ó menos numerosos casos, la protección agrícola é industrial; por igual manera que otros á quienes al fin preocupó la suerte que la libre concurrencia iba creando á los trabajadores modernos. No habían de rendirse á un tiempo todos los economistas al impío optimismo, por virtud del cual imaginaron muchos, y Bastiat con ellos, que en el presente estado de la sociedad humana ninguna otra cosa había

que hacer, sino dejar á los individuos componérselas como pudieran, garantizando tan sólo el disfrute de lo que á fuerza de puños, como quien dice, alcanzare cada cual en esa lucha implacable por la vida que decimos libre concurrencia. Nadie ha reconocido, en tanto, el derecho del obrero á la subsistencia al menos con más claridad que Smith, el fundador de la Escuela; y uno de sus primeros y más ardientes discípulos, Simonde de Sismondi, tardó poco en pronunciar la archisocialista sentencia de que debiera el Estado obligar á los patronos á satisfacer todas las necesidades de sus obreros. Si el reparto *más equitativo* de Blanqui había, en su opinión, de hacerlo el Estado, no lo sé de cierto, tendríamos ya convictos de socialismo á varios de los primeros maestros de la Escuela, precursores así del movimiento didáctico de Alemania contra el individualismo y la concurrencia sin freno.

Pero mayor atención que esas proposiciones, un tanto aisladas, merece para mi intento el examen de ciertas obras concretamente escritas sobre el enlace de la Moral con la Economía política, y que en realidad tienen por asunto las relaciones de la propiedad ó el capital con el trabajo. Tres economistas sin tacha de socialismo de ningún linaje, y clásicos en sus principios, me vienen sobre esto á la memoria : Baudrillart, francés ; Dameth, suizo, y el ministro italiano Minghetti. Simultáneamente comenzaron los dos primeros á tratar del asunto, profesando su ciencia el uno en el Colegio de Francia, el otro en la cátedra de Ginebra ; y aunque ninguno de los dos llegase á las místicas consecuencias de su contemporáneo, el economista católico Villeneuve Barguemont, dieron de consuno importancia suma al elemento ético en la Economía política. Muy ajenos se mostraron ya entrambos á

aquella despiadada fórmula del radicalismo económico en Alemania, de que «nada le importaba á nadie que capitalistas y obreros se rompiesen la cabeza (1)»; expresión íntima también, según sabemos, del radicalismo francés de igual índole. Baudrillart, que más tarde ha ampliado su primitiva obra (2), propúsose desde el principio buscar la armonía entre la Economía política y la Moral, sin confundir lo que en aquélla hay de puramente especulativo con lo que demanda la vida práctica. «Mucho puede hacer la Economía política», escribe á este propósito en su nuevo prefacio, «para resolver bien el problema; pero éste en sí es y siempre permanecerá siendo esencialmente moral.» No por eso absuelve, sin embargo, á la Escuela clásica de su decidida tendencia egoísta en la teoría, «porque todo (añade) le hace falta al hombre, menos que su egoísmo se estimule (3)». Pero mal de su grado, en el ínterin, la armonía que Baudrillart apetece y busca no es más fácil de establecer, espontánea y libremente, entre las voluntades de los hombres, que la de los intereses mismos, que pretendió Bastiat. Todo sigue hasta aquí indicando que, ó se impondrán para lo racional y posible conciertos forzosos, por intervención del Estado y á nombre del supremo interés de la sociedad entera, ó nunca se lograrán sino fugaces treguas entre el capital y el trabajo. Y téngase de nuevo en cuenta, pues déjolo antes dicho, que no trato de examinar aquí especialmente sino las soluciones civiles, laicas, dejando ahora aparte las de índole religiosa, por lo cual no es extraño que esto afirme. Piénsese del *altruismo* cuanto

(1) Frase de un librecambista alemán, citado por Cusumano en su referida obra.

(2) *Des Rapport de l'Économie politique et de la Morale*; segunda edición: París, 1883.

(3) Baudrillart: obra citada.

se quiera, ello es que en la vida práctica lo egoísta y lo moral siguen divergentes líneas en sus respectivos procesos. Rechazado por Baudrillart el *egoísmo* como fundamento del orden social, no queda más en su sistema para regir el conjunto de las relaciones sociales que la moral laica profesada por los *positivistas* contemporáneos. ¿Mas por ventura puede alcanzar ésta suficiente vigor en los particulares para llenar el fin social que se le impone? Pues si no lo alcanza, cual es notorio, pedíale la lógica á Baudrillart que se pronunciase por la inevitable intervención del Estado. Por su lado Dameth, segundo de los economistas á que voy refiriéndome, era más apasionado de Bastiat que Baudrillart, soñando al modo que este último con la armonía de todos los intereses legítimos; pero en los efectos prácticos de su doctrina propia pareció abrigar menos confianza todavía. Bien quisiera él también que lo resolviese todo la libertad; mas el egoísmo es visible compañero de la independencia individual. Después de mucho pensarlo, no tuvo, pues, el profesor ginebrino otro remedio que declarar autor de los presentes conflictos sociales al *chacun pour soi*, ó, lo que es igual, al egoísmo susodicho, por más que constituya principio esencial de la libertad económica. Y cuando el buen Dameth, que á puños cerrados creía en la armonía final de los intereses, se convenció de que por de pronto iba la desarmonía en aumento, no supo decir por conclusión sino que «razonablemente cabía desesperar de la sociedad moderna». Por encima de estos puros y bien intencionados economistas, oprimidos ya por la verdad, pero sin valor aún para atribuir funciones armonizadoras al Estado, único capaz de ejercerlas con algún éxito, hay que colocar á Minghetti, hombre de Estado al fin, como Cavour, y más conocedor, por tanto, del á veces irremediable antago-

nismo entre el instinto individual y el social. Para no contentarse él, como otros, con vanas palabras, afirmó expresamente que los capitalistas tenían deberes perfectos que cumplir hacia los trabajadores; deberes inexcusables, aunque se les mirase como de índole moral, no jurídica. La forma de ejercer este deber, á su juicio, estaba en la caridad elevada á obligación exigible; aquella caridad misma por otros economistas tan maltrecha en su carácter voluntario y cristiano. Por supuesto, la semejanza de esta solución con la de la *caridad legal* del conde de Cavour salta á los ojos. Y en vano clamó Minghetti luego porque fuese la caridad espontánea, al par que amplísima y capaz de subvenir á las exigencias de la miseria (1), porque su doctrina, dado el carácter laico con que la predicaba, envolvía una conminación positiva, creando, ni más ni menos, el derecho á la limosna. Los ricos, al parecer libres para darla ó no, quedaron por Minghetti advertidos de que la política económica exigía (y ya se sabe que lo político y lo evangélico son cosas en su acción diferentísimas) no dejar perecer á los pobres. Nada tuvo de extraño, tras esto, que, en medio de su nativa desconfianza del Estado y de no querer prescindir de la libertad, terminase al cabo, cual haciéndola suya, con esta imperiosa fórmula de Romagnossi: «El Estado debe servir de *tutela*, y como de *reserva*, enfrente de la *libre concurrencia* allí donde hagan ellas falta, según la falta que hagan, sin otros límites que los que su propia falta fije; porque, de otro modo, en vez de concurrencia (ó competencia), sobreviene una lucha desatentada». ¿Cómo extrañar que modernos autores de filosofía moral, como M. Jules Thomas en Francia, después de reconocer el

(1) *Della Economia pubblica e della sue attinenze colla Morale e col Diritto*, lib. v.

derecho de propiedad justiniáneo, reconociéndolo por único medio de aplicar á la producción toda la energía humana, declare al fin que entre aquella cardinal institución y la solidaridad social existe una antinomia, resoluble tan sólo por virtud del derecho á la *asistencia*, realizado en forma de impuesto progresivo? Para ir de la doctrina de Minghetti á esta última, no había que dar realmente ningún gran paso. Las más de las pretensiones revolucionarias de 1848 en Francia, y de las que al presente renuevan las clases trabajadoras, caben, no hay que negarlo, en la referida sentencia de Romagnossi, conforme, y esto era ya grave, con el dictamen de dos modernos hombres de Estado, de los más célebres del siglo XIX, y tan simpáticos á la escuela liberal como Cavour y Minghetti. Uno y otro fueron, en puridad, más lejos que los actuales gobernantes suizos y alemanes, y las causas que los trajeran á aquéllos y éstos á parecidas conclusiones, no pueden menos de ser las mismas.

Por de contado que estas tendencias conciliadoras no están aceptadas entre todos los economistas clásicos, ni mucho menos. Mas como no vamos á escribir un tomo, lícito ha de sernos pasar con rapidez extrema sobre doctrinas, autores y libros, escogiendo lo que hace más al caso. Y para citar irreconciliables, ninguno más importante, á mi juicio, que el ex ministro francés Leon Say, persona con cuyo trato me honro, y hombre expertísimo en cualquier linaje de materias económicas. Pone aún este pensador por encima de otra consideración ninguna la de *no hacer nada* que disminuya la confianza de los individuos en la *potencia de su acción personal*. Vivamente ha apoyado, no ha mucho, tal concepto suyo en esta proposición del ministro inglés Gos-

chen : «La confianza del individuo en sí mismo, y el respeto á la libertad natural, son necesarias condiciones *de la fuerza de los Estados, de la prosperidad de las naciones, de la grandeza de los pueblos*». ¿Pero quién niega esto por acaso? Mientras más confianza tengan en sí los individuos, y menos necesiten y apetezcan la tutelar acción del Estado, será incontestablemente mejor, porque el Estado mismo, con menos obligaciones peculiares y mayor ayuda de sus miembros, contará, es claro, con dobles fuerzas para realizar el bien posible. Mas tales condiciones ¿se dan á voluntad? Esa producción cosmopolita, desconocida, ilimitada, por necesidad incalculable en sus efectos, ¿cabe dentro de las previsiones individuales? No ; y porque no cabe, levántase el brutal *stock*, inadvertido como el ciclón, y corre, vuela, en términos que, aunque el telégrafo avise su llegada próxima, siempre es tarde para impedir los estragos, no aprovechando la noticia á los bajeles que, engolfados en el inmenso Océano, tan pronto lo sienten como zozobran. ¿Y qué vale la individual *confianza* del trabajador en su atomística potencia personal, contra esos terribles fenómenos, aunque sean *naturales*, como la propia concurrencia lo es con ó sin límites? Para M. Leon Say no existen más que dos solos medios de defensa para el trabajador, que son hacerse con propiedad ó con capital. La cosa es segura ; pero ¿lo es igualmente que quepa con frecuencia adquirir aquél ó ésta por ahorro sistemático, dentro de unos salarios que la libre concurrencia fija á veces con arreglo á lo que consume el que consume menos, y siempre bajo el alternativo influjo del trabajo y del *paro*? ¡Ah! Si no hay más camino de aliviar sensiblemente la condición de los obreros, en general, que ese de que se hagan propietarios y capitalistas con el ahorro

de sus jornales (1), mejor es declarar con muchos economistas clásicos que ninguno existe. Que, en el ínterin, la prosperidad común y la total grandeza de tal ó cuál nación puedan ser mayores por medio de la concurrencia ilimitada que sin ella no es dudoso, pues lo patentiza Inglaterra con su ejemplo, único que debe haber tenido Goschen presente. Lo que hay es que para eso precisa que en las batallas de la concurrencia quede en conjunto muy triunfante la nación de que se trate, y suele ser indispensable asimismo el despremiar, hasta un punto que comienzan á no tolerar los tiempos, las miserias individuales. Fuera de tales condiciones, la confianza de los ciudadanos en su actividad peculiar y sus individuales fuerzas, para vencer en la vida todo obstáculo, puede bien picar en temeraria. Por eso prefiero yo á las ideas de M. Goschen y de M. Leon Say, con ser autoridades tan altas, la modesta solución de un catedrático de Lila, á quien cito por haber ganado el premio Wolowoski poco hace en el Instituto de Francia, que se apellida M. A. Bechaux, y profesa la *Economía política* en la referida ciudad. *Le Droit et les Faits économiques* (2), titula un libro donde expone las sensatas ideas que oiréis. «En un país, escribe, donde la iniciativa privada asegure la armonía de las múltiples relaciones que el trabajo engendra, debe el Estado limitarse á dotar al *patronato* y á la *asociación* de la libertad más completa, reduciéndose á aplicar á la industria las leyes de policía general sin someterlas á más restricciones que las que que hagan indispensables la salubridad y la moralidad. Mas si el patronato y la asociación, esenciales elementos de la estabilidad

(1) Véase todo esto en el libro de M. LEON SAY intitulado *Le Socialisme d'État*: París, 1884.

(2) *Le Droit et les Faits économiques*, par A. BECHAUX: Porrentruy, 1889, pág. 26.

se muestran flacos y están en camino de desaparecer ó anularse, *la intervención del Estado habrá de medirse entonces por semejante insuficiencia*; situación que impone á los gobernantes funciones nuevas, obligándoles á crear servicios y soportar cargas, que si en una sociedad bien establecida son inútiles, en otras se hacen necesarias, debiendo ante todo pensar con Bacon que *Verum tamen sæpe necessarium est quod non est optimum.*»

Después de todo, á esa opinión se acerca ya mucho el bien conocido publicista M. Maurice Block, que no ha dado hasta aquí treguas á su pluma en la propagación del clasicismo económico. Al paso que con erudición vasta, y no menor apego á la Escuela, en su última obra (1) expone las nuevas opiniones corrientes en Alemania, Italia, Inglaterra, los Estados Unidos y la misma Francia, refutando, con calor y frecuente acierto, así á los socialistas como á los nuevos maestros de *Política social*, denominados *socialistas de la cátedra*, plantea la cuestión de que trata en mucho más conciliadores términos que M. León Say, por ejemplo. Por ningún otro libro creo yo que se halle tan bien determinada la posición que les convendría hoy tomar á todos los economistas, ortodoxos ó clásicos. Reivindica Blok, ante todo, la innegable libertad de la ciencia pura, que no tiene por qué sujetarse al arte práctico, de suyo *transaccionista*, ni por qué absorber ó dejarse absorber por otras ramas distintas del conocimiento; de donde lógicamente viene á parar en que la Economía política ni es moral ni inmoral, bastándole formular verdades. Sin embargo, no le empece tal concepto para reconocer que, dado que el hombre puede infringir en sus acciones económicas la moral, tócale al

(1) MAURICE BLOCK: *Les progrès de la science économique depuis Adam Smith. Révision des doctrines économiques*: Corbeil, 1890.

Estado impedirselo. Con lo cual, casi excusado es decirlo, encuéntrase muchos eclécticos conformes. Aislara así Bastiat de otro cualquiera el concepto de su peculiar ciencia, sin entrometerse en la del Estado, ni pretender acomodar el relativo régimen de los pueblos á sus absolutas ideas, y ahorrárase disputas estériles. No se quiere, en puridad, otra cosa, sino que el Estado, á nombre del elemento ético, que toda legislación racional pide, ponga mano en las extremas conclusiones de la Economía política clásica, para que su aplicación práctica no degeneren en perturbadora del orden histórico internacional y del orden moral eterno. Y justo es que añada aquí que, en mi concepto, la Escuela de la *Social politik* yerra enormemente, por su lado, al pretender que la Economía política sea como una rama de la Ética, y rama que desigualmente se incline hacia el obrero, sin dar parecida sombra al patrono, lo cual daría de suyo que las huelgas del capital, tan funestas como las del trabajo mismo, reemplazaran á estas últimas en lo por venir. Aspiración es, con evidencia impertinente, la de que el contenido propio de la Economía política sea, primero que todo, inmaterial é idealmente civilizador, trocándola en diferente conocimiento y disciplina que ser quiere, y atribuyéndola obligaciones que á la teosofía, á la filosofía espiritualista, y en su caso á la ciencia del Estado, corresponden. Lejos de eso, puede y aun debe admitirse que el primero de los especiales móviles de la producción continúe siendo para la Economía política el egoísmo, ó, si otro término se prefiere, el interés, y que sobre él se levante exclusivamente esa particular construcción científica. Pero asimismo la Ética tiene, en cambio, sus postulados independientes, maravillosamente sintetizados en el precepto evangélico al tratar al prójimo como á sí mismo; precepto que cuando por puro

amor á Dios no se cumpla, la sociedad en una ú otra forma, y tarde ó temprano, sin remedio habrá de cumplir. Lo que importa es que ambas disciplinas vivan paralelamente en la sociedad, marchando sin comunicación alguna, si se quiere, en lo especulativo, mas no así en el orden práctico. La política económica, de acuerdo en ello con la ley de Dios, llámalas luego á juntarse en los hechos humanos, para que encaminen éstos hacia los fines racionales, porque entrambas aisladas resultan á tal propósito deficientes. Principio de actividad y progreso es, sin duda, el egoismo, porque aunque fuera santísima cosa, en la totalidad de este mundo imperfecto no cabe conseguir que trabajen y desenvuelvan los hombres sus respectivas y desiguales fuerzas individuales sin otro final objeto que el de partir su bien con los demás; pero, por otro lado, ni existir podría la sociedad siquiera si imperara de hecho el egoismo, por ley única, entre todos sus miembros. Las claras y forzosas antinomias por este estilo, ni se niegan, como no se negaría la luz, ni se descuidan, sin gran riesgo. Vayan, pues, concertadas, que es inevitable, la Economía política y la Moral, en la Política económica de las naciones, bajo la inexcusable inspección del Estado, como buenas compañeras, y para todo aquello á que la caridad cristiana y su remedo, *el altruismo*, no basten. ¿Han tenido siempre en cuenta los economistas radicales el dualismo del hombre, instrumento físico á un tiempo que racional y moral? No, y el citado Block, que ingenuamente lo confiesa, discúlpalo por los violentos estímulos de la polémica. Verdad en esto hay; mas igual excusa debiera aplicarla el mismo á los economistas intransigentes. Partamos todos del dolor necesario, inextinguible, en la especie humana; pero decidámonos á buscarle alivios hasta donde posible sea, mirando esta incontestada-

ble obligación ética, no como de índole privada, sino como de positivo orden social. En el entretanto, viéndose ya á M. Block, y á tantos otros economistas clásicos, inclinados á prescindir de su individualismo impío y de su anárquica libertad económica, no hay por qué acompañar á publicistas como el francés M. Domerques, en sus diatribas contra los campeones exagerados de la Escuela. Al espíritu paradójico de estos últimos y al criticismo implacable de sus contendores, debe, en mi concepto, sustituirse el moderado tono de un escritor español, á quien hubiera debido nombrar ya, si tratara aquí especialmente de avalorar méritos entre unos ú otros autores contemporáneos. D. Eduardo Sanz y Escartín, de quien hablo, merece, á mi juicio, ocupar uno de los lugares primeros en el catálogo de nombres de españoles que hasta hoy han tratado de la producción, el consumo y el reparto de la riqueza. Docto, sobrio, metódico, bien escrito su libro (1), obtiéndose con él no menor conocimiento que con el de Block respecto á la literatura económica que por todo el mundo se ha esparcido en cortos años, con el fin de poner coto á los excesos de ciertos economistas radicales. No he de decir yo que esté sin excepción conforme con las conclusiones de aquel escritor notabilísimo, pero sí en el mayor número y las más esenciales; que el Sr. Escartín no es individualista al estilo de Bastiat, sino defensor de la posible armonía entre el interés egoísta de los individuos y el amplio y protector interés social; la libre concurrencia absoluta no es su principio, cual no es el mío; y como yo, cree en los beneficios de la protección aduanera, y en que está lejos de ser inmejorable la presente organización social.

(1) EDUARDO SANZ Y ESCARTÍN: *La cuestión económica*.—Madrid, 1890.

Cítrole con gusto, por lo mismo que ya he citado tantos escritores extranjeros.

Mientras por tales cauces tan varia y turbia corre la ciencia económica, las masas productoras y consumidoras, de cuya suerte pretende disponer aún, agítanse, según se ve, sin sujeción á ninguna ley cierta, á la manera que el vasto y profundo Océano; dejando oír constantemente, por igual modo que él, un rumor bronco, que no permite á la población marinera olvidar por sólo un momento su amenazada existencia. En este mar humano hace las veces de desencadenado viento la utopía; y, con todo, nunca he experimentado yo el aborrecimiento que otros hacia los utopistas criados á pechos de la igualdad moderna. De aborrecer, de desdeñar, guárdalo para los inspiradores y redactores de los principios quiméricos de 1789 y sus propagadores interesados ó superficiales. Porque una vez enseñada en las cátedras oficiales, estampada en los códigos, introducida en las leyes electorales y procesales la igualdad absoluta, como dogma que pide obediencia á todos, ¿quién, que en tal obra haya tomado parte, puede ahora venir con impertinente indignación á desautorizar sus consecuencias inevitables? La filosofía materialista ó escéptica, que en tanto grado ha conseguido desterrar á Dios del régimen de las cosas humanas; la jurisprudencia por antonomasia moderna, que tan á duras penas admite que cualquier cosa de autoridad y honor, por los antecesores adquirida, se transmita á los descendientes, con la sola excepción de la propiedad justiniánea y del capital; la política positiva, que declara con capacidad idéntica á todos los varones para legislar y disponer de la suerte de los pueblos, sin más que haber nacido y llegado á una edad arbitraria, ¿de qué se quejan? De todo punto son incompe-

tentes hoy para rechazar ideas que mejor que otras comprende la muchedumbre, y seducen naturalmente su voluntad, prometiéndole menos dolores y más goces, así colectiva como individualmente, en esta vida, supuesta única. Gozar cuanto quepa; no esperar de ninguna acción más premio que el dinero contante con que se pague; no respetar otra superioridad que la del número; no reputar justo sino lo que los más apetezcan; no consentir, por último, que burle la igualdad del voto, de que al cabo y al fin las leyes nacen, la extrema desigualdad de las fortunas: todo eso está dentro del programa de 1789, y también, quiérase ó no, de la democracia pura. Iremos así á lo desconocido, es indudable; mas no parece tiempo ya de lamentarlo, sino de marchar virilmente. Pecan de ridículos los que se escandalizan ahora de que los trabajadores no aguarden con sosiego del capital ó la propiedad lo que ya de Cristo no aguardan; de que aquellas esperanzas, que otras veces abrigaron, de alcanzar con santas resignaciones la gloria eterna, no las truequen gustosos por la eventualidad difícil de formar capitales y comprar propiedades con los ahorros de sus intermitentes y exiguos salarios, en medio de una concurrencia sin cuartel; de que no reserven la antigua fe del carbonero para esa deidad *ahorro*, tan rara vez piadosa en la libre concurrencia universal, donde si por ventura algunos lo logran, eso mismo tienta bien pronto á otros europeos ó indios para vender ó arrendar más baratos sus brazos. La disciplina social, cual toda disciplina, es cosa buena; pero ¿cuándo se ha visto que con todo rigor se aplique al jefe ó soberano? Por otra parte, tan sólo á la fuerza se impone y mantiene la disciplina prácticamente, y, en principio, toda pura democracia cifra la fuerza en el mayor número. Bien sé yo lo mucho que las multitudes

trabajadoras yerran en cuanto á su poder material ; pero consiste en no estar completas por ninguna parte las instituciones democráticas. Que de fuerza positiva y orgánica se trata, y hállase ésta todavía al lado de los gobiernos constituidos, y más de los que, obligados á estar en sus fronteras nacionales sobre las armas por el amenazador poder militar de sus vecinos, necesitarían, para no mantener grandes ejércitos permanentes, perder antes el amor patrio. No habiendo, por supuesto, en Europa persona formal que admita la posibilidad del desarme, es evidente que los ejércitos serán, por largo plazo, quizá por siempre, robusto sostén del presente orden social, é invencible dique á las tentativas ilegales del proletariado, que no logrará por la violencia otra cosa sino derramar inútilmente su sangre en desiguales batallas. Y bien cabe contar también, para tranquilizar los ánimos de las clases que poseen la fortuna, con las casi irremediabiles divisiones personales y el espíritu de discordia que tan fácilmente se engendra en las muchedumbres, y de que los recientes Congresos de obreros, en especial el de Chatellerault, presentan clarísimo ejemplo.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

INDEMNIZACIÓN DE MESA.



AL SEÑOR DOCTOR THEBUSSEN,

CARTERO HONORARIO:

EN MEDINA SIDONIA.

DOCTOR , mi dueño :

Antes de comenzar esta carta, ¡con cuántas vacilaciones he luchado!

Dicen algunos— y lo dirán probablemente con razón sobrada— que es tiempo malamente perdido este que se ocupa en dar á la publicidad antiguos papeles inéditos, por regla general de interés escaso ; y así será : no me defiendo. Pero, si en esto hay culpa y contumaz persevero en ella , válgame como descargo que, reconociendo la insignificancia de mi trabajo, y escribiendo, no como debo, sino como puedo, no me considero dentro de la severa jurisdicción de los críticos , que á más meritorias producciones consagran su ilustrado examen.

Por otra parte , no estimo tan grave mi falta si V., que tan justo crédito ha ganado entre los buenos cultivadores de las letras, lee, bondadosamente sin duda, pero lee al fin, las copias de viejos documentos que entre mis enmarañados renglones le remito.

Discutir otra vez, como lo hicimos el año pasado, si están bien ó mal redactados algunos artículos del Código civil; si es presumible ó no que las solteronas inspirasen algunas de las disposiciones de aquel cuerpo legal, lo declaro sin empacho, eso no lo haré más en mi vida. Hanme llamado, en agrias y anónimas misivas, envidioso, descortés y maldiciente, porque dediqué mi pluma á defender la cristiana, honesta é inalterable inclinación de muchas de ellas al celibato, y porque sostuve —¡tremenda osadía!— que la doncellez de tales heroínas de la castidad era probadamente inquebrantable; y no quiero que otra vez caigan sobre mí los temidos rencores de esos ángeles de la pudicia que tienen afiladísimas uñas. Sigán, pues, ellas, con su virginidad, incólumes; quede con sus errores el Código, y, con la merced de Dios, volvamos nosotros, Doctor amigo, á nuestros papelotes antiguos.

Es el caso, que, habiendo repasado las epístolas cambiadas entre V. y el ilustre *Cocinero de S. M.* sobre la *Mesa libre en el Estado libre*, la lectura del artículo titulado *Yantares y Conduchos de los Reyes de España* por V. suscrito, me ha puesto en deseos de darle á conocer el raro tributo de guerra, que con el nombre de «*Indemnización de Mesa*», impuso el año 1810 á muchos pueblos de nuestra provincia el mariscal duque de Bellune.

Por aquellos días de recuerdo infausto, en que el rey José I dispensaba á las devastadas poblaciones andaluzas el singular beneficio de honrarlas con su visita, mientras S. M. francesa, que no española, proyectaba dividir en departamentos nuestro país, y discurría sobre la mejor manera de libertarse sin escándalo de las exigencias intolerables de su imperial hermano, el duque de Bellune,

sitiador de Cádiz, meditaba de qué modo haría más irritantes los excesos de sus soldados; cómo agravaría la triste situación de los depredados municipios.

En Jerez de la Frontera, por lo menos, después de drofanar los templos la grosera soldadesca, de saquear los conventos de religiosas, de fusilar injustamente á cuantos parecían adversarios de los proyectos napoleónicos, casi sin formación de proceso, los miembros del Concejo viéronse obligados por las ordenes del Duque á entregar, comprados del peculio propio, dos caballos al jefe de Estado Mayor de la división francesa, por cada uno que en franca lucha con el paisanaje armado perdían los soldados del Imperio. Y no pocas veces, bajo la aborrecida autoridad del prefecto, encontráronse forzados á penetrar violentamente en las moradas de sus convecinos y arrebatárles las ropas, las armas, las bestias, hasta el trigo que cada cual guardaba escondidamente, y que llevaban para alimentar los caballos de los sitiadores.

Fueron tapiadas las calles que tenían salida al campo; destinados los conventos á cuarteles y enfermerías; las iglesias á almacenes de armas, pólvora y paja; y con las preciosas maderas de los retablos, arrancadas de sus sitios, y los papeles de los archivos oficiales y particulares, se alimentaban las hogueras, siempre encendidas por las noches para vigilar las sorpresas del inerme vecindario.

No es exagerada la pintura. Un jerezano testigo de aquellos desmanes, que tuvo ocurrencia feliz de consignar en un *Diario*, hasta hoy poco conocido, los acontecimientos notables que presenció durante su vida, hizo en 1810 los siguientes apuntamientos:

«En sábado 11 de Marzo.... mandó juntar el Sr. Sotelo, » prefecto de esta ciudad, á todos los prelados de las co-

»munidades para intimarles su estinsión y que todos sus
 »frailes vistiesen ávitos de clérigos y desaloxasen los
 »conventos, viviendo cada uno donde quisiere sin tener
 »subordinación á ningún prelado, como inmediatamente
 »lo hicieron.»

« En sábado 24 de Marzo de 1810, fué la primera justi-
 »cia que executaron los franceses mandando fusilar á el
 »arriero que vivía en la casa de las Cadenas: Querer ano-
 »tar las injusticias que executaron con algunos otros:
 »Como los que sentenciaron al consejo criminal que esta-
 »blecieron: Las contribuciones tan enormes que sacaron
 »á dinero, vino, carne, trigo, sevada, paxa y otros
 »efectos y los apremios injustos que pusieron para lograr
 »su cobro; sería nunca acabar.»

Las enérgicas reclamaciones que motivaban tales de-
 masías, eran invariablemente desatendidas por el maris-
 cal Víctor; y, duramente obligados por los guerreros
 franceses, los pueblos de la prefectura de Jerez, compren-
 didos entre Utrera y los fuertes de *La Cortadura*, paga-
 ban tan enormes imposiciones, que aumentaban en los
 buenos patricios la sed inextinguible de sangrientas ven-
 ganzas. Fué de todo ello resultado que llegó Jerez á
 la más espantosa miseria; y, poco tiempo después, la
 hogaza de pan de maíz ó habas, mal cocido, alcanzó el
 precio exorbitante de veinte reales; « la carne, tanto de
 » vaca como de carnero—dice el autor del citado *Diario*,
 »—no se encontraba ni aun para los enfermos: de manera
 » que llegó la escasez á tales términos.... que la gente
 » pobre salía á las calles diciendo: ¡ Yo muero de hambre!
 » y andaba por los muladares escombrando la Basura
 » para comer de ella, de cuya resulta caían muertos por
 » las calles estos infelices» .

Estas noticias, que yo he podido confirmar con los re-

latos de algunos ancianos, doilas á V., Sr. Doctor, para que pueda apreciar con acierto la justicia y la oportunidad con que estableció el duque de Bellune su *Indemnización de Mesa*. Omito otras no menos verídicas y curiosas referentes á los mismos tiempos, porque pienso que sean objeto de otras cartas.

He aquí la orden del Mariscal :

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONES

« *Cuartel general de Chiclana* 4 de Mayo de 1810.

» Sr. Comisario Regio : Habiéndome representado los señores generales y coroneles del Ejército la imposibilidad en que se hallan de ocurrir á los gastos de sus *mesas*, mediante el precio excesivo de todos los artículos de consumo, he tenido por conveniente asignar á cada uno de ellos, desde el 1.º de Abril, una gratificación extraordinaria bajo el título de *Indemnización de Mesa*, y determinar que sufran esta carga, en justa proporción, todos los pueblos comprendidos en el distrito que ocupa el Ejército.

» Tengo el honor de remitiros un estado de las cantidades que deben recibir mensualmente los mencionados generales y coroneles, y os suplico que toméis las medidas oportunas para que se trasladen á la casa del pagador del Ejército, en épocas fijas, de modo que puedan ser pagadas cada quince días.

» Os advierto, que estando informados los señores generales y coroneles de que gozarían esta gratificación desde 1.º de Abril, es necesario que los fondos destinados á este objeto se recauden de manera que pueda efectuarse sin dilación el pago de la correspondiente al mes pasado.

» Tengo el honor de saludaros con una alta consideración.

» EL MARISCAL DUQUE DE BELLUNE.

» *Al Sr. Comisario Regio Sotelo.*»

La nota mencionada en la anterior orden dice así :

«ESTADO MAYOR GENERAL.

EJÉRCITO DE ESPAÑA.

Primer cuerpo.

»ESTADO del *gasto de mesa* concedido por S. E. el duque de Bellune á los señores oficiales generales superiores, comandante de la plaza, etc., etc.

| Grados. | Nombres. | Cantidad asignada por meses, en francos. |
|------------------------------|--------------------|--|
| | El Sr. Mariscal. | 10,100 |
| <i>Estado Mayor de S. E.</i> | | |
| Generales de división. | Leval. | 1,800 |
| | Latourmaubourg. | 1,800 |
| | Villate. | 1,800 |
| | Rufín. | 1,800 |
| El general | Semellé. | 1,800 |
| El ordenador en jefe | Demiee. | 1,800 |
| Generales de brigada. | Barrois. | 1,200 |
| | Darricau. | 1,200 |
| | Laplane. | 1,200 |
| | Cassagne. | 1,200 |
| | Le Fol. | 1,200 |
| | Beaumont. | 1,200 |
| | Chaud Rosseau. | 1,200 |
| | Meunier. | 1,200 |
| | Dadoville. | 1,200 |
| | Garbé. | 1,200 |
| Ayudantes comandantes. | Gault. | 750 |
| | Pellegare. | 750 |
| | Patié. | 750 |
| | Houltz. | 750 |
| | Bachelet Dauville. | 750 |

| | | |
|--------------------------|----------------------------|-----|
| Coroneles. | Bonnemains. | 750 |
| | Vinot. | 750 |
| | Dermoncourt. | 750 |
| | Ismest. | 750 |
| | Farine. | 750 |
| | Quennot. | 750 |
| | Bonviers de Letal. | 750 |
| | Chamorin. | 750 |
| | Regeau. | 750 |
| | Jonuin. | 750 |
| | Mainquerto. | 750 |
| | Delard. | 750 |
| | Barric. | 750 |
| | Autic. | 750 |
| | Philipon. | 750 |
| | La Coste. | 750 |
| | Meunier Saint-Clair. | 750 |
| | Combel. | 750 |
| | Pechoux. | 750 |
| | Chateau. | 750 |
| Comandante de ingenieros | Le Gentil. | 750 |
| Inspector | Martínez de Chaufse Rouge. | 750 |
| Comandantes de Plaza. | | |
| D'Utrera, | Reding, brigadier, | 750 |
| De Xerez, | Daguzan, jefe de B. | 750 |
| De Santa María, | Martin. | 750 |
| De Puerto Real, | Rigex. | 750 |
| De Chiclana, | Barbier. | 450 |
| De Rota, | Carbey. | 300 |
| El capitán de fragata, | Mallet. | 750 |
| Comisarios de Guerra. | Petitot. | 400 |

| | | |
|--------------------------------|-----------|-----|
| | Catuelan. | 400 |
| Agregados. | Henriet. | 400 |
| | Chalbaye. | 400 |
| | Chauton. | 400 |
| | Morisot. | 400 |
| Comandante de los equipajes. | | 400 |
| Médicos. | Primero. | 400 |
| | Segundo. | 400 |
| Farmacéutico. | Primero. | 400 |
| Director de servicios unidos. | | 400 |
| Director de hospital. | | 400 |
| » de postas. | | 400 |
| El Pagador principal. | | 400 |
| Inspector jefe de Veterinaria. | | 400 |

TOTAL EN FRANCOS. 63,550

» Certificada la presente suma de sesenta y tres mil quinientos cincuenta francos.

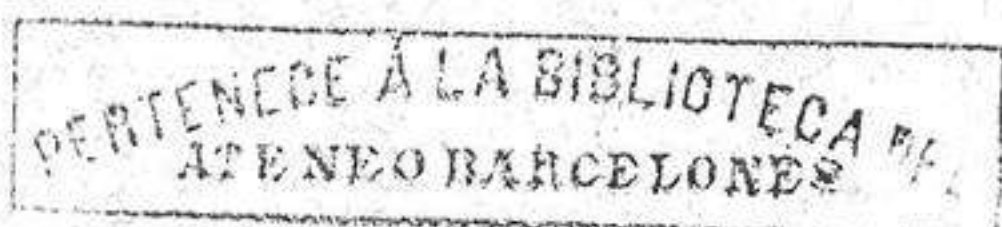
» En el cuartel general de Chiclana, el 29 de Marzo de 1810.

*El Mariscal del Imperio,
Duque de Bellune, VÍCTOR.»*

Los documentos copiados, que se conservan originales en el archivo municipal de Jerez de la Frontera, firmados por el mariscal Víctor, nos conservan los nombres de todos los oficiales superiores que componían su Estado Mayor. Y aparte de este mérito, que para algún curioso rebuscador de antiguallas lo tendrá sin duda, serán interesantes para V. y el afamado *Cocinero de S. M.*, como recuerdos históricos de esa *mesa* por cuya libertad tan valientemente han trabajado.

Vds. tienen razón. Pocos españoles han sabido y saben comer bien ; mas no podrán negarme que, en circunstancias tan aflictivas, los españoles pagaron religiosamente un onerosísimo tributo porque comieran bien y barato aquellos soldados tenidos por invencibles antes de atravesar los Pirineos. Porque el impuesto era injusto, pero fué satisfecho con rigurosa exactitud.

Su atento servidor y devoto amigo,



JUAN J. CORTINA,

Correspondiente de la Academia de la Historia.

JEREZ DE LA FRONTERA 5 de Octubre de 1890.

AL CÍRCULO DE BELLAS ARTES

SONETO.

(Escrito para ocupar el centro de un medallón sobre la puerta de la sala de recepciones.)

Vate sublime, al que ninguno alcanza,
Con mano audaz y con tristeza impía,
Grabó á la puerta del infierno un día :
—*¡Dejad, los que aquí entréis, toda esperanza!*—
Como él con la justicia y la venganza
Yo con el Arte sueño y la Poesía,
Y en Edén este asilo trocaría
De perpetuo deleite y bienandanza.
¡Feliz entre vosotros me contemplo!
Y pues triunfando de la ruin materia
Al trabajo y la paz alzáis un templo,
Por honra y galardón de nuestra Iberia,
Á mi voz obedientes y á mi ejemplo,
¡Dejad, los que aquí entréis, toda miseria!

MANUEL DEL PALACIO.

RECUERDOS DE ANTAÑO



UN ROMANCE AUTÓGRAFO DE MARIANO FERNÁNDEZ

EL Domingo de Resurrección del año 1848 abrió sus puertas el teatro de San Fernando, que hacía poco tiempo se había construido en la ciudad de Sevilla. Anunciaban los carteles la representación del drama nuevo de D. Eulogio Florentino Sanz, titulado *Don Francisco de Quevedo*, y la concurrencia era numerosísima y brillante, porque la compañía era digna de llamar la atención.

Desempeñó el papel de *Quevedo* el célebre actor don José Valero; la parte de Conde-Duque de Olivares estaba á cargo de D. José Calvo, también gran artista, padre de esa familia de actores en que han brillado Rafael y Ricardo Calvo, y los demás papeles estaban confiados á las señoras Lloréns y Duclós (Matilde), y á Cejudo, Pastрана y otras segundas partes. Casi todos eran nuevos ante el público que iba á escucharlos, quizá con la sola excepción de Valero y Calvo, muy queridos y admirados ya antes en Sevilla. La ejecución fué esmeradísima, presentando el drama con aquel lujo escénico, con la prolijidad de detalles y la verdad á que Valero era tan aficionado.

Todos hicieron primores ; pero la atención general se fijó especialmente en el actor que representaba el papel de *Mendaña*, que desde el momento en que en la escena primera dijo : *¡Mejor sin el manto están!*, hasta que exclamó al final del drama :

« , ¡pudo ahorcarnos!
¡ Conque *mejor que mejor!*,

dió tales inflexiones á su voz cada vez que pronunciaba esa palabra *¡mejor!*, de que tan salpicado está aquel carácter, la variaba con tan cómicos ademanes y tan expresivos gestos, que la risa del auditorio le acompañó siempre durante la representación, y al salir á la escena con los demás actores para ser colmados de aplausos á la conclusión del drama, se había captado las simpatías de toda la concurrencia.

Aquel actor era *Mariano Fernández*, el regocijo de los teatros de la corte, el sucesor de Cubas y de Guzmán, el heredero por línea recta del gracejo de Lope de Rueda y de Juan Rana, el compañero inseparable en la escena de todas las celebridades de nuestra época. Desde aquella noche le aplaudió el público de Sevilla con frenético entusiasmo, al par de tantas notabilidades como figuraban en aquella escogidísima compañía ; se hizo su actor favorito, su amigo predilecto; y ciertamente ninguno de los que asistieron á aquella serie de representaciones, que se prolongaron hasta fines del mes de Junio, olvidará las agradables horas que se pasaban escuchándole, *El qué dirán*, *La Hostería de Segura*, *La familia improvisada*, *Á un cobarde otro mayor*, y otras tantas piezas de su extenso repertorio, así como los inimitables graciosos de las comedias de nuestro antiguo teatro, *Donde hay agravios no hay celos*, *El diablo predica-*

dor, De fuera vendrá.... En la descabellada comedia *Mateo ó la hija del Españolito*, era imposible conservase la gravedad el mayor de los misántropos, ante los terrores y valentías, el pánico y la arrogancia de Calvo y de Mariano, que en escenas mímicas, sostenidas por su talento y por la movilidad de sus fisonomías, hacían desternillar de risa horas enteras á todo un público, que no se cansaba de admirarlos y de aplaudirlos.

Mariano Fernández fué muy pronto el amigo, y amigo cordialísimo y de la mayor confianza, de todos los que, jóvenes entonces, nos dedicábamos al estudio de las letras. Su carácter franco, su instrucción, el conocimiento con que hablaba de todos los poetas y autores dramáticos, cuyas obras admirábamos nosotros desde lejos, y de cuyos autores deseábamos noticias íntimas, y que él trataba personalmente, y sobre todo la amenidad de su conversación y el afecto que nos demostraba, fueron estrechando aquellos primeros vínculos, hasta convertirlos en verdadera amistad. Cuando nosotros no buscábamos á Mariano en su casa ó en los ensayos, él andaba tras de nosotros, nos esperaba á la salida de la Universidad, hasta que lograba que nos reuniésemos tres ó cuatro de su mayor confianza, y paseábamos por la antigua Sevilla, es decir, por los barrios más extraviados, por las calles más solitarias, pero que tenían recuerdos históricos, ó acerca de las cuales se conservaban cuentos ó tradiciones, que siempre Mariano escuchaba con avidez, por vulgares que fueran, y comentaba con el mayor donaire. *Quiero conocer á los moros y á los cristianos en sus casas*, nos decía; y era incansable cuando tenía noticia de algunos lugares que creía curiosos y deseaba conocer.

Tenía entonces más de treinta años, y tanto esto como su conocimiento de mundo y su viveza natural, le cons-

tituía siempre en jefe y cabeza entre nosotros, que el más viejo apenas frisaba en los veinte; y como niños importunos, animados por la bondad de su carácter, le hostigábamos constantemente para que nos refiriese anécdotas más ó menos maliciosas de la vida literaria de Madrid, y peripecias de autores y actores célebres, objeto para nosotros de gran curiosidad. Lo variado de su conversación, la oportunidad en sus cuentecillos, la gracia con que animaba sus narraciones, tenían un atractivo irresistible. Ya nos leía una poesía picaresca, de que tenía gran colección; ya un animado sainete de los que no se representaban, de D. Ramón ó de Castillo; ora recitaba con tanta sal como pimienta alguna sátira ó algún entremés de D. Francisco de Quevedo, dando vida al *Marido Pantasma*, ó á varios trozos de sus jácaras, letrillas y romances; ora nos enseñaba la extravagante colección de sus *sombreros*, de que estaba muy envanecido, ó la no menos curiosa de sus fraques y peluquines.

Pasamos una temporada por todo extremo agradable, y que no es posible olvidar....; pero todo tiene término, y la empresa acordó trasladar á Cádiz la compañía durante los meses de verano.

Golpe fatal fué para nosotros la ausencia de Mariano Fernández, aunque se anunciaba como temporal, pues debía regresar á Sevilla en el mes de Septiembre.... El viaje entonces era muy diferente, y mucho más difícil que en la actualidad; en pocos años han cambiado mucho las condiciones, y la línea férrea hace de Cádiz y Sevilla casi una sola población, entre las que es muy hacedero ir y volver en el día. Pero en 1848 estaban á mucha más distancia; la separación parecía mucho mayor, y quedamos todos comprometidos á comunicarnos por cartas cuanto ocurriera digno de contarse, ó pudiera tener inte-

rés y despertar curiosidad entre amigos de pocos años y de mucha alegría.

Varias fueron las cartas que se cruzaron, refiriendo las de los estudiantes sevillanos, tal cual dicho agudo de alguno de la reunión, ó la ridícula aventura que ocurriera en el paseo nocturno, que entonces tenía lugar en la Plaza del Duque, pues no había otro sitio en Sevilla donde buscar fresco en las ardorosas noches del estío; y las del gracioso actor, las peripecias de su viaje y el éxito de sus representaciones, sazonadas siempre con su singular agudeza. No sabemos si entre los muchos papeles que Mariano guardaba habrá conservado algunas de aquellas cartas, de las que ni aun memoria tenemos; pero recordando con tristeza aquellos años juveniles, aquellas horas tan gratas, aquellas regocijadas reuniones, con motivo del fallecimiento del insigne actor, que ocurrió hace poco tiempo, hemos traído á la memoria una carta suya que conservamos de aquella época; la hemos encontrado característica, é interesante todavía, á pesar de los años trascurridos; y tanto por escrita en romance, aunque, como de ella se desprende, está hecha á todo el correr de la pluma, cuanto por ser un dato de la vida íntima de Mariano Fernández, de la que se conoce muy poco, según decía no ha muchos días uno de los escritores que han lamentado su muerte, vamos á trasladarla íntegra, en la seguridad de que han de ser muchos los curiosos y los amigos del actor que encuentren interés en ella y agradezcan su publicación, y que á toda clase de lectores ha de ser agradable esta muestra del ingenio de nuestro querido amigo.

« Cádiz , quince del corriente
Y año de cuarenta y ocho ;
Tu amigo el más diligente
Te remite ese bizcocho.

» Amigo Manuel Cansino ,
El de las piernas tan largas ,
Que pueden servir de puente
Mucho mejor que el de barcas ,
Puesto que si las extiendes ,
Las fijas con arrogancia ,
Una en la plaza de toros
Y otra en medio de Triana :
He recibido la tuya
Y tus buenos camaradas
Con el placer que recibe
El náufrago al ver la playa.

» De lo que pasó no hablemos
Con *El Abate Pirracas* ,
Porque , si lo que hoy aplauden
Quieren silbarlo mañana ,
Sobre tales majaderos
Caerá tan sólo la mancha ;
Además , que ese bochorno
Al público no le alcanza ,
Porque cuatro desdichados
Jamás representan nada ;
Y cuatro jimios ó cinco ,
Di , Manuel , ¿adónde faltan ?
Conque punto , y de teatro
No hablemos ya más palabra
Respecto á lo sucedido ,
Pues carece de importancia.

» Ya sabrás que hemos llegado
Sin penas y sin desgracia
Á este puerto que fué un tiempo
La gloria de las Españas.

Aquí nos hallamos todos,
Pero en la mayor holganza ;
Porque en un barco de vela
Esta Empresa malhadada
Metió nuestros equipajes,
Y como el viento les falta,
Nuestros cofres y colchones
Con la mayor algazara
La polka y el paso estirio
Están bailando en Bonanza,
Entre tanto que sus dueños,
Sin fraques y sin enaguas,
Están echando más tacos
Que un catalán que viaja,
Y se le atascan las mulas,
Y la galera se atasca.

»Seis días van, Manolito,
Sin que se resuelva nada ;
Fortuna que corre el sueldo,
Aunque los cofres no marchan,
Porque fuera lance duro
Que las dos cosas pararan.
Te escribiré el resultado,
Entretanto que me mandas
Con toda franqueza, chico,
Y á Pepe y Fernando encargas
Que no dejen de escribirme ;
Y porque el papel me falta,
Dejo pendiente el romance,
Que seguiré en otra carta.

»M. F.»

« Dispuesta esta pobre carta
Para llevarla al correo,
Tuve noticia, Manolo,
De que se hallaba en el puerto
El falucho que traía

Mis *fraques* y mis *sombreros* ;
Por consiguiente, detuve
La presente, con objeto
De proseguir las noticias
Y enterarte por extenso
De las nuevas ocurrencias
Que se vayan sucediendo.
El diez y seis del corriente,
Que fué domingo por cierto,
Volvimos á los trabajos,
Con el drama triste y seco
Jorge el Armador llamado,
Que no hizo buen efecto,
Aunque aplaudieron á Calvo
Por su bello desempeño.
El lunes, Manuel del alma,
Me presenté con despejo,
Y les soplé el ; *Qué dirán!*,
De Manuel Bretón el tuerto.
Con *El Amante Prestado*
Acabé de echar el sello
Aquella noche á la fiesta,
En la que pruebas me dieron
De su fina educación,
Galantería y afecto,
Pues llovieron los aplausos
De los pocos que acudieron
A esta función, que ya saben
De memoria hasta los perros.
Estoy contento, repito,
Y esta noche me presento
Para hacer *Los dos cobardes*
Lo mejor que pueda hacerlos :
Esta es la marcha hasta el día ;
El miércoles va el *Quevedo*,
Y entonces á boca llena
Mejor que mejor, diremos,
Y llenaré de *mejores*
Á los grandes y pequeños.

Entretanto bebo y como,
Duermo bien y me paseo ;
El trabajo no me mata
Nada se estudia de nuevo ;
De modo que á la presente ,
Según la vida que llevo ,
Para canónigo , chicos,
Sólo me falta el manteo.
Mi mujer no engorda mucho ;
Es verdad que , según creo ,
Procede sin duda alguna
De anguilas ó de abadejos.
Los chicos comen y lloran ,
Los hermanos están buenos ;
El calor no me incomoda ,
Pues corre airecillo fresco ;
Doy paseos en barquitas ,
Corre sin parar el sueldo ,
Y sólo me falta , chicos ,
Para encontrarme en mi centro ,
Que me muevan las quijadas
Cuando á la mesa me siento.

»Conque no te digo nada,
Pues ya te digo que quedo
Aguardando que me mandes
Y dispongas de mi afecto.

»MARIANO FERNÁNDEZ.»

Como aclaración simplemente , consignaremos que Manuel Cansino , á quien va dirigida esta carta , era hijo de un magistrado , presidente entonces de Sala en la Audiencia de Sevilla ; Pepe , el que escribe estos renglones ; y Fernando , Fernando Escobar , joven cubano de gran ingenio , que había venido á la Península para recibir educación en el Colegio de San Felipe Neri , de Cádiz , y se trasladó al de San Diego , de Sevilla , cuando vinieron á



ponerse al frente de sus estudios el docto presbítero don Jorge Díez, y el sabio D. Alberto Lista, que fué maestro de todos nosotros, aun después que dejamos el colegio, hasta su muerte, ocurrida en Octubre de aquel mismo año de 1848.

No me ha sido posible recordar más que el final de la carta que colectivamente dirigimos los tres á Mariano, en contestación á la que dejamos transcrita. De esa conclusión nos acordamos, porque en ella se aludía á la pasión de aquél por los dulces. Los comíamos á todas horas, buscábamos con afán los mejor hechos, y teníamos un confitero preferido, cuya casa frecuentábamos mucho más que otras, casi diariamente, y al que Mariano había puesto por nombre *el boticario*. Nuestra carta concluía de este modo :

« Vuelve, pues, vuelve á Sevilla,
Te daremos caramelos ;
Aquí á tu esposa querida
Se le cubrirán los huesos ;
Veremos al boticario ,
Se hablará del rey Don Pedro....
Y estamos tres, esperándote
Con los seis brazos abiertos,
Para darte un apretón
En señal del gran afecto
De tus mejores amigos,
Cansino, Escobar, y Asensio.»

Han pasado más de cuarenta años ; Mariano Fernández ha muerto sin haber dejado de dar culto al arte ni un solo día ; tres antes de su muerte todavía deleitaba al público de Madrid con su gracia, con la sal que derramaba en su inimitable Don Simplicio de Bobadilla en *La Pata de Cabra*.....

.....

Con Mariano Fernández ha muerto el último *gracioso* de nuestro teatro nacional ; el postrer representante de aquella figura característica en el teatro español, que nació con él, ocupando principal lugar desde sus primeros albores con Juan del Encina y Lope de Rueda, tan celebrado de Cervantes, que asegura representaba con la mayor excelencia y propiedad las figuras de negro, de rufián, de bobo y de vizcaíno y otras muchas ; y continuó siempre entre los grandes dramáticos del siglo de oro, desde Lope de Vega y Tirso de Molina, hasta Rojas, Moreto y el mismo D. Pedro Calderón, acompañando constantemente el gracioso al galán, como la sombra al cuerpo, figurando en todas las situaciones ; siendo casi siempre la voz viva de la realidad y del buen sentido, que llamaban al terreno práctico y de la razón á aquellos hidalgos que se alimentaban de ilusiones, vivían de amorosos delirios, y luego sacrificaban la pasión, la fortuna y hasta la vida misma en aras de un honor muchas veces ficticio, otras tantas exagerado, y no pocas quimérico.

El *gracioso* ha muerto.... Verdad que puede decirse que no tiene cabida en las condiciones actuales del movimiento cómico. No abordaremos aquí la cuestión, ya por muchos examinada, del estado actual del arte ; no discutiremos sus adelantos, ó si acusa verdadero retroceso su evolución contemporánea, mal llamada naturalista. Hay escritores de gran entendimiento, filósofos profundos, ilustres pensadores, que, colocándose en un punto de vista muy levantado, juzgan muy severamente su manifestación, calificando de falsos los sentimientos que en la escena se agitan y los caracteres que en ella se presentan ; porque, en vez del estudio del corazón humano y del desarrollo y movimiento de las pasiones que lo conmueven, se ofrecen á la vista, en argumentos inverosí-

miles, y sin solución racional, sentimientos convencionales, puramente arbitrarios, y que crecen ó menguan á gusto del autor, y según lo necesita para desarrollar su plan y demostrar su tesis, sin pintar ni aun remotamente el estado del alma humana; y críticos que, igualmente y con mayor acritud, censuran la comedia, porque á la gracia intencionada con que se buscaba el lado ridículo de las costumbres, á las intrigas naturales, á los argumentos embrollados con ingenio, á la *vis cómica* que producía la contraposición de situaciones y caracteres, se han sustituido en brevísimo espacio de tiempo asuntos insustanciales, sin verdadero enlace ni trama, sin caracteres, y aun sin escenas: revistas y sainetes en que cuatro alusiones de actualidad y un puñado de chistes picares hacen ruborizar á los menos y desternillar de risa á la multitud.

Por eso es ya inútil el gracioso, como lo son el galán y el barba, porque no hay papeles para ellos; en los carteles no hay ya listas de compañía en las condiciones que todos las alcanzamos, en las que dirigían Concepción Rodríguez y Carlos Latorre, Joaquina Baus y Tamayo, Julián Romea y Matilde Díez, Joaquín Arjona y Teodora Lamadrid, con todas aquellas partes y requisitos que el discreto representante Agustín de Rojas Villandrando exigía para que la formación saliera de los estrechos límites de lo que entonces se llamaban bojigangas y farándulas, en que un autor mediano, con una ó dos mujeres y seis ó siete compañeros que servían para todo, recitaban las comedias de prisa y tropezando, mal dichas y sin el estudio que constituye el arte.

Hoy cada autor que reúne á un corto mérito una práctica más corta todavía, y alcanza simpatías en los espectadores, forma en seguida centro, y sostiene un teatro

con sólo rodearse de diez jóvenes de uno y otro sexo, más ó menos alegres y desenvueltos, que sirven para todos los papeles, representan diversas edades y sacan á la escena cada día, no una, sino varias piezas nuevas.... en un acto, eso sí; porque las comedias de Bretón de los Herreros, de Eguílaz, de Ventura de la Vega y de Adelardo Ayala también han pasado de moda, y palidecen ante el mérito incontestable é indiscutible del *Certamen Nacional* ó de *La Gran vía*....

Mariano Fernández era ya también un anacronismo ; no encontraría cabida en las compañías actuales. Tentados estamos por apostar á que en España, contando con todos los que al teatro se dedican, no se reúne hoy una compañía á la antigua, es decir, al uso de hace cuarenta años, compuesta de buenos actores con galán y barba, galán joven y gracioso, segundos galanes, damas, característica.... como aquellas que dirigían los artistas que antes citamos, y en las que figuraba Mariano Fernández.... ¿Qué diría de este estado del teatro el citado Agustín de Rojas, *el caballero del Milagro*, si por un momento levantara la cabeza? El asunto se presta á serias consideraciones.

JOSÉ M. ASENSIO.

ESTUDIOS

SOBRE LOS ORÍGENES DEL ROMANTICISMO FRANCÉS.



LOS PRECURSORES

II.

HEMOS procurado compendiar en otro escrito (1) el movimiento de las ideas críticas en Francia desde la fecha memorable del viaje de Voltaire á Inglaterra hasta la explosión del volcán revolucionario. Lo que entonces dijimos, téngase por dicho aquí, puesto que este artículo no se encamina á otra cosa que á llenar algunos vacíos y aclarar diversos conceptos, presentando reunidos todos los antecedentes de la revolución literaria que, iniciada en 1802 por Chateaubriand y Mad. de Staël, triunfó ruidosamente con Víctor Hugo en 1830. Generalmente, se considera el romanticismo como una reacción contra el siglo XVIII, como una total antítesis y negación de él. Este concepto no es falso, pero sí incompleto. Nunca se dan en la historia reacciones ni antítesis tan bruscas. Toda edad está ligada por íntimos vínculos con las edades pasadas, y

(1) Tomo III, volumen 1.º de la *Historia de las Ideas Estéticas*.

sobre todo con la que inmediatamente la precede. El siglo XVIII, siglo prosaico y siglo crítico por excelencia, dejó sembrados en el campo de la teoría y de la polémica gran parte de los gérmenes que se desarrollaron con tan pujante brío en la edad poética subsiguiente. El siglo XVIII rompió la incomunicación literaria en que Francia vivía, y la puso en contacto con otras naciones, especialmente con Inglaterra. *Las Cartas sobre los Ingleses*, de Voltaire, fueron para su tiempo un libro de iniciación, cuya eficacia sólo puede compararse con la que tuvo á principios de nuestro siglo la obra de Mad. de Staël sobre Alemania.

Mal entendido cuanto se quiera, adulterado, parodiado, falsificado por el mismo Voltaire, por Letourneur y por Ducis, Shakespeare, de un modo ó de otro, había triunfado en pleno teatro francés, y comenzaba á ejercer su mágico prestigio sobre las imaginaciones, que no dejaban de sospechar la talla del coloso, aunque le viesan no más que entre nieblas. La tragedia y la comedia clásica estaban totalmente agotadas, comenzaban á hastiar, y se dejaba sentir cierta vaga necesidad de cosas nuevas, lo cual hacía que se multiplicasen las tentativas, frustradas casi todas por falta de unidad de dirección, y especialmente por falta de espíritu poético. Si Voltaire le hubiera tenido en el mismo grado en que tenía talento de ejecución, ingeniosa curiosidad y dominio de la escena; si su estética no hubiese sido tan tímida y tan contradictoria; si las preocupaciones de propaganda pseudo-filosófica no le hubiesen dominado tanto; si sus versos tan palabreros y negligentes tuviesen el nervio y la potencia que les falta, Voltaire hubiera creado un verdadero teatro de transición, en vez de aquel producto híbrido é incoloro, que no deja de tener analogías con el melodrama y con las piezas

:

de grande espectáculo, pero que carece lo mismo de las genuinas bellezas del arte clásico que de las que son peculiares y características del drama romántico. Pero, en suma, todo este teatro, tan radicalmente mediano, es curiosísimo como síntoma. ¿No es interesante ver á Voltaire, el guardador y defensor de la tradición literaria (quizá la única tradición que respetó en su vida), ensayando en cada tragedia efectos nuevos, y una nueva teoría en cada prefacio? La misma versatilidad con que todo lo intenta y todo lo abandona, prueba que no había nacido para innovador literario. Le faltaba el calor, la sinceridad, el fanatismo necesario para tales empresas; pero era *autor dramático* en todo el rigor de la palabra, y padecía, como todos los autores dramáticos, la influencia contagiosa del público, que en este género más que en otros es verdadero colaborador en la obra del poeta. El público pedía novedades, y Voltaire se las daba, aunque fuesen contra su conciencia de preceptista. Combatía teóricamente la *comedia lacrimosa* de La Chaussée, por no ser ni comedia ni tragedia, y á renglón seguido la imitaba. Pésimas y fastidiosas son, ciertamente, las comedias de Voltaire; pero maldito lo que tienen de clásicas ni de semejantes á las de Molière. En los prefacios mismos, Voltaire defiende, aunque de un modo tímido y vergonzante, la mezcla de lo serio y lo cómico, de lo familiar y lo patético. Pero no se diga por eso, con Deschanel, que Voltaire era un romántico inconsciente. Voltaire es un falso innovador, que unas veces va á remolque de La Chaussée, de Diderot y de Sedaine, aceptando la parte más superficial de sus teorías sin aceptar los fundamentos, y otras veces se rebela contra ellos y los llama bárbaros, y vuelve á la poética que había aprendido con el P. Porée en el colegio de los Jesuítas, y que fué siempre su única

verdadera poética. Voltaire no podía ser romántico como Juan Jacobo, ni realista como Diderot, porque su espíritu no tenía punto alguno de contacto con el romanticismo ni con el realismo. Y en letras, como en todo, el espíritu es lo que mata ó lo que salva. Quizá en otros géneros distintos del teatro, en la historia, en el cuento sobre todo, y también en los opúsculos de combate, se emancipa Voltaire mucho más de la tradición académica y logra encontrar algunas veces el color local é histórico, que vanamente busca en sus tragedias. En tales escritos es donde verdaderamente campea su imaginación móvil, su curiosidad insaciable: más poesía hay en el viaje de Cándido al Dorado, en el encuentro de Zadig y el ermitaño, en las aventuras de la Princesa de Babilonia ó en la retirada de Carlos XII de Suecia, que en todos los versos que Voltaire compuso durante su larguísima vida. Voltaire no tiene verdadera superioridad en ninguno de los géneros catalogados y circunscritos por las retóricas antiguas. Donde la tiene es en aquellos otros géneros libres é indeterminados que él inventó, ó hizo propios por derecho de conquista. Como artista dramático, quizá su mayor atrevimiento fué componer el *Tancredo* en versos de rimas cruzadas, lo cual unido al interés caballeresco del argumento y á la pompa del espectáculo, donde hay hasta un juicio de Dios, y un guante arrojado á la arena, y un moribundo que escribe con sangre sus últimas voluntades, hace de esta pieza, débilmente escrita pero muy teatral, una especie de novela dramática. Y de todos modos, *Tancredo* es la primera tragedia francesa que no esté escrita en alejandrinos pareados (1). La innovación, aunque puramente técnica, era muy laudable y de

(1) Se entiende: desde la época de Corneille.

gran sentido; pero ni Voltaire insistió en ella, ni hubo tampoco quien le siguiese.

Los verdaderos precursores de la literatura moderna en el siglo XVIII son, por unánime consenso de la crítica, Diderot, Rousseau y Andrés Chénier, á los cuales pueden agregarse otros ingenios menores. La influencia de Rousseau fué la más profunda dentro de la escuela romántica; Chateaubriand, Mad. de Staël, Sénancour, Jorge Sand, se derivan directamente de él. Fué Juan Jacobo el primer escritor romántico, no sólo por haber introducido en el arte de su tiempo elementos novísimos, entre los cuales hay que contar la contemplación de la naturaleza, no ya como tema de paisaje ó de poesía descriptiva, sino como asociada á todas las emociones humanas y como fuente de cavilación solitaria y vaga (*revêrie*), mezcla de indefinible placer y de melancolía; no sólo por haber vuelto á descubrir el lenguaje de la pasión, totalmente olvidado, y haberle contrapuesto á la galantería de los salones; no sólo por haber iniciado la protesta espiritualista y semi-cristiana en medio de la ola de ateísmo que amagaba inundar la Francia; no sólo por sus anatemas contra la civilización artificial, y sus pinturas idílicas de la vida salvaje, y sus utopías sociales y pedagógicas; no sólo porque representa la invasión de la democracia en el arte y en la vida, sino porque él mismo fué el primer romántico en acción, el primer enfermo de lo que luego en 1830 se llamó *el mal del siglo*; el abuelo de *Childe-Harold*, de *René*, de *Werther*, de *Adolfo*, y de *Obermann*, el patriarca de toda una legión de neurópatas, egoistas, melancólicos, y soberbios, inhábiles para la acción, consumidos míseramente por su propio fuego, hastiados é iludidos por las quiméricas pompas de su espíritu, corrompedores de la sincera visión del mundo, y homicidas lentos de su propia conciencia y

energía. Ese estado de alma, funesto y enervante sin duda, pero no desprovisto de íntima y misteriosa poesía, se mostró por primera vez en la persona y en los escritos de Juan Jacobo Rousseau, ciudadano de Ginebra, misántropo incorregible y grosero, cuya vida fué un tejido de aspiraciones ideales y de bajezas innobles. Hoy hemos venido á averiguar que pasó loco la mayor parte de su vida; pero ni los contemporáneos ni mucho menos los inmediatos sucesores se percataron de ello; de tal modo empezaba á serles familiar el estado de ánimo que él describía con una lógica tan sinceramente sofística. No hay ejemplo de mayor complicidad entre un escritor y su tiempo. Lo que hoy nos parece declamación insensata, sensiblería, paralogismo y mala retórica, fué para los contemporáneos un torrente de lava hirviendo. Esos libros que hoy se nos caen de las manos tuvieron fuerza para desquiciar el orden social antiguo, para cambiar el sistema de educación, para alterar todas las relaciones de la vida, para crear un nuevo tipo de hombres que duró por dos ó tres generaciones, y no sé yo si enteramente ha desaparecido. Porque Rousseau ha tenido singular fortuna en esto de sobrevivir á sí mismo; cuando no triunfa como socialista nivelador y tiránico, triunfa como individualista anárquico y feroz; cuando el ensayo de la Revolución ha desacreditado su doctrina política, se apoderan de su *Emilio* los partidarios de la pedagogía *real-objetiva*; cuando *Julia* empieza á parecer menos ardiente de pasión, y Saint-Preux un pedante insufrible, todavía resisten las *Confesiones* como el libro más personal del autor, extraño y repugnante libro, que en otro tiempo pudo ser fuente de desvariados ideales, pero que todavía hoy nos interesa y atrae como revelación de un caso patológico, que fué el primero de una serie innume-

rable, aunque por ciertos lados el más vulgar, el más plebeyo, el menos poético de todos esos casos. Al cabo las tristezas de René tuvieron por escenario las vastas soledades americanas, y las de Byron se derramaron con grande y aristocrática poesía por los mármoles de Italia y por el purísimo azul de la Jonia; pero todo en la vida de Rousseau lleva cierto sello de mal tono literario y social, de cinismo frío y pedantesco, de domesticidad y abatimiento lacayuno.

No dejó Rousseau escrito alguno de teoría literaria, pero basta ver con cuánto encarnizamiento ataca la cultura de su tiempo y aun toda cultura, en la famosa parádoja premiada en 1750 por la Academia de Dijon sobre la influencia de las ciencias y de las artes en la perversión de las costumbres; y cómo en nombre del espíritu ético hace el proceso de la tragedia y de la comedia francesas, en la Carta á D'Alembert contra los espectáculos, para comprender que la doctrina era en él tan romántica é independiente como la práctica. No se emancipó del yugo de la Gramática, porque era escritor de primer orden, artista de estilo, retórico perfecto, que desde el primer día fué contado entre los grandes modelos de su lengua; pero, en suma, el hombre que hacía, aunque fuese por artificio y con la mira de convocar gente ahuecando la voz (como quieren algunos), ó en un acceso de desalentada misantropía (como parece más verosímil), el panegírico de la ignorancia y del salvajismo; el que ponía en boca de Fabricio aquella peroración insensata exhortando á los romanos á destruir los anfiteatros, á romper los mármoles, á quemar los cuadros; el que alimentaba en su corazón tal suma de rencores democráticos contra la *casta literaria*; el que tan pequeña parte daba á la educación estética en su

Emilio, no podía menos de parecer un demagogo literario, por mucho que imitase la *República* de Platón, las sentencias de Séneca y las moralidades de Plutarco, y por muy abiertamente que confesase la superioridad de los antiguos sobre los modernos (1). Sea por instinto, sea por reflexión, Rousseau hacía una violenta cruzada contra el arte del siglo XVIII. Su misma carta *contra la Música francesa* y en pro de la música italiana es uno de los episodios de esta cruzada (2).

Casi nadie lee hoy á Rousseau, y realmente es fatigósima su lectura; en cambio, la fama de Diderot, oscurecida por mucho tiempo, ha logrado en nuestros días una especie de renacimiento, y amenaza hoy eclipsar á la del mismo Voltaire, que resulta mucho más anticuado que él en la mayor parte de sus obras. De todos los espíritus del siglo XVIII, Diderot es el único que en bien y en mal parece contemporáneo nuestro. Ya en otro estudio he trazado, aunque ligeramente, su semblanza, y no quiero repetirme. Si el romanticismo propiamente dicho, lo que pudiéramos decir la literatura *nerviosa*, arranca de Rousseau; las escuelas realistas y coloristas, el arte de Balzac y sus imitadores, la literatura carnal y *sanguínea*, desciende de Diderot, y no tanto de sus teorías cuanto de sus ejemplos y de su crítica. El materialismo pictórico, la sensación intensa y brutal de la mancha de color, la orgía fisiológica de los ojos, entró en el arte por medio de los *Salones* de Diderot, de quien puede decirse que regaló á los franceses un nuevo sentido. Este mismo género de representación fiel, palpitante, franca, libre de las timideces y melindres de la lengua oratoria y abs-

(1) Véase el libro IV del *Emilio*.

(2) En el *Diccionario de Música* de Rousseau hay también algunas ideas estéticas, en general poco originales.

tracta; ésta clarísima, sincera y potente visión de las realidades concretas, da singular precio á muchos diálogos, cuentos, epístolas y narraciones cortas de Diderot, y también á algunas páginas que pueden salvarse del naufragio de sus novelas largas, tan groseras y monstruosas, tan mal compuestas y tan cónicas.

No fué verdadero novelista Diderot, porque carecía de fantasía creadora, y de arte de composición; pero tuvo en grado eminente el arte de contar, que en él, más que arte, parece un instinto, derivado de su vigorosa facultad de ver. Y tuvo también cierto grado de imaginación filosófica, cierta embriaguez de naturalismo poético, que en algunos pasos del *Sueño de D'Alembert*, le convierten en émulo de Lucrecio. Añádase la petulante, demoledora y magnífica vena de *El Sobrino de Rameau*, obra verdaderamente inspirada y adivinatoria, que Goethe no se desdenó de trasladar á su lengua, y en la cual parece que se sienten crujir los ejes del antiguo edificio social próximo á desplomarse.

Diderot, como artista, vive sólo por sus cuentos, por sus diálogos y por sus críticas de arte. Pero también en la historia del teatro hay que recordarle, no por sus tentativas de comedia, que fueron desdichadas, sino por su *poética*, en la cual están los gérmenes, y aun la teoría entera, de aquel realismo dramático que, asociado primero con el romanticismo en su campaña de exterminio contra la preceptiva clásica, acabó por separarse violentamente de él, volviendo contra el drama de Víctor Hugo las mismas armas que antes había esgrimido contra la tragedia de Racine. Fué privilegio de Diderot sembrar hasta en sus obras más atropelladas é imperfectas alguna idea fecunda y luminosa, y así como *La Religiosa*, libelo repugnante y groserísimo contra las Órdenes monásticas,

contiene, sin embargo, alguna cosa que mereció ser purificada por el arte immaculado de Manzoni en el episodio de la religiosa de Monza; así del fárrago declamatorio que acompaña al *Hijo Natural* y al *Padre de Familia* supo extraer Lessing el oro de su *Dramaturgia*. Y si hoy queda vivo algún género en el teatro francés, no es ciertamente la tragedia clásica, ni el drama romántico, ni la comedia de Molière, sino aquella otra especie de comedia seria, de tesis moral y de conflictos domésticos, que Diderot vislumbraba y no llegaba á realizar, y que luego han representado, con otros menos famosos, Alejandro Dumas, hijo, y Emilio Augier.

El último de los grandes precursores del siglo XIX dentro del XVIII, fué Andrés Chénier. Inverosímil cosa parece, á primera vista, que se cuente entre los más calificados iniciadores del romanticismo, al único poeta verdaderamente *clásico* que la literatura francesa ha producido. Pero adviértase que el helenismo puro es tan incompatible con el clasicismo académico como cualquiera de las formas del romanticismo. Los griegos son escuela de libertad, y no escuela de servidumbre. Así lo entendía Andrés Chénier, y lo expuso en su poema de *La Invención*. Por lo mismo que á los antiguos concedieron los Dioses

«Un langage sonore, aux douceurs souveraines,
Le plus beau qui soit né sur des lèvres humaines!»,

es preciso emularlos libremente y con nuevo espíritu; *levantar columnas nuevas*; seguir el ejemplo de *los hijos del orgulloso Támesis, enemigos indomables de toda servidumbre*; extender los dominios del arte, como se han extendido los reinos de la ciencia; cambiar en miel

propia las antiguas flores, *y hacer versos nuevos sobre pensamientos antiguos:*

«L'esclave imitateur naît et s'évanouit;

La nuit vient, le corps reste, et son ombre s'enfuit.

Ce n'est qu'aux inventeurs que la vie est promise.

.....

Mais, ó la belle palme, et quel trésor de gloire

Pour celui qui, cherchant la plus noble victoire,

D'un si grand labyrinthe affrontant les hasards,

Saura guider sa muse aux immenses regards,

De mille longs détours à la fois occupée,

Dans les sentiers confus d'une vaste épopée,

Lui dire d'être libre, et qu'elle n'aille pas

De Virgile et d'Homère épier tous les pas,

Par leur secours à peine à leurs pieds élevée;

Mais, qu'auprès de leurs chars dans un char enlevée,

Sur leurs sentiers marqués des vestiges si beaux,

Sa roue ose imprimer des vestiges nouveaux!

Quoi! Faut-il, ne s'armant que de timides voiles,

N'avoir que ces grands noms pour nord et pour étoiles,

Les côtoyer sans cesse, et n'oser un instant,

Seul et loin de tout bord, intrepide et flottant,

Aller sonder les flancs du plus lointain Nérée,

Et du premier sillon fendre une onde ignorée?

.....

Tout a changé pour nous, mœurs, sciences, coutumes.

Pourquoi donc nous faut-il, pour un pénible soin,

Sans rien voir près de nous, voyant toujours bien loin,

Vivant dans le passé, laissant ceux qui commencent,

Sans penser, écrivant d'après d'autres qui pensent,

Retraçant un tableau que nos yeux n'ont point vu,

Dire et dire cent fois ce que nous avons lu?

.....

Tous les arts sont unis: les sciences humaines

N'ont pu de leur empire étendre les domaines,

Sans agrandir aussi la carrière des vers.

Quel long travail pour eux a conquis l'univers!

.....

Pensez-vous, si Virgile ou l'aveugle divin
 Renaissent aujourd'hui, que leur savante main
 N'oublieât de saisir ces fécondes richesses,
 De notre Pinde auguste éclatantes largesses?
 Nous en verrions briller leurs sublimes écrits

.....
 Eh bien, l'âme est partout; la pensée a des ailes.

.....
 Changeons en notre miel leurs plus antiques fleurs,
 Pour peindre notre idée empruntons leurs couleurs,
 Allumons nos flambeaux à leurs feux poétiques;
 Sur de pensers nouveaux faisons des vers antiques.»

El hacha revolucionaria vino á impedir la total ejecución de este magnífico programa. La obra de Andrés Chénier se nos presenta hoy reducida á magníficos sillares, unos enteramente labrados y dispuestos para un edificio que no llegó á levantarse; otros á medio labrar, y conservando todavía las huellas del esfuerzo del artífice. En este campo vastísimo, cubierto de grandiosas ruinas, se puede estudiar día por día el procedimiento sabio y laborioso del poeta, que, llevando de frente toda su labor inmensa, y preparando (como él dice), el ardiente metal para cien campanas, iba transformando toda la materia poética antigua en materia poética actual y viva. Él mismo lo dice en versos de sublime poesía didáctica, ante los cuales, ¿quién puede acordarse de Boileau ni de su *Arte Poética*?

S'égarant à son gré, mon ciseau vagabond
 Achève à ce poëme ou les pieds ou le front,
 Creuse à l'autre les flancs, puis l'abandonne, et vole
 Travailler à cet autre ou la jambe ou l'épaule.
 Tous, boiteux, suspendus, traînent; mais je les vois
 Tous, bientôt sur leurs pieds se tenir à la fois.
 Ensemble lentement tous couvés sous mes ailes,

Tous ensemble quittant leurs coques maternelles,
Sauront d'un beau plumage ensemble se couvrir,
Ensemble sous le bois voltiger et courir !

.....
..... Vous avez vu sous la main d'un fondeur
Ensemble se former, diverses en grandeur,
Trente cloches d'airain, rivales du tonnerre ?
Il achève leur moule enseveli sous terre ;
Puis, par un long canal en rameaux divisé,
Il fait couler les flots de l'airain embrasé.

..... !
Moi, je suis ce fondeur : de mes écrits en foule
Je prépare longtemps et la forme et le moule ;
Puis sur tous à la fois je fais couler l'airain ;
Rien n'est fait aujourd'hui, tout sera fait demain.

.....
Souvent des vieux auteurs j'envahis les richesses.
Plus souvent leurs écrits, aiguillons généreux,
M'embrassent de leur flamme, et je crée avec eux.
Un juge sourcilleux, épiant mes ouvrages,
Tout à coup à grands cris dénonce vingt passages
Traduits de tel auteur qu'il nomme ; et les trouvant,
Il s'admire et se plaît de se voir si savant.
Que ne vient-il vers moi ? Je lui ferai connaître
Mille des mes larcins qu'il ignore peut-être.
Mon doigt sur mon manteau lui dévoile à l'instant
La couture invisible et qui va serpentant
Pour joindre à mon étoffe une pourpre étrangère.
Je lui montrerai l'art, ignoré du vulgaire,
De séparer aux yeux, en suivant leur lien,
Tous ces métaux unis dont j'ai formé le mien.
Tout ce que des Anglais la muse inculte et brave,
Tout ce que des Toscans la voix fière et suave,
Tout ce que les Romains, ces rois de l'univers,
M'offraient d'or et de soie, a passé dans mes vers.
Je m'abreuve surtout des flots que la Permesse
Plus féconds et plus purs fit couler dans la Grèce,
Là, Prométhée ardent, je dérobe les feux
Dont j'anime l'argile et dont je fais des Dieux.

Tantôt chez un auteur j'adopte une pensée,
Mais qui revêt chez moi, souvent entrelacée,
Mes images, mes tours, jeune et frais ornement;
Tautôt je ne retiens que les mots seulement:
J'en détourne le sens, et l'art sait les contraindre,
Vers des objets nouveaux qu'ils s'étonnent de peindre.
La prose plus souvent vient subir d'autres lois,
Et se transforme, et fuit mes poétiques doigts;
De rimes couronnée, et légère et dansante,
En nombres mesurés elle s'agite et chante.
Des antiques vergers ces rameaux empruntés
Croissent sur mon terrain mollement transplantés;
Aux troncs de mon verger ma main avec adresse
Les attache, et bientôt même écorce les presse.
De ce mélange heureux l'insensible douceur
Donne à mes fruits nouveaux une antique saveur.

(*Epístola 2.^a*)

Larga ha sido la cita, pero necesaria para darnos cuenta cabal de todos los misterios de ese arte tan lleno de calor en medio de su ingeniosa paciencia, arte que conduce á la emancipación literaria, no por la taracea ó el mosaico (como pudiera juzgarse superficialmente), sino por la transfusión copiosa de la sangre antigua en las venas de la poesía nueva. Esa sangre hierve á borbotones en los versos de Andrés Chénier, serpea por todo ese laberinto de traducciones y reminiscencias, entrelazadas, compenetradas y sobrepuestas, de todas las cuales viene á resultar, no obstante, por hondo arcano de generación estética, una poesía tan joven y tan armoniosa, tan rica de imágenes, tan fresca y risueña. Á tal perfección no llegó Andrés Chénier en un momento. Es error considerarle totalmente aislado de su siglo. Fué el único poeta de su raza dentro de él, pero no dejó de pagar tributo á sus ideas y á su gusto. En las elegías es mucho

más latino que griego, y con frecuencia más francés que latino. Salvo el ardor, la vehemencia, la exaltación real de los sentidos, fielmente transportada á la expresión, los versos que Andrés Chénier dirigía á su Camila y á otras fáciles bellezas no difieren esencialmente de la poesía sensual y empalagosa de los Parny y los Bertin. Por otra parte, cuando Andrés Chénier aspira á ser el Lucrecio de un nuevo naturalismo, y á condensar en un vasto poema enciclopédico titulado *Hermes*, los últimos descubrimientos de la ciencia sobre el sistema del mundo y sobre el origen de las sociedades, siente, aunque en forma poética, la misma ambición que dictaba á Diderot la fantasía transformista del *Sueño de D'Alembert*, y á Buffón la *Teoría de la tierra* y las *Épocas de la naturaleza*, que son, si se quiere, verdaderos poemas cosmogónicos, aunque escritos en prosa. El sueño de una nueva poesía didáctica le tenían muchos en tiempo de Andrés Chénier, aunque nadie (fuera de Goethe) le haya expresado con tanta belleza. Por este lado, lo mismo que por la total ausencia de sentimiento religioso que se nota hasta en sus versos paganos, Andrés Chénier era un hombre del siglo XVIII.

Pero no lo es ciertamente como artista. Lo que el siglo XVIII ignoraba más, lo que sentía peor, era ese mundo helénico en que Chénier habitaba, no como viajero curioso (semejante á aquel bien educado escita del abate Barthélemy), sino como ciudadano ateniense. Los estudios clásicos habían descendido en Francia espantosamente. Hasta los latinos mismos se estudiaban poco y mal. Recuérdense los inauditos errores que afean el *Curso* de La Harpe. El entusiasmo de Diderot no pasaba más allá de Séneca y Terencio. Para Voltaire, que era tenido y se tenía él mismo por *clásico*, el siglo de Luis XIV

es el punto luminoso de la historia de la humanidad, la edad de oro de todas las artes del espíritu. Sus autores deben ser el canon y el prototipo de toda belleza. Los antiguos valen más ó menos, según que se parecen ó no á Racine y á Boileau. De aquí resulta, y Voltaire lo dice sin ambages, que Esquilo es un *bárbaro*, no menos bárbaro que Shakespeare; y Aristófanes «un histrión inmundo, que apenas merecería ser admitido en la feria de San Lorenzo, y que sólo pudiera divertir á un auditorio de marineros holandeses ebrios». Nadie ignora las feroces irreverencias que el Sr. Pococurante, noble veneciano, se permite en el *Cándido* sobre Homero y sobre toda la antigüedad griega y latina. Quizá Voltaire no se hubiera atrevido á enunciarlas por cuenta propia; pero aun puestas en boca de un personaje excéntrico y en un libro de bur-las, descubren su verdadero pensamiento, que por otro lado no se disimula poco ni mucho en algunos artículos del *Diccionario filosófico*. Realmente, antes de Andrés Chénier, si alguna Grecia conocían los franceses, era la del *Viaje de Anacarsis*.

Para comprender cuál fué el punto culminante de la obra poética de Andrés Chénier y la profunda renovación de la poesía que entrañaba su *neo-helenismo*, hay que apartarse de la superficial vulgaridad, que no recuerda de sus versos más que *La joven cautiva* y las estancias *A Carlota Corday*. Bella es sin duda *La joven cautiva*, tan bella y tan dulce como las quejas de Polixena, de Ifigenia, de Alceste ó de cualquiera otra heroína de Eurípides; pero este género de bellezas sentimentales, que ya en Eurípides parecen enteramente modernas, habían sido naturalizadas en Francia por el arte exquisito de Racine, y no se puede decir que Chénier le lleve siempre ventaja, ni tampoco que esté exento de retórica. Bellísimas son las

estancias *A Carlota*; pero al lado de este bajo-relieve triunfal, cincelado en mármol del Pentélico, bien puede ponerse la energía áspera y salvaje de algunos yambos, en que resucitó el ritmo rápido y vengador de Arquíloco. Y sobre las odas y sobre los yambos están los idilios y los fragmentos épicos, *El ciego* y *El mendigo*, donde ya la musa de Andrés Chénier no es la musa tímida y elegante de Tibúlo y de Propercio, como en las elegías, ni tampoco el helenismo brillante y laborioso de Alejandría, el de los Calímacos y Teócritos, como en *El enfermo*, en *La joven tarentina* ó en *Neera*, sino el más puro, heroico y patriarcal helenismo, el de los poemas homéricos. «No es el Parnaso de las églogas (decía admirablemente mi maestro Milá y Fontanals), sino el de la Grecia auténtica y primitiva, el Parnaso con sus rocas salvajes, su fuente de piedra tosca y su corona de nubes.» Al reaparecer el ciego rapsoda con la lira informe pendiente del cinto, moría definitivamente el Homero de La Motte y de Perrault, el que tantas insensateces había hecho decir á los *antiguos* y á los *modernos*, y por primera vez, después de Winckelmann, un alma moderna alcanzaba la plena inteligencia del ideal antiguo.

Esta sola conquista implicaba una total renovación del concepto poético, y una renovación, á lo menos parcial, de la técnica. Al alejandrino solemne y monótono, al verso abstracto y cargado de perífrasis, al verso sensato y racional como la prosa, leño seco y agrieteado útil sólo para la lumbre, sucedía el alejandrino de cesura móvil y libre encabalgamiento, el viejo y recio tronco de Ronsard, pomposo de ramas y de frutos. ¡Lástima que tales versificadores tengan que luchar con semejante lengua! ¿Qué no hubiera hecho Andrés Chénier si hubiese nacido español ó italiano?

La influencia de Andrés Chénier fué exclusivamente póstuma. En esto su destino literario tiene algún punto de analogía con el de Diderot. Así como en éste no conocieron sus contemporáneos ni al narrador incomparable, ni al crítico de artes, ni siquiera al temerario metafísico, sino al sofista cínico, paradojal y estrepitoso y al atropellado compilador de la *Enciclopedia*, llegando el desconocimiento de sus mejores obras hasta el punto de haberse publicado *Le Neveu de Rameau* primero en alemán que en francés, y de haber permanecido otros importantes manuscritos suyos en el fondo de una biblioteca de San Petersburgo, hasta que los ha desenterrado la erudición de nuestros días; así Andrés Chénier, que en vida imprimió muy pocos versos, y éstos insignificantes, y que no parece haber comunicado sus más felices inspiraciones ni siquiera á sus íntimos amigos, pareció un contemporáneo cuando en 1819 publicó Latouche la primera edición, todavía muy incompleta, de sus obras, que, no sólo por su valor intrínseco, sino por haber llegado en el momento oportuno de la renovación de la poesía lírica, fué recibida en triunfo por los románticos.

Á mayor ó menor distancia de estos tres precursores capitales hay que colocar á otros autores secundarios, que siguieron con más ó menos decisión el mismo impulso, y legaron algún elemento nuevo á la literatura de nuestro siglo. Del nombre de Rousseau es inseparable el de Bernardino de Saint-Pierre, que agrandó los límites del sentimiento de la naturaleza, trasportándole á las regiones tropicales, y en ellas colocó la escena de un idilio purísimo, hasta con afectación de pudor en la catástrofe. La restauración espiritualista da un paso más con Bernardino, y su deísmo filantrópico empieza á teñirse con algunos reflejos del sentimiento cristiano. Otro paso más,

:

y á *Pablo y Virginia* sustituirá *Atala*; y á los *Estudios sobre la Naturaleza*, que por medio del espectáculo del universo se levantan á la apología de las causas finales y del gobierno de la Providencia, sucederá *El Genio del Cristianismo*, que por las bellezas naturales y artísticas conducirá los espíritus hasta el umbral de la creencia positiva. No se engañaba Bernardino de Saint-Pierre en cuanto á la novedad de su obra de artista viajero, cuando en el prefacio de su célebre novela escribía: «Me he propuesto grandes designios en esta obrita; he tratado de pintar un suelo y una vegetación diferentes de los de Europa. Por demasiado tiempo han hecho nuestros poetas descansar á sus amantes á la margen de los arroyos, y bajo la tupida yedra. Yo he querido sentarlos en la ribera del mar, al pie de las rocas, á la sombra de los cocoteros, de los bananos y de los limoneros en flor. No faltan en la otra parte del mundo más que Teócritos y Virgilibios, para que tengamos cuadros por lo menos tan interesantes como los de nuestro país....»

Entre los secuaces del sistema dramático de Diderot, única parte de sus teorías estéticas que fué conocida de sus contemporáneos, hay que citar, además de Sebastián Mercier, que le llevó hasta sus últimas consecuencias en la teoría y en la práctica (1), creando una especie de melodrama popular sin arte ni estilo, pero no sin interés; al célebre Beaumarchais, que desde sus primeros ensayos se puso resueltamente fuera de las vías clásicas, como es de ver en el prefacio de su *Eugenia* (1767), que es un ataque directo contra la poética oficial, y uno de tantos indicios del próximo advenimiento de la democracia al dominio del teatro; advenimiento cuya fecha memorable

(1) Véase nuestra *Introducción á la Estética del siglo XVIII*.

es la representación de *Las Bodas de Figaro* en 1784. De la trascendencia social de este primer acto de la Revolución francesa se ha dicho cuanto puede decirse; pero hay que añadir que tampoco fué pequeña la revolución literaria traída por aquella comedia, tan diversa de las de Molière, tan cargada de acción y de embrollo, tan animada y petulante, tan rica de malicias de dicción y tan francamente demoledora : comedia, además; en la cual el centro de gravedad de la antigua escena aparecía totalmente dislocado, siendo el plebeyo, el confidente, el aventurero libre de escrúpulos y fértil en recursos (trasunto vivo del autor), quien dominaba y dirigía aquella inmensa mascarada, que parecía el funeralcómico del antiguo régimen. Algo hay en las dos piezas de Beaumarchais que recuerda más ó menos el movimiento y el brío de la comedia española (no hablemos del color local, que es enteramente caprichoso), y algunos rasgos tiene el protagonista comunes con los héroes de la novela picaresca ; pero el espíritu de *Figaro* es totalmente el espíritu francés del siglo XVIII, que no produjo en el teatro obra tan propia suya, tan característica y *actual* como ésta. Es el teatro que responde no indignamente á las novelas de Voltaire: el teatro que Voltaire hubiera hecho, á no carecer en absoluto, como carecía, de fuerza cómica desinteresada. Cultivó, además, Beaumarchais la comedia sentimental y lacrimatoria que tan mal se avenía con su carácter, y en *La Madre Culpable*, última parte de su famosa trilogía, acertó á arrancar lágrimas á los que entonces se llamaban *hombres sensibles*, aplicando las recetas de Diderot con una habilidad escénica que Diderot no tuvo jamás, pero de la cual dieron felices muestras algunos secuaces suyos, tales como Saurin, Sedaine y otros. En relación más ó menos íntima, pero evidente,

con esta dramaturgia melodramática, popular y casera, floreció también una especie de novela groseramente realista, mezcla de cinismo y de sensiblería, cuyo representante es Réstif de la Bretonne, escritor enteramente bárbaro, que desde 1767 hasta 1802 publicó cerca de doscientos volúmenes, muy buscados hoy por los bibliófilos, por los investigadores de la historia del siglo XVIII, y por todos los aficionados á extravagancias y á casos raros literarios. Réstif era una especie de salvaje, monomaniaco de lubricidad, y al mismo tiempo predicador insoportable de virtud: algo así como un Rousseau sin talento, sin imaginación, sin elocuencia, sin cultura y sin estilo. Compilaba sus libros contando día por día todas sus impresiones, lo que veía en la calle, lo que les sucedía á todos sus conocidos; todo esto minuciosamente y con nombres propios, sin perdonar las circunstancias más fútiles, los pormenores más necios, ni las más escandalosas obscenidades. De todo sacaba partido: ha contado las vidas de todos los habitantes de algunos barrios, de todos los artesanos de tal ó cuál oficio, de todos los tenderos y de todas las mujeres galantes de París. Si se quisiera hacer de intento y con mala fe una parodia del realismo y del naturalismo moderno, de los *Rougon-Macquart* por ejemplo, no habría más que reproducir cualquiera de las obras de Réstif. Es el colmo de la exactitud y del documento experimental: nadie ha escrito más inmundicias ni más sandeces. Se cree obligado á consignar todas sus indigestiones, y á copiar las recetas de sus médicos. De este modo abultaba prodigiosamente sus obras: *Las Contemporáneas* tienen cuarenta y dos tomos, y llegó á escribir un drama en cinco volúmenes. Es uno de los locos literarios más dignos de estudio, y sus obras una mina inagotable de noticias sobre el modo de

vivir de las clases populares en Francia á fines del siglo XVIII.

Si á todo lo expuesto hasta ahora se añaden ciertas influencias inglesas y alemanas (la novela inglesa de Richardson y Fielding; el pseudo-ossianismo; la primera traducción del *Werther*, publicada en 1775, é imitada inmediatamente por Ramond en las *Últimas Aventuras del joven D'Olban*, etc.), y algunas pálidas imitaciones de la literatura española, que hacían el arcádico Florian y otros, se tendrán reunidos todos ó casi todos los elementos análogos al romanticismo que existían en Francia antes de la Revolución. La Revolución misma poco influyó en las letras, salvo por el irreparable crimen de haber cortado la cabeza á Andrés Chénier. El único género que pudo levantar la cabeza en medio de aquel torbellino fué la oratoria política, y aun ésta en los primeros momentos, puesto que luego se hundió en un mar de sangre. Es claro que la conmoción producida en los espíritus por un acontecimiento tan sin igual en los anales del mundo, tenía que determinar á la larga una exaltación de la fantasía poética, de donde germinase un arte nuevo, acomodado á las condiciones de la sociedad renovada. Pero este arte no era posible que le creasen los hombres que hicieron la revolución, sino los niños que entonces lloraban en la cuna. La generación revolucionaria, educada en las tradiciones literarias del antiguo régimen, no hizo sino exagerar hasta el énfasis más risible la pompa monótona y glacial de la literatura de colegio y de academia. Los tigres de la Convención, sedientos siempre de humana sangre, hablaban como alumnos de Retórica en día de certamen. Cuando había caído todo lo humano y lo divino, todavía quedaba en pie la regla de las tres unidades. Mucho más tiempo costó á

los franceses derribar la monarquía de Boileau que la de Luis XVI. Nunca se hizo más consumo de los lugares comunes, históricos y morales, de los ejemplos clásicos neciamente aplicados: no había discurso aplaudido, sin la sangre de Mario y de los Gracos y alguna alusión á las leyes de Minos y de Licurgo. Los himnos y las odas de José María Chénier y de Lebrun, los ditirambos que se cantaban en las fiestas cívicas, las tragedias patrióticas como *Carlos IX* y *Juan Calás*, el arte pictórico de David, tan rígido y falsamente estatuario, las sentencias y apoteogmas que solían pronunciar los que iban al cadalso, son manifestaciones diversas del mismo gusto pedantesco y pseudo-romano, que hace tan repugnante esta época á los amigos del buen gusto, como á los partidarios de la humanidad y de la tolerancia. Así como la Revolución del 89 había completado la obra niveladora de la monarquía absoluta, así la literatura revolucionaria fué la última, la más exagerada expresión del espíritu *clásico* francés, representado ya, no por los exquisitos poetas de la corte de Versalles, sino por una turba de eunucos literarios, abogados declamadores y escribientes de procurador, que venían á vengar en la sociedad los rencores de su impotencia.

Es cierto, sin embargo, que el clasicismo á que nos referimos podía tener ya muy corta vida, una vez arruinado el edificio social que le daba sombra. Indirectamente, pues, la revolución política tenía que acelerar el momento de la emancipación literaria. No porque el romanticismo en literatura sea un equivalente del liberalismo en política, como dijo Víctor Hugo en uno de sus prefacios, puesto que, en primer lugar, los fenómenos estéticos tienen su elaboración propia y en gran parte independiente del orden político, y, en segundo, el romanticis-

mo francés, mucho más fué un salto atrás que no se detuvo sino en la Edad Media, un movimiento de reacción contra el siglo XVIII y el espíritu revolucionario, que no una derivación ni secuela de él (como lo prueban los ejemplos de Chateaubriand, de Lamartine, de Vigny y del mismo Víctor Hugo en toda su primera época), sino porque el suelo trabajado por hondas convulsiones y la atmósfera cargada de vientos de tempestad, son suelo y atmósfera más propicios que el tibio calor de las escuelas y de los salones para que el estro indómito rompa las cadenas de la imitación y ose lanzarse al descubrimiento de nuevos mundos.

La Revolución y el Imperio fueron acumulando electricidad poética que un día ú otro había de estallar forzosamente. No en balde pasan tales cosas por delante de los humanos. Cuantos nacieron entonces conservaron sobre su frente la impresión de aquella tormenta apocalíptica. Recuérdese el proemio de las *Hojas de Otoño*:

Ce siècle avait deux ans! Rome remplaçait Sparte,
 Dejà Napoléon perçait sous Bonaparte,
 Et du premier Consul, trop gêné par le droit,
 Le front de l'Empereur brisait le masque étroit.
 Alors dans Besançon, vieille ville espagnole,
 Jeté comme la graine au gré de l'air qui vole,
 Naquit d'un sang breton et lorrain à la fois
 Un enfant sans couleur, sans regard et sans voix.

.....
 Je pourrai dire un jour, lorsque la nuit douteuse
 Fera parler, les soirs, ma vieillesse conteuse,
 Comment ce haut destin de gloire et de terreur,
 Qui remuait le monde aux pas de l'Empereur,
 Dans son souffle orageux m'emportant sans défense,
 A tous les vents de l'air fit flotter mon enfance.

Así se formó aquella generación *ardiente, pálida,*

nerviosa, de que nos habla Alfredo de Musset en *La Confession d'un enfant du siècle*: «Concebidos entre dos batallas, educados en los colegios al estruendo del tambor, millares de niños se miraban entre sí con ojos sombríos, ensayando sus débiles músculos; de tiempo en tiempo aparecían sus padres manchados de sangre, los acercaban á su pecho recamado de oro, y luego volvían á montar á caballo; un solo hombre vivía entonces en Europa; todos los años la Francia ofrecía á este hombre un tributo de trescientos mil jóvenes, y él, recogiendo con sonrisa esta fibra nueva arrancada del corazón de la humanidad, la retorció entre sus manos, y hacía con ella una cuerda nueva para su arco.... Nunca hubo tantas noches sin sueño como en tiempo de este hombre; nunca se vió sobre los baluartes de las ciudades tal número de madres desoladas; nunca reinó tal silencio alrededor de los que hablaban de la muerte. Y, sin embargo, nunca hubo tanta alegría, tanta vida, tanto estrépito de trompas militares dentro de los corazones; nunca hubo soles tan puros como los que secaron toda esta sangre. Se decía que Dios los hacía para este hombre, y se los llamaba los soles de Austerlitz. Los niños de entonces respiraban el aire de este cielo sin nubes, donde brillaba tanta gloria, donde resplandecía tanto acero.... ¡La muerte misma era entonces tan bella, tan grande, tan magnífica en su púrpura humeante!.... Todas las cunas de Francia eran broqueles; todos los ataúdes lo eran también; no había verdaderamente viejos: no había más que cadáveres ó semidioses.»

Con estos y todavía con más enérgicos colores pinta el gran poeta la iniciación que en lo sublime y en lo trágico tuvo aquella juventud de la Restauración que «al salir del colegio no encontró ya ni sables, ni corazas, ni

infantes, ni caballos». «Todos esos mancebos eran gotas de una sangre ardiente que había inundado la tierra; habían nacido en el seno de la guerra, y para la guerra. Habían soñado durante quince años con las nieves de Moscou y con el sol de las Pirámides; se los había templado en el menosprecio de la vida, con temple de espadas; tenían en la cabeza todo un mundo».

Esta fuerza, que no pudo gastarse en el campo de la acción, se dilató formidable é invasora por el campo del arte. La leyenda napoleónica, que se fué elaborando con rapidez igual á la de los acontecimientos mismos, dió á la nueva poesía francesa su elemento épico, así como la resistencia al Imperio había despertado la poesía nacional en Alemania y en España.

Pero ni el Imperio ni la Revolución podían ser materia del canto mientras no estuviesen definitivamente enterrados. Los que escriben las epopeyas no son nunca los que las hacen. Algún tiempo ha de pasar, por breve que sea, para la transformación de la materia histórica. Por eso no hay período más pobre, más estéril para la poesía que la época imperial. Ninguno tampoco en que el falso gusto oficial y solemne, la falsa nobleza del estilo, el hábito de la perífrasis, la convención académica, las heces del pseudo clasicismo, hayan llegado á tan risible extremo. Eran tiempos en que se huía con todo empeño de llamar las cosas por su nombre, sobre todo si eran plantas ó animales: tiempos en que un poeta se inmortalizaba llamando al *capón* «frío celibatario, inhábil para el placer, extraño á la felicidad de ser esposo, mártir infortunado del lujo de la mesa», mientras un traductor de Homero, para no pronunciar las voces *puerco* ni *asno*, decía del primero: «Ese grueso epicúreo, que engorda á fuerza de bellotas»; y del segundo,

«ese útil animal á quien tanto ultrajan nuestros desde-
nes». Á la vaca se la llamaba «indigna rival de Pasifae»;
y á la gallina, «la esposa del cantor del día». Los géneros
más de moda eran el poema descriptivo y el poema
didáctico, por suponerse que no exigían inspiración ni
calor, sino meramente cierto hábil artificio para decir
poéticamente las cosas *prosaicas*. El maestro de este
género, y que realmente alcanzó en él singulares triun-
fos de destreza técnica, permitiéndose alguna vez cier-
tas libertades de lengua y de versificación más románticas
que clásicas, y mostrando ingeniosa invención en los de-
talles, aunque nunca acertara á componer un cuadro,
fué el abate Delille, conocido ya antes de la Revolución
como excelente versificador por una traducción de las
Geórgicas, entonces muy celebrada, y que hoy nos pa-
rece muy poco virgiliana. Apenas quedó objeto natural ó
artificial que el abate Delille no pusiera en verso: la jar-
dinería, la agricultura, la vida de sociedad, el arte de
la conversación, y, finalmente, los *Tres Reinos de la
Naturaleza*, que es una completa enciclopedia. De-
lille es en las literaturas vulgares el más hábil y discreto
representante de aquella especie de poesía, á la cual los
Jesuítas dieron su nombre por haber hecho en ella verda-
deras maravillas los versificadores latinos de la Compañía.
Sería injusticia considerar todo esto como un mero
artefacto mecánico. No es vulgar el grado de imagina-
ción que se requiere para reproducir, aunque sea de un
modo superficial, tantas formas y apariencias de la natu-
raleza y del arte: no es pequeño el mérito de la dificultad
vencida, ni deja de ser simpática en algunos casos esa
alianza candorosa y patriarcal de la poesía con la ciencia
y con la industria. Yo creo que la colección de los *Poe-
mata Didascalica*, si fuera más conocida, ofrecería muy

grata lectura aun á los más preocupados contra los versos latinos modernos. Pero es lo cierto que este género, que en latín se tolera y aun divierte como una especie de gimnasia recreativa, resulta pueril y enfadoso en lenguas vulgares. Puede ser materia de curiosidad y aun de agrado ver los esfuerzos que hace un humanista para hablar en verso latino del té, del café, de los relojes, de la pólvora, del barómetro, de la aurora boreal ó de las virtudes del agua de brea. Tales poemas, escritos por juego en una lengua muerta, tienen algo de humorístico en la intención de sus propios autores, y en tal disposición de ánimo deben leerse, estimando y celebrando la gracia del procedimiento. ¿Pero quién puede sufrir con calma la mayor parte de los poemas didácticos que con seriedad se han escrito en todas las lenguas vivas, y especialmente en francés durante la época á que nos referimos, poemas sobre el arte de leer los versos, sobre la cocina en el campo y en la ciudad, sobre las aves de corral, sobre la navegación, sobre el sistema de Linneo? Hubo quien puso en verso el Código de Napoleón (1).

No sería justo confundir al abate Delille con la turba-multa de sus secuaces, porque tuvo más talento é imaginación que ninguno de ellos, no retrocedió á veces ante la palabra propia y el detalle pintoresco, é hizo decir á la lengua poética francesa muchas cosas que hasta entonces no había dicho. La misma absurda empresa de versificar enteras la física, la química y la historia natural no dejó de traer muchas conquistas parciales de estilo, que con el tiempo fueron aprovechadas. Algún agradecimiento se le debe por haberse atrevido el primero á nombrar con

(1) Para toda la literatura de la época imperial, véase el libro muy completo y muy bien hecho de Gustavo Merlet *Tableau de la littérature française: 1800-1815*. (París, Didier; tres tomos, sin indicación de año, según la mala costumbre de los franceses.)

sus nombres propios todas las partes de una carreta, y á escribir con todas sus letras aquella temida palabra *asno*, de la cual decía Rosset, otro poeta *geórgico* de entonces:

¡Que ce nom méprisé dégraderait mes vers!,

suponiendo además que el orgullo del mulo se ofendería si alguien osase nombrar á su padre,

Dont l'orgueil rougirait si je nommais son père.

Hoy podrá parecer mérito insignificante el de haber rehabilitado al asno y á la vaca, pero en su tiempo el abate Delille pasó por un revolucionario de la lengua poética, muy atrevido y muy peligroso. Es cierto que Delille, para hacer pasar la palabra propia la cargaba de epítetos y accesorios de estilo noble; pero de sus versos puede decirse, como ha dicho el ingenioso y delicado Martha (1), que fueron verdaderos jardines de aclimatación poética, dignos de recibir medalla de honor en cualquier concurso agrícola.

No exhumaremos ninguna de las momias de la literatura del Imperio. Libros hay en que esta época ha sido perfectamente ilustrada. Nos limitaremos á recordar que en la poesía lírica, algunas inspiraciones aisladas y fugitivas parecieron preludiar la voz armoniosa de Lamartine, próxima á levantarse. La posteridad ha recogido estas suaves armonías, que han bastado para la celebridad de dos ó tres poetas. *La caída de las hojas* y *El Poeta moribundo* de Millevoye, *La hoja* de Arnault, algunas composiciones ligeras de Fontanes (que fué tan famoso como rector de la Universidad de Francia y como grande

(1) *De la Délicatesse dans l'art*, pág. 311.

amigo de Chateaubriand), algunos versos que Joubert llamaba *argénteos*, perdidos en *El genio del hombre* de Chênedollé, es todo lo que ha podido salvarse del naufragio (1). En el teatro, las pérdidas todavía fueron mayores: la comedia resistió mejor que la tragedia, y todavía se leen con agrado algunas piezas de Étienne, de Picard, de Andrieux, de Colin de Harleville, no sólo como documentos históricos sobre las costumbres de aquel período, sino como obras fáciles, discretas y graciosas, aunque no de mucha fuerza cómica ni de muy profunda observación. En la tragedia, salvo Ducis, que pertenece más bien á la época anterior, y que sin ser gran poeta en sus obras, tuvo el alma muy poética y muy capaz de sentir todo lo trágico y lo sublime, aunque fuese con inspiración de reflejo; se vió invadida la escena por una procesión de sombras clásicas cada vez más tenues é impalpables, *simulacraque luce carentum*, que no otra cosa parecen los héroes trágicos de aquellas insípidas rapsodias de Raynouard, de Arnault, de Jouy, de Brifaut, de Gabriel Legouvé, á las cuales el genio de Talma infundió pasajera ó más bien aparente vida, que en vano habían intentado comunicarles sus autores. No deja de advertirse en alguno de ellos tendencia á cosas nuevas; pero la novedad suele reducirse á zurcir en el manto de Racine retales del Shakespeare de Ducis ó de los poemas de Ossian ó de los idilios de Gessner, como lo hicieron respectivamente Arnault en *Blanca ó los Venecianos* y en *Oscar*, y Gabriel Legouvé en *La Muerte de Abel*, ó bien en tomar asuntos de la historia de la Edad Media, procurando darles algún color de época, como lo intentó en *Los Templarios* Raynouard, que luego, renunciando á su falsa vocación dra-

(1) Véase el artículo de Scherer sobre los precursores de Lamartine: *Études sur la littérature contemporaine*, IX, pág. 289.

mática, había de immortalizarse como fundador de la gramática provenzal y del estudio científico de la poesía de los trovadores. Pero generalmente el color local era cosa tan desatendida y tan indiferente, y de tal modo predominaban las declamaciones abstractas y vagas, que Brifaut no tuvo reparo en trasladar á la época de Nino II, rey de los Asirios, una tragedia suya cuya acción pasaba primitivamente en la corte de D. Pedro de Castilla, sin que esta transformación le obligase á cambiar más de una docena de versos. La tragedia clásica cumplía de este modo su evolución fatal, convirtiéndose en un puro simbolismo ético, sin contenido alguno de realidad humana.

Un solo innovador dramático hubo entonces, pero de tan singular naturaleza, que, lejos de contradecir con su ejemplo cuanto llevamos dicho sobre el carácter de la literatura de esta época, viene á confirmarlo más y más, y á dejarlo fuera de toda duda, porque sus innovaciones no fueron orgánicas ni íntimas, ni obedecieron á un plan razonado de reforma poética, sino superficiales, exteriores y arbitrarias, y aunque produjeron cierto rumor de escándalo, no dejaron tras de sí cosa alguna, ni legaron ningún elemento á la literatura subsiguiente. Llamábase este falso y estrepitoso innovador Nepomuceno Lemercier, hombre de muchas letras y de no vulgar talento crítico, como lo prueba su *Curso de Literatura*, explicado en el Ateneo de París durante los años de 1810 y 1811, obra severamente clásica, y que contrasta de un modo extraño con sus tentativas dramáticas y épicas. No hablaremos de su *Agamenón*, que quiere ser imitación de Esquilo, y en la cual de todos modos se mostró menos infiel que otros franceses al espíritu de la tragedia griega. Sus verdaderas innovaciones comienzan en *Pinto*, donde la

revolucion portuguesa de 1640 está tratada en estilo de comedia de intriga, á la manera de Beaumarchais. Este *Pinto*, que es la más agradable de las obras de Lemercier, debe considerarse además como el precedente natural de las comedias políticas de Scribe y de tantos más. Otro grande atrevimiento de Lemercier fué su *Cristóbal Colón*, que llamó *comedia shakespiriana* (1809), con la novedad de poner la acción á bordo de un barco, lo cual salvaba aparentemente la unidad de lugar, pero la sacrificaba en lo sustancial, puesto que hacía viajar á sus personajes desde España hasta América. El recurso era ingenioso, pero la pieza fué silbada (1), y quizá lo merecía por otros conceptos. Nunca las fuerzas poéticas de Lemercier estuvieron en relación con la grandeza de sus propósitos ni con la ingeniosidad de sus concepciones, y á esto hay que atribuir en gran parte sus repetidos fracasos y la versatilidad é inconstancia con que cambiaba de rumbos, más por amor á la novedad que por amor á la belleza. Débil en la ejecución, formaba vastísimos proyectos, no ya sólo de dramas, sino de epopeyas, y dejó en este género ensayos extravagantísimos: *La Atlantiada*, cuyos personajes son las fuerzas físicas convertidas por el autor en nuevo Olimpo mitológico con los pedantescos nombres de *Psycholia*, *Barithya*, *Proballena*, *Syngenia*, *Lompelia*, *Pyrophora*, etc.; la *Panhyprocrisiada* (1819), especie de *pandemonium* poético, en que anda revuelto todo lo humano y lo divino, ni más ni menos que en la *Leyenda de los siglos* de Víctor Hugo ó en el *Ahasvero* de Edgar Quinet. En esta parte Lemercier es verdaderamente un precursor: hace hablar hasta á los

(1) Dice un crítico reciente y muy notable, Jorge Pellisier (en su libro *Le Mouvement littéraire au XIX^e siècle*), que los críticos de aquel tiempo, á trueque de no ver violada la unidad de lugar, hubieran preferido que América no hubiese sido descubierta nunca.

animales y á los seres inanimados, al Mediterráneo, á una foca, á una ballena y á la Diosa de la Sífilis. Hay en todas estas obras chispazos de talento, unidos á cierta inquietud y desasosiego de espíritu que columbra vagamente un mundo nuevo y quiere lanzarse á él con esfuerzos violentos é irregulares. Parece en algunos momentos que la inspiración va á venir á animar este caos informe; pero, con efecto, nunca llega. Había, además, en Lemerrier una contradicción interna, que tenía que esterilizar su obra. Era romántico por instinto y clásico por teoría. Cuando el romanticismo apareció formalmente, no tuvo más encarnizado enemigo que él. En su *Curso Analítico de Literatura*, obra bastante notable, y en algunos puntos teóricos muy superior á las de Batteux y La Harpe, se defiende del cargo de innovador, y se constituye en abogado de las reglas y en campeón «de la antigua y sana doctrina». Es cierto, sin embargo, que propende al clasicismo verdadero y que acierta á descubrir en Aristófanes, tan maltratado antes de él por la crítica francesa que totalmente le ignoraba, «un bello orden de reglas muy diferentes de las que observan los modernos, pero en las cuales es fácil encontrar la causa del placer que sus piezas procuraban al pueblo más culto é ingenioso de la tierra». «El ingenio (añade) puede interesar y agradar en la escena, aunque se muestre con formas muy diversas de las que hemos adoptado exclusivamente; y los preceptistas que enseñan lo contrario no hacen más que repetir lo que han leído en sus libros, ó las tradiciones que se han perpetuado por ignorancia y preocupación.»

Es grande el número de libros relativos á la historia ó á la crítica del arte literario, publicados durante la época imperial, y algunos de ellos todavía son dignos de atención y de estudio. Sus títulos se registran en el *Cua-*

dro de la literatura francesa desde 1789 á 1808, trabajo muy concienzudo de José María Chénier (1), y en la reciente historia de la literatura del Imperio, compuesta por Gustavo Merlet, obra digna de todo elogio. Aquí nos limitaremos á recordar los nombres menos oscuros, y los libros de que todavía puede sacarse alguna enseñanza crítica.

El *Ensayo* del cardenal Maury *sobre la elocuencia del púlpito* (1810), es uno de los más excelentes libros que ha producido la didáctica francesa, y tiene hoy tanto interés y tanta utilidad práctica como el primer día. Á pesar de su título, no se limita exclusivamente á la elocuencia sagrada, sino que trata muchos puntos generales de la teoría oratoria y del arte de escribir, siempre con buen gusto, lo mismo en los preceptos que en los ejemplos. Se distingue, además, de las retóricas vulgares por la amenidad de la exposición, y por la mezcla feliz de la crítica y de la historia con la preceptiva. Los juicios del cardenal Maury sobre los grandes predicadores franceses han sido unánimemente aceptados y tienen fuerza de ley en su país. Algunos eran muy nuevos en su tiempo, y se debe agradecer al autor el haber dado su justo precio á los *Sermones* de Bossuet, muy desdeñados entonces y tenidos por inferiores á sus *Oraciones Fúnebres*, y el haber reducido á sus verdaderos límites la importancia exagerada que Voltaire y todos los críticos de su escuela daban á la *Pequeña Cuaresma* de Massillon, en la cual encuentra Maury visibles indicios de decadencia. El autor poseía á fondo la materia, porque fué uno de los primeros oradores políticos y religiosos de su tiempo (2).

(1) Reimpreso (no sé si totalmente) al fin del *Curso de Literatura*, de la Harpe, en la edición del *Panteón Literario*.

(2) Véase el artículo de Sainte-Beuve sobre el cardenal Maury (tomo IV de los *Lunes*).

Basta mencionar rápidamente los tratados sólidos y juiciosos, pero no muy originales ni brillantes, del abogado Lacretelle *sobre la elocuencia del púlpito* (1802) y *sobre la elocuencia del foro* (1807). El primero fué totalmente oscurecido por el del cardenal Maury: el segundo vale más, pero versa sobre un género que entre los modernos apenas ha tenido carácter estético. Los tomos de *Misceláneas literarias* de Suard, de Morellet, de Palissot, de Mad. Necker y de otros son de más interés por las anécdotas y curiosidades literarias que encierran que por sus principios críticos, que en nada se apartan de la rutina pseudo-clásica del siglo XVIII, en la cual sus autores se habían educado. El abate Morellet se mostró acérrimo adversario de Chateaubriand, llegando á publicar una parodia de *Atala*. Palissot declaraba que no había podido terminar la lectura de *El Genio del Cristianismo*, y que la poesía de Alemania (¡la poesía de Schiller y de Goethe!) no estaba más adelantada que la poesía francesa en tiempo de Ronsard y de Jodelle. Fué, no obstante, el primero en elogiar á Andrés Chénier. Pocos leen hoy las *Misceláneas de Literatura* (1803-4) de Suard, secretario de la Academia Francesa, mucho más célebre que por sus escritos, por aquella cruel anécdota, verdadera ó falsa, que le representa asistiendo él sólo á la Academia Francesa el día de la decapitación de Luis XVI y cobrando para sí las dietas de todos los académicos. Esta celebridad, poco lisonjera, no quita que Suard fuera un hombre de mundo muy discreto y ameno y un crítico de buen gusto, que dejó algunos opúsculos de crítica agradable y ligera, especialmente una sucinta historia del teatro francés, un fragmento sobre el estilo, consideraciones ingeniosas acerca del Tasso y de Mad. de Sevigné. Todo esto nos parece hoy bastante superficial

y descolorido; pero el gusto no era tan exigente á principios de este siglo como lo puede ser ahora, después de los admirables trabajos de crítica literaria y biográfica con que nuestra edad justamente se envanece.

Entre estos rezagados del siglo xviii hay que contar también á Cailhava, autor de unos *Estudios sobre Molière* (que vienen á ser un largo comentario) y de un *Tratado sobre el arte de la Comedia*, que todavía puede consultarse con alguna utilidad para las cuestiones de declamación. La bibliografía de este arte secundario, hasta entonces tan descuidada, se acrecentó considerablemente por aquel tiempo con las memorias y reflexiones de diversos actores célebres, entre las cuales sería grave omisión la de las *Reflexiones de Talma sobre Lekain y el Arte Teatral* (1).

A mantener la tradición del gusto llamado clásico, y á restaurar los estudios literarios, hondamente quebrantados por el sacudimiento revolucionario, contribuyó principalmente la doctrina y la influencia de La Harpe, antiguo enciclopedista, discípulo predilecto de Voltaire, de cuyas doctrinas literarias no abjuró nunca, aun después de haber recobrado la fe religiosa en las cárceles del Terror, y haberse convertido en acérrimo enemigo de la *filosofía* del siglo xviii, como lo muestra la última parte

(1) De estas Memorias relativas el arte dramático se formó una colección curiosísima en 1822, dirigida por Andrieux y publicada por el librero Ponthieu. Creemos útil dar razón de su contenido: Tomo I (Memorias de Mlle. Clairon, seguidas de *Reflexiones sobre el arte dramático y la declamación teatral*).—II (Memorias de Molé, publicadas por Etienne: *Tratado del Comediante*, por Remond de Saint-Albine).—III (Memorias de Augusto Guillermo Iffland, cómico y poeta alemán).—IV (Memorias de Lekain: *Reflexiones de Talma sobre el arte teatral*).—V (Memorias de Brandes, autor y cómico alemán).—VI (Memorias sobre Molière y su viuda Mad. Guérin, sobre Baron, etc.).—VII Memorias de Prévile y de Dazincourt).—VIII (Continuación de las Memorias de Brandes).—IX y XII (Memorias de Mistress Bellamy).—X y XI (Memorias de Goldoni).—XIII (Memorias de Mlle. Dumesnil).—XIV (Memorias sobre Garrik y Macklin).

de su *Liceo, ó Curso de Literatura*, comenzado en 1794 y terminado en 1805. La retórica de La Harpe continuó siendo la misma después de su conversión, y no menor su entusiasmo por la *Henriada* y por las tragedias del Patriarca. En cambio, las innovaciones y paradojas literarias de Diderot excitaban la vena cáustica de La Harpe, tanto, por lo menos, como las impiedades escandalosas de sus libros. Se ha llamado á La Harpe el *Quintiliano francés*, pero es mucho menos teórico y más crítico que Quintiliano. Dentro de su escuela estrecha y meticulosa ejerce bien la crítica de pormenor, y la anima con rasgos de entusiasmo, nacido de su amor sincero y profundo por las letras. Por de contado, que su libro sirve únicamente, y esto con precauciones, para los escritores del siglo de Luis XIV. Respecto de los contemporáneos, suele cegarle la pasión, que era en él violentísima, y se extrema casi siempre en la denigración ó en el encomio. Y en sacándole de la literatura francesa y de algunos clásicos latinos de los más conocidos, es totalmente nulo, porque todo lo ignoraba, así en materia de literatura griega (1) como de literatura de la Edad Media, y en lo tocante á las modernas literaturas europeas. Carecía en absoluto del genio de investigación y hasta del instinto de curiosidad, y era, además, un mero *liverato*, en el antiguo sentido de la palabra, esto es, un escritor enteramente ayuno de toda superior cultura científica, filosófica y filológica. No sabía más (pero esto admirablemente) que la gramática y la retórica del francés clásico y la técnica del arte teatral. Con un horizonte tan estrecho, todavía encontró modo de restringirle más, puesto que comprendió bien á Racine, pero no á Molière, y

(1) Véanse los artículos de Boissonade, reproducidos al fin del *Liceo* en la ed. del *Panteón Literario*.

cuanto dice sobre los prosistas, especialmente sobre Bossuet, Descartes y Pascal, es de una lastimosa vulgaridad y pobreza.

Los méritos y los defectos de la obra de La Harpe (que era, á pesar de todo, el tratado menos incompleto de literatura que hasta entonces hubiese aparecido en lengua francesa, y encerraba muchas partes dignas de estimación), fueron pesados equitativa y aun generosamente por un escritor de su misma escuela en literatura, pero hondamente separado de él en todas las cuestiones restantes. Era éste el iracundo poeta de los himnos y de las tragedias revolucionarias, José María Chénier, completamente olvidado hoy, pero en su tiempo mucho más célebre que su glorioso hermano. Apartando la comparación que tanto le daña, no puede menos de reconocerse en José María Chénier (á quien sus furores de sectario y su hinchazón declamatoria hacen poco simpático) condiciones literarias no vulgares, así para el cultivo de la sátira política, en que mostró cierta amarga y viril elocuencia (de que también está impregnada su misantrópica tragedia de *Tiberio*, donde el odio contra Napoleón le hizo encontrar á veces el pincel de Tácito), como para la función noble y serena de la crítica. No es aventurado decir que hubiera sido un crítico eminente si hubiese tenido una estética menos anticuada y menos estrecha. Pero era un volteriano empedernido, y aunque fuese muy capaz de hacer justicia á sus adversarios filosóficos y políticos, no entendía de tolerancia alguna con los innovadores literarios, y hasta en el inofensivo Marmontel veía prevaricaciones contra la ortodoxia clásica. No hay más que leer su *Cuadro de la Literatura Francesa después de 1789*, para convencerse de esto. Allí José María Chénier no tuvo inconveniente en reparar todas las injus-

ticias y diatribas de sus primeros tiempos, y en apreciar con inteligente mesura á sus mismos enemigos personales, haciendo resaltar en sus obras todo lo que le parecía digno de alabanza. Hemos visto que transigió hasta con La Harpe, después de haberse llenado uno y otro de injurias, y supo dar un grande ejemplo de nobleza y rectitud, proponiendo el *Liceo* de su adversario como la obra más digna de premio entre cuantas había producido aquel período literario. Pero aunque sea cierto, para honra suya, que José María Chénier, cuando escribía crítica formal, podía sin esfuerzo dejar á un lado todos sus rencores personales y de partido, no lo es menos que le era enteramente imposible renunciar á las preocupaciones literarias tan hondamente arraigadas en su ánimo hasta constituir segunda naturaleza. Podía transigir con los católicos y con los monárquicos, pero nunca con el romanticismo. Casi todos los innumerables autores citados en su cuadro literario (que redactó en 1808, como secretario de la Academia Francesa), salen bien librados de su pluma, con haberlos muy oscuros é insignificantes; para casi todos hay algún grano de incienso; sólo dos ó tres nombres están exceptuados de esta universal benevolencia; verdad es que estos nombres son Chateaubriand, Bonald, Mad. de Staël misma, que está elogiada, pero con frialdad y con muchas restricciones. En este año 1808, memorable en la historia de la crítica por las *Lecciones* de Guillermo Schlegel, José María Chénier, hablando en nombre de la Academia Francesa, no manifiesta el menor presentimiento de la inminente revolución literaria. Se diría que le eran desconocidos hasta los versos de su propio hermano, puesto que ni siquiera le nombra. En filosofía no ve nada más allá del análisis de Condillac y su *bella teoría* de la estatua animada; la *Ideología*

de Destutt-Tracy le parece un monumento. Los principios de la poética nueva tienen virtud de exasperarle. «Nunca se podrán adoptar en Francia (dice), sino cuando se haya convenido en olvidar completamente la lengua y las obras de los clásicos.»

Pero con todas sus intransigencias teóricas, José María Chénier, que para su tiempo era casi un erudito, tuvo el mérito de inaugurar públicamente la enseñanza de la literatura francesa de la Edad Media, dando en el Ateneo un curso sobre ella durante los años 1806 y 1807. De este curso no quedan más que fragmentos, publicados en 1818; pero, tales como son, arguyen un estudio de la materia mucho más formal que el que hizo Villemain bastantes años después. No se puede negar que los románticos trajeron el sentimiento de simpatía hacia la Edad Media; pero, en cuanto al conocimiento positivo de ella, habían hecho infinitamente más los grandes investigadores del siglo XVIII, especialmente los Padres Benedictinos de la Congregación Maurina, y el laboriosísimo Lacurne de Sainte-Palaye; y mucho hicieron también á principios de nuestro siglo algunos rezagados de la Enciclopedia, como Daunou y Guinguené: Daunou, que, á pesar de ser un fraile apóstata, conservó las tradiciones científicas y el método severo y concienzudo de los antiguos Padres de San Mauro, y pudo continuar sin desventaja el gran monumento de la *Historia literaria de Francia*, gloria principal de la erudición de nuestros vecinos; Guinguené, cuya extensa *Historia literaria de Italia*, continuada por Salfi (1811 á 1819), es hoy mismo una obra utilísima, independiente de la de Tiraboschi, y que en cierto modo la completa. Ni Tiraboschi, ni Guinguené son, en rigor, críticos estéticos; pero Tiraboschi se limita á acumular con extraordinaria diligencia un gran número de hechos, sin expo-

ner el contenido de obra alguna ni formular apenas juicio propio sobre los autores. Además, toma la literatura italiana en un sentido vastísimo, en cuanto á la materia y en cuanto al tiempo, incluyendo todas las producciones científicas y artísticas, incluso las que no pertenecen al arte literario, y remontándose además á la literatura latina y á la literatura griega del Mediodía de Italia y de Sicilia. La necesidad de incluir en un solo libro tantas cosas, le hace proceder en muchos puntos con extremada rapidez, y su obra, aunque tan voluminosa, parece deficiente en muchas partes, y, de todos modos, sólo nos da el aspecto exterior de la cultura italiana, y, por decirlo así, el inventario de ella, con más extensión y método que el de una pura bibliografía, pero sin hacernos penetrar mucho más adentro. Guinguené circunscribe mejor su asunto: se limita á la lengua italiana y á las producciones de amena literatura, y en esta parte ahonda mucho más que su predecesor, y presenta gran copia de investigaciones propias. Se le ha acusado de multiplicar los análisis y los extractos, hasta cuando se trata de obras tan conocidas como el *Orlando Furioso*; pero sin que neguemos que algún exceso hay en esto, fácil es disculpar á Guinguené, teniendo en cuenta el tiempo en que escribió, y la absoluta ignorancia que reinaba entre los franceses respecto á las producciones más memorables de otras literaturas. Cuando del curso de La Harpe se pasa al de Guinguené, el ánimo se ensancha, y parece que entramos en un mundo distinto. Guinguené, á su modo, fué un gran iniciador, y la misma prolijidad con que expone los argumentos de los poemas y de las novelas, y busca y escudriña su genealogía, le saca del vulgo de los críticos de su tiempo, atentos sólo á la consideración retórica, y le pone entre los del nuestro, que dan principal importancia al ele-

mento histórico. Como ellos, Guinguené es tímido, demasiado tímido en apreciaciones estéticas, y sumamente escrupuloso en todas las cuestiones de hecho. No deja tampoco de enlazar los fenómenos literarios con la historia general, si bien en esta parte los resabios de su educación volteriana le impiden, como se lo impidieron luego á Sismondi sus preocupaciones calvinistas, penetrar en el verdadero espíritu moral del pueblo italiano y hacer justicia á sus antiguas instituciones. En la parte puramente literaria, Guinguené es empírico todavía más que clásico, y ni se entusiasma ni se enoja mucho con nada, porque lo bueno y lo malo le parece igualmente curioso: estado de ánimo al cual solemos propender los bibliófilos. Pero este empírico indiferente contribuyó á su manera á acelerar la emancipación literaria, dando á conocer á los franceses innumerables producciones de un arte nuevo, y sobre todo la *Divina Comedia*, que él puede decirse que reveló á sus compatriotas. Su obra, además del mérito intrínseco, tiene la grande importancia de ser el primer libro formal de literatura extranjera que se publicó en Francia (1). No se olvide que pertenece á aquellos tiempos en que La Harpe podía escribir impunemente que Dante, Petrarca y Boccacio habían florecido *en tiempo de la toma de Constantinopla!*

Y, sin embargo, también la enseñanza de La Harpe tuvo su oportunidad, no sólo por la valerosa franqueza con que expuso siempre su parecer, y por la reacción que promovió contra lo que llamaba el vandalismo de la

(1) *Histoire de la littérature d'Italie, par P. L. Guinguené, de l'Institut de France. Seconde Edition revue et corrigée sur les manuscrits de l'Auteur, ornée de son portrait, et augmentée d'une notice historique par M. Daunou. Paris, 1824, 9 volúmenes.*

lengua revolucionaria, sino porque en su curso comienza esa serie de elegantes lecciones de vulgarización en que luego descolló Villemain, y después de Villemain, Saint-Marc Girardin y tantos otros. La Revolución había destruido el antiguo organismo universitario, y los estudios yacían en la mayor postración, cuando La Harpe subió por segunda vez á su cátedra del Liceo, y empezó á profesar literatura para todo el mundo. No le preocupó la erudición, pero sí la educación literaria de su auditorio; y, al hacerla, hizo también con brillantez y animación el testamento de la escuela antigua.

¡Qué inferiores aparecen á él los que pudiéramos llamar *críticos oficiales* de la era napoleónica, los que ejercían su temido magisterio en las columnas del *Diario de los Debates* (entonces *Diario del Imperio*), Feletz, Geoffroy, Hoffman, Dussault (1)! Lo mejor que se ha podido decir de ellos es que desempeñaron con cierta honradez y cierto buen sentido la policía de la república de las letras. Pero, ¡qué tono tan seco y desabrido! ¡Qué falta de amplitud en las ideas, y de amenidad en el estilo! ¡Qué especie de crítica tan pedantesca y grosera, hasta cuando tiene razón, como la tuvo sin duda Geoffroy en su campaña contra el teatro de Voltaire, contra la moral de Rousseau y contra las débiles producciones de los rezagados del siglo XVIII! Geoffroy, además, era de los críticos que en nombre del buen gusto andan amotinados contra todo rudimento de urbanidad: pretendía que era *enervar* la crítica literaria el abstenerse de expresiones injuriosas, y nunca creía haberlas encontrado «bastante innobles y triviales», para explicar la «bajeza» de ciertas cosas de que se veía precisado á hablar. Llamar á los

(1) Véase sobre estos críticos un artículo demasiado benévolo de Sainte-Beuve, en el tomo I de las *Causeries de Lundi*.

autores que criticaba «renegados, parásitos, perturbadores de las leyes, charlatanes despreciables, insignes falsarios, mentirosos desvergonzados», era en él estilo ordinario. Los otros críticos son mucho menos brutales, más cultos y urbanos, especialmente Hoffman y Feletz, pero quizá más destituidos que Geoffroy del sentimiento de la alta poesía, quizá más rutinarios que él y más hostiles á todo cambio de gusto. Bien lo prueba la acerba crítica que hizo Hoffman de *Los Mártires* de Chateaubriand, y el calor con que rechazó la avenencia propuesta por Benjamín Constant en el prólogo de su traducción del *Wallenstein*. «No, de ningún modo (exclamaba este Hoffman, á pesar de su apellido tudesco), no hay transacción posible entre nosotros y los bárbaros: descender á una concesión, es rebajarnos á un matrimonio desigual, es perder nuestras cualidades, sin apropiarnos las de la Melpómene germánica: no caigamos en la necedad de hacernos alemanes.» Llamaba á los románticos «iconoclastas que vienen á destrozar las estatuas de nuestros antiguos poetas», y los comparaba con aquellos libertinos de Roma, que «abandonaban el templo de la Venus Urania, para adorar á las inmundas diosas Cotyto y Volupia.» Dussault decía del libro *de la Literatura* de Mad. de Staël, que sería preciso escribir treinta volúmenes para notar todos sus errores, y que merecía ser convertido en papel de estraza. Júzguese qué escándalo produciría entre estos críticos la *Comparación de las dos Fedras*, que Guillermo Schlegel lanzó en París y en francés, en 1807. En poco estuvo que no despedazasen al pobre autor alemán como los Bacantes á Orfeo. El gusto personal de Napoleón por las pomposidades de la tragedia clásica, y la circunstancia de ser enemigos políticos suyos los dos grandes escritores que iniciaban el movimiento literario

de nuestro siglo, contribuyó poderosamente á mantener los espíritus en aquella servidumbre añadida á tantas otras. La mano de hierro del déspota pesaba sobre la conciencia literaria no menos que sobre la conciencia política, y una turba de escritores mercenarios se encargaba de inmolar á la vanidad pedantesca del gran capitán metido á crítico, toda obra en que centellease la luz del ingenio libre.

El olvido más completo pesa hoy sobre todos los intolerables pedagogos que en esta época empuñaron *el cetro ó la férula* de la crítica. Sólo se ha salvado de este olvido un humanista, entonces muy joven, relegado á la última plana del periódico oficial, donde modestamente publicaba deliciosos fragmentos de erudición clásica, empapados de cierto perfume de aticismo y de cierta chistosa é inocente malicia. Al pie de estos artículos aparecía una *omega*, la última de las letras del alfabeto griego, así como el autor parecía ser el último de los huéspedes de aquella casa. Pero entonces se vió cumplido una vez más que los últimos serán los primeros. Los artículos de Boissonade se han coleccionado en nuestros días, y la colección se lee con singular deleite, no sólo porque es un repertorio de curiosidades amenas, sino por el tacto, la medida, la sobriedad, el buen gusto circunspecto y fino de que estuvo dotado aquel insigne maestro de las letras griegas, que no fué ciertamente gran filólogo si se le compara con los de Alemania, pero que tuvo el raro don de hacer atractiva y simpática en alto grado su enseñanza y de promover en su patria un verdadero renacimiento de los altos estudios, y esto porque tuvo otro don todavía más raro, el de conocerse á sí mismo, y no empeñarse en empresas superiores á lo que él llamaba, en su latinidad mimosa y llena de diminutivos, *ingeniolum*

meum tenue (1). De aquí su predilección como editor y comentador por los autores oscuros, por los sofistas de la decadencia, por los bizantinos, que imponían obligaciones menos duras que los verdaderos clásicos y le servían de pretexto para los escarceos y travesuras sabias de sus *notulae*. Nunca hubo cultivador más asiduo de la *micrografía* literaria.

Hemos recorrido á grandes rasgos la literatura del Imperio, que fué á modo de un momento de tregua ó de espera en la ya inminente evolución artística. Hubiéramos podido añadir algunos síntomas de menor importancia: las traducciones de novelas inglesas, corriente que, á la verdad, no se había interrumpido desde los tiempos del abate Prévost, y que muy pronto iba á aumentarse con las de Walter Scott: el aplauso y boga que alcanzaba el melodrama popular, representado por Alejandro Duval, que entendía muy bien la mecánica del teatro; algunos desdichados engendros de novela caballeresca y sentimental, debidos especialmente á la pluma de mujeres (Mad. Cottin, Mad. de Genlis....), á las cuales puede añadirse el nombre del vizconde D'Arlincourt, que tuvo sus horas de celebridad, aunque hoy nadie le soporta: las rapsodias épicas de Creuzé de Lesser, que cantó la caballería en un poema de 50,000 versos, dividido en tres partes: *Amadís*, *Roldán* y *Los caballeros de la Tabla Redonda*; la recrudescencia del ossianismo en los poemas de Baour-Lornian, patrocinados por Napoleón mismo; y hasta la especie de ternura bastante irracional con que se pronunciaba y se ponía en música la palabra *tro-*

(1) J. F. BOISSONADE: *Critique littéraire sous le premier Empire*, publiée par F. Colimcamp, professeur à la faculté des Lettres de Douai. Paris, Didier, 1863. Dos gruesos volúmenes. Saint-Beuve publicó sobre ellos un artículo que está en el tomo VI de los *Nuevos Lunes*.

vador, que juntamente con las de *ermitaño*, *castellana* y *astrólogo*, resumía para las gentes de entonces toda la Edad Media. Pero es hora ya de despedirnos de oscuras medianías, y contemplar frente á frente á los dos grandes innovadores literarios de esta era, y á otros ingenios no tan grandes pero sí muy distinguidos, que, en mayor ó menor grado, contribuyeron á la transformación crítica, cuyos antecedentes hemos venido investigando.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

HOLANDESES EN AMÉRICA



EXPEDICIÓN DEL ALMIRANTE JAQUES L'HERMITE AL PACÍFICO.

1624.

Las noticias oficiales que existen de esta nueva é infructuosa tentativa holandesa, proceden de las declaraciones que dieron en Lima el condestable de la almiranta enemiga, prisionero en la función del Callao y de dos artilleros desertores; aunque conforman en lo esencial, siempre se considera de poca confianza semejante conducto.

La armada, que dirigía el almirante Jaques L'Hermitte, pertenecía, como las anteriores, á una compañía comercial: se componía de once naos, siete de ellas expresamente construidas para la campaña, fuertes, rasas ó sin castillos, midiendo la capitana y almiranta 600 toneladas, y las otras 400 á 500: las cuatro restantes no eran nuevas, aunque sí fuertes, de 150 á 200 toneladas. Tres montaban 40 cañones de bronce y hierro, de los calibres de 48, 24, 12 y 10: las otras respectivamente, de los calibres de 24, 18 y 8; llevaban entre todas, además, 24 piezas de campaña con carruajes y cureñas de lancha para

doble servicio; gran parque de ingenieros, armas de fuego y blancas en abundancia y bastimentos para treinta meses, á razón de 1,500 hombres que componían las tripulaciones. Llamábase el vicealmirante Jan Hug.

Salieron del puerto de Texel á 29 de Abril de 1623, con propósito de establecerse en cualquier punto conveniente de la costa de Chile ó del Perú; apresaron la conducta de la plata que se enviara á Panamá y hacer el daño posible en mar y tierra, por lo cual no llevaban mercancías, como en otros viajes anteriores. Sobre la costa de Portugal apresaron cuatro naves que venían del Brasil; enviaron tres de ellas á Holanda con uno de los pataches, que era pesado de vela, sustituyéndolo con la cuarta presa; tomaron en la costa de Berbería otra nao flamenca, de cuya tripulación ahorcaron cuatro hombres; reconocieron la isla de Gran Canaria, yendo á fondear en la de Cabo Verde para reponer la aguada. Se detuvieron allí un mes; hicieron mucha cecina de las cabras que mataron; pusieron en la bodega la artillería gruesa, preparando los aparejos para la travesía del Atlántico, y echaron en tierra unos cien prisioneros portugueses y castellanos, conservando dos ó tres que les sirvieran de prácticos. Siguiendo desde allí la costa de África, como enfermara mucha gente, fondearon en un puerto de Guinea llamado Farallones, donde había factoría portuguesa, y tomaron de los negros carne, frutas y muchos limones con que curar el mal de *Loanda* (1) que les había causado sobre doscientos muertos.

Tanto les alarmó la epidemia, que fué acusado el médico primero de matar de propósito los enfermos, y confesándolo *en el tormento*, se le degolló. Corriendo más al

(1) Evidentemente el escorbuto.

Sur hasta el Cabo de Lobos ó Lope-González, atravesaron el Océano en once días, surgiendo en la isla Novoa, de la costa del Brasil, donde se procuraron refrescos con aquiescencia del gobernador. Siguieron hacia la Tierra del Fuego, entrando en el estrecho de Mayre, no sin malos tiempos, en que zozobró la carabela portuguesa, ahogándose 12 hombres y uno de los pataches con 8, á cuyas pérdidas se agregó la de 19 que mataron los salvajes estando cortando leña. Tardaron tres meses en pasar el Estrecho, dirigiéndose de él á la isla de Juan Fernández, con objeto sólo de rellenar la aguada; y porque no corriera aviso por la costa si los descubrían, hicieron vela directamente al Callao de Lima, pensando interceptar la flota de la plata. En Juan Fernández se les desertaron cinco artilleros y un carpintero: en el viaje siguiente apresaron una embarcación menor del adelantado Álvaro de Mendaña, con un capitán, dos marineros y dos negros, dándoles uno de estos últimos la triste noticia de haber salido días antes la flota de la plata, sin que ya pudieran alcanzarla. Díjoles, sin embargo, por congraciarse con ellos, que no se había embarcado toda, quedando como una mitad en Lima; y como le agasajaran, vistiéndole de terciopelo muy galano y sentándolo á la mesa del almirante, se espontaneó el negro en las noticias á lo que había y lo que no había, pintando como empresa sencilla el apoderarse del puerto del Callao y ciudad de los Reyes, por no haber prevención ninguna en ellas, ni bajeles de guerra, ni soldados, ni cañones, siendo, además, cosa llana alzar todos los negros esclavos del campo, que tenían puestos en ellos su esperanza, sabiendo que habían de darles libertad, siempre que el ataque se hiciera de pronto, sin dar tiempo á que se reunieran los españoles.

No exageraba mucho el negro, pues no había en el

:

puerto más que la capitana, que montaba 40 piezas y dos pataches con 8 cada uno, que no tenían gente; pero se habían hecho tres fuertes que sumaban 22 cañones y había alguno más en la playa: el presidio se componía de 400 hombres. Estando el almirante L'Hermite enfermo, sin poderse mover desde el Estrecho, Hug, harto crédulo, tuvo desde luego por suya la capital del Perú, y continuando la navegación, llegó de improviso el 7 de Mayo de 1624 á vista del valle de Mala, á once leguas de Lima; se acercó á la boca del río, poniendo incontinenti en las lanchas 1,000 hombres de desembarco, 6 piezas de campaña y material con que atrincherarse en tierra. Don Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcazar, virrey y capitán general, acudió al instante á la playa con la gente de su guardia y otra que pudo reunir, calmado la vista de los caballos el ardor que animaba á los holandeses, que por otra parte encontraron en la resaca dificultad de poner el pie en tierra: volviéronse, por tanto, á sus navíos, dando tiempo á que la alarma cundiera y fueran apercibiéndose los vecinos.

Cambió de consejo entonces Hug, destacando la noche del 11 las lanchas con 300 hombres y artificios de fuego que destruyeran las naves surtas en el puerto, singularmente la capitana, á que iba destinada una máquina diabólica, según concepto de aquellos tiempos; mas tampoco tuvo éxito la tentativa, siendo rechazadas las lanchas con 10 muertos y 20 heridos graves. El despecho le hizo fondear entonces la armada en la isla de San Lorenzo; y mientras armaba tres galeotas de á 20 bancos que en piezas transportaban las naos, como propias á las operaciones de costa, destacó cinco de éstas á intentar con mejor suerte un golpe de mano en el puerto de Pisco.

Nada más se saca en limpio de las declaraciones. Pre-

sumían los prisioneros que la armada holandesa subiría hasta Panamá é islas de Santa María, procurando incendiar los bajeles y sentar el pie en algún punto de la costa, y, no consiguiéndolo, que continuaría la navegación hacia las islas Filipinas.

El 12 de Junio reunió junta de guerra el Virrey, manifestando que con llevar el enemigo tanta fuerza no había conseguido hasta entonces cosa de importancia ; declaró que no se contaba con elementos para organizar armada, y que era, por tanto, necesario mantenerse á la defensiva como hasta entonces, lo cual se acordó.

Como á los holandeses, y sobre todo á la sociedad que costeaba el armamento, no habían de serle agradables las noticias de lo ocurrido, se compusieron á bordo otras más aceptables, inventando un combate naval y una victoria decisiva.

Una de estas relaciones, publicada en París, decía que cerca de Lima salió al encuentro de la armada holandesa, compuesta de doce naos, otra española de treinta. Al avistarla hicieron oración los invasores, y como estaban á barlovento, la atacaron sin titubear. El almirante y el navío *Unité de Encuise* abordaron á la capitana española; el vicealmirante y otro navío lo hicieron á la almiranta, mientras los restantes ocho naos hacían frente á toda la escuadra. Á la media hora era echada á fondo la capitana española, é incendiada la almiranta; dos horas después otros diez navíos españoles desaparecían entre las ondas ó las llamas, sin que los restantes quisieran rendirse, antes peleaban valientemente, pero con mal acierto, porque sus disparos pasaban por alto, mientras los de los holandeses daban en el blanco, como atestiguaba la sangre que salía por los imbornales. Al fin perdieron veintidós navíos, y cesó el combate, sin que los

holandeses perdieran más de dos, si bien se salvó la gente.

Si en aquel momento, sigue diciendo la fantástica relación, se hubiera atacado á la ciudad, sin duda alguna se hubiera tomado con gran beneficio; pero los navíos necesitaban perentoria reparación, y al día siguiente era ya tarde, por la mucha gente que había acudido de los campos.

La hoja que se imprimió en Amberes no llevó tan á lo heroico las nuevas; confesaba que supo L'Hermite por una presa la anterior salida de la flota de la plata que buscaba, y que no quedaba en el Callao más que un galeón rezagado con dos millones. Echó al agua catorce chalupas, y entró con ellas de noche en la rada, sin temor al fuego de ciento treinta cañones que la defendían; quemó diez y nueve carracas, infinidad de fragatas y también puso fuego al galeón real, pero no pudo apresarlo. En la operación no perdió más que un artillero cogido por los españoles, y por el cual supieron éstos que la armada holandesa había traído cuatro bergantines, cuatro urcas y once galeones, armado cada uno de éstos con treinta piezas, con un total de dos mil hombres y víveres para dos años.

Después del ataque de la rada, desembarcaron novecientos hombres, ensayando un avance infructuoso contra la ciudad, que estaba apercebida. En cambio, se apoderaron por sorpresa de Guayaquil, cogiendo botín por valor de 250,000 reales y derrotando á doscientos hombres que lo defendían; incendiaron el pueblo y seis navíos, sin más pérdida que la de cincuenta muertos, entre ellos un sobrino del almirante, dos cañones pequeños y algunos mosquetes y arcabuces.

Volviendo al Callao, apresaron siete naos cargadas de vino y harina; prepararon un brulote, que echaron de

noche, incendiando al fin el galeón real, con la sola pérdida de un hombre.

Estas relaciones acreditan una vez más la reserva con que deben estimarse á falta de más seguras noticias. Las que en conjunto han servido á la presente reseña son las siguientes :

«*Declaraciones* que dieron en Lima los días 12 y 21 de Mayo los artilleros de la escuadra holandesa de Jaques Tremit.

» *Acuerdos* de la Junta de guerra en el puerto del Callao á 12 de Junio de 1624.»

Ambos documentos en la Biblioteca de Marina, colección ms. de Navarrete, t. xxvi, números 49 y 50.

«*Recit veritable* du grand combat arrivé sur mer aux Indes Occidentales entre la flotte espagnole et les navires hollandois conduits par l'amiral Lermite devant la ville de Lyma, en l'anné six cents vingt-quatre. Á Paris. MDCXXIV, pour la vesve Abraham Sangrain, 8 fojas, 8.º menor.

» *La furieuse defaite* des espagnols et la sanglante bataille donnée au Pérou, tant par mer que par terre, les dits espagnols et les hollandois conduits par leur admiral Jaques l'Hermite. Á Paris, Chez Jean Martin. Iouxte la copie Flamande imprimée à Anvers, MDCXXV, 8 fojas, 8.º menor.»

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

CRÓNICA INTERNACIONAL

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE
ALFONSO BARCELONA

Errores económicos de la gran República sajona. — Diferencias entre los demócratas y los republicanos en América. — Orígenes del proteccionismo anglo-sajón. — La reacción económica en Europa y sus consecuencias. — Correlación entre la guerra por tarifas y la guerra por armas. — Daños traídos por los últimos *bills* americanos á la producción europea. — Necesidad que tiene América de compenetrar su política y su economía. — Situación de Portugal y España. — Buena ventura de Francia en este período último. — La muerte del rey Guillermo, la desgracia de Parnell y los crímenes nihilistas. — El resultado electoral en Italia. — El Papa y Lavigerie. — Los pietistas germanos y el Emperador. — Estado de Oriente. — Conclusión.

HACE ya mucho tiempo, en los hervores de la revolución española, cuando resonaba tanto por el mundo la tribuna de nuestras Cortes, que recibía y encarnaba el verbo de la civilización universal bajo las lenguas de fuego del espíritu moderno, parecidas á las que lloviera el Espíritu Santo sobre los primeros discípulos y Apóstoles de Cristo, presentóse á felicitarme, tras un discurso mío, cierto joven yankee, cuya visita jamás olvidaré por las especies que vertiera él en una conversación larga conmigo, rayanas, según su originalidad, con verdadera extravagancia. Viejo admirador yo de la joven República sajona, en quien el cristianismo democrático de los inmortales peregrinos con tanta verdad se cristalizara, no ponía término á los encarecimientos de mi admiración, sugeri-

dos por el culto fervoroso mío á las instituciones republicanas. Estaba reciente aún la guerra por los negros, mantenida en virtud de un sentimiento que avivó y esclareció más las estrellas del pabellón americano, gloriosas constelaciones donde lucen radiantes los ideales del derecho moderno, y vivas las palabras con que yo había defendido á los redentores contra los negreros; empeñado en una obra semejante á la inmortal de Lincoln dentro de mi nación, que aún sostenía la esclavitud por sus Antillas; y estas temporales circunstancias aumentaban mis efusiones, á las cuales se creyó en el caso de poner algunos prudentes frenos. Había emprendido nuestro interlocutor viaje tan largo, como el necesario para venir desde las orillas del Potomac á las orillas del Manzanares con tres objetos: primero, ver la increíble Alhambra; segundo, presenciar una corrida de toros; tercero, oír un discurso de Castelar. Alabéle su primer propósito con entusiasmo, y condené los dos últimos; su gusto de mis discursos, por no valer la pena, y su presencia en el toreo por darla demasiado á un corazón demócrata y puritano. Mas buscando una diversión al desasosiego en que sus alabanzas me ponían, encontréla por el camino de mis admiraciones, muy sinceras, á su patria y á su República. Y entonces me respondió que mi razón encontraría tres plagas en los Estados Unidos, las cuales eran á saber: la inmoralidad cancerosa de su administración, las falsificaciones increíbles de sus licores, la plétora desastrosísima de su tesoro. Recuerdo que me dijo en fórmula pintoresca: padecemos de perversos ayuntamientos, pésimos alcoholes y sobrado dinero.

Ya comprenderá, quien leyere, la cara que yo pondría en casa tan pobre como mi casa y en Estado tan mísero como el nuestro, al recuerdo del tesoro nacional

mermadísimo por la falta de tributos consiguiente á los desórdenes de una revolución, oyendo á un ser humano que se quejaba y plañía de achaque tan gustoso como la sobra y el exceso de cuartos. No eché á reir el trapo, simplemente porque un soberano dominio sobre mis nervios y un hábito antiguo de recibir visitas me imponen como sagrados los códigos de la cortesía, vigentes en las comunes relaciones humanas, aunque mucho más todavía en las relaciones internacionales. Sin embargo, yo debí poner el rostro muy extrañado y alegre, cuando se apresuró á decirme que no me riera de sus aserciones, algo para mí nuevas, y escuchara los fundamentos de razón y experiencia en que las erigía. Cortando con celeridad el hilo á sus aprensiones, aseguréle cuán justa me parecía su pena por la falta de rectitud en la municipal administración, enfermedad grave, de cuyos estragos adolecíamos nosotros también; pero cuán injusta la que á su ánimo tan patriota causaban dos fenómenos sociales, uno insignificante, como los malos licores, y el otro feliz, como los buenos excedentes. « ¡Insignificante la calidad pésima de los licores!, me dijo, indignándose por la incomprendible indiferencia mía respecto de tal cosa. ¡Cómo se conoce que ha crecido V. en pueblos mediterráneos, agudados de suyo! Si viviera donde se necesita el alcohol como aquí el agua, comprendería toda la extensión del mal, por mí tan ingenuamente lamentado, probando mil observaciones en la diaria vida el daño traído á la salud material, intelectual y moral por venenosas bebidas. Luego la cuestión de los alcoholes en el consumo, como la cuestión de los excedentes en el Tesoro, están ligadas con el daño capitalísimo de mi patria, con aquel donde radican todas las imperfecciones de unas leyes constitucionales tan sabias y de un organismo político tan perfecto; con la

protección que paraliza el trabajo nuestro y aísla de la humanidad al más humanitario y más progresivo de los pueblos. Por esa protección la fábula del rey Mydas toma cuerpo en el ser y estar económico americano, viéndonos expuestos á morirnos al pie de nuestros productos, cual puede por plétora desorganizarse y romperse nuestro tesoro. Mucha sangre tenemos, ¡oh!, muchísima; y, por lo mismo, nos hallamos expuestos á sufrir una fulminante apoplejía.

No he vuelto á tener noticia del interlocutor, desaparecido en la corriente de los viajes, que traen á unos y se llevan á otros; pero en cuantas ocasiones la protección casi prohibicionista y el comercio libre han luchado en América, las observaciones del joven americano han surgido en la mente mía, mostrándome su fundamento y su verdad. Por mucho que deseemos excusarnos de inscribir nuestros nombres en las ardientes luchas de los partidos extranjeros, el pensamiento no puede sino ejercer sus juicios sobre todos ellos por necesidad ineluctable, y, ejerciéndolo, no puede sino inscribirse con preferencia en alguno: pues creo imposible impedir á las dobles corrientes de nuestras creencias y de nuestras simpatías mezclarse con la humana vida en todas partes y en todas las varias manifestaciones suyas. *Nihil humani a me alienum puto*. Así yo, en América, pertenecí al partido republicano toda la vida. En su combate con los oligarcas del Mediodía, yo estaba por la colectividad representante del humano derecho y enemiga de la torpe servidumbre. Sus mártires ocuparon en mi corazón un altar como el consagrado á nuestros propios mártires. Las obras de la imaginación, dirigidas entre los anglo-sajones á procurar la libertad de los negros, devorábalas yo de niño cual nuestras propias obras literarias. Los sermones de los ecle-

siásticos unitarios y las arengas de los tribunos populares entusiasmaban mi pecho, no como entusiasmo lo leído en una silenciosa biblioteca, sino como entusiasmo lo escuchado en la plaza pública. El nombre de Lincoln resplandece á mis ojos cual el de todas aquellas personas históricas á quienes convertimos en ideal vivo, á virtud y por obra de un fervoroso culto. Yo he sido siempre republicano en América, porque yo he llorado en el patíbulo de los mártires y he asistido al combate de los héroes con mi corazón y con mi espíritu. Cuando cayó la Babilonia de los negreros, todos respiramos como en los días creadores del Génesis de nuestra propia libertad. Pero debemos como publicistas la verdad á nuestros hermanos, y se la decimos con toda lisura: la protección, en que han caído, los coloca hoy dentro del problema de las relaciones económicas humanas donde se hallaban por su mal antes los demócratas dentro de otro problema no menos trascendente y grave de la libertad y de la igualdad en el trabajo universal. Y dicho esto, pues mucho importaba decirlo en el examen de tan graves fenómenos como la economía sajona en América, vamos á otras consideraciones.

Desconoceré yo la fisiología de una sociedad humana; pero creo el mérito mayor de la sociedad sajona en América su organismo relacionado con el trabajo. Así como hay especies carniceras, hay sociedades conquistadoras; y así como hay especies industriales, hay, por una correlación entre la sociedad y el universo, también sociedades trabajadoras. Las hienas, las águilas y milanos, los tigres, los leones, incapaces de asociarse á la creación y á la virtud del trabajo nuestro, representan, como los animales heráldicos en viejos escudos, esos imperios destinados á la conquista y nutridos por la guerra; mien-

tras representan las abejas y sus mieles, los castores y sus chozas, las bombices y sus sedas en las especies lo que representan en el planeta las sociedades libres, democráticas, republicanas. Pues bien : América esplende como ningún otro pueblo en los hemisferios del espíritu, porque representa lo contrario precisamente á la guerra; y por ello el reemplazo de los ejércitos numerosos por los numerosos trabajadores compone y resulta la verdadera característica de su maravillosa entidad. Y si esto es axiomático, ¿no comprende cómo al fomentar la guerra, donde más la indispensable armonía se impone, aquí en las esferas económicas y mercantiles, desmiente su ministerio social, desconociendo su finalidad humana, y por proceder así, puede hundirse por necesidad en el mal, como les acontece á todos cuantos contrarían el bien, que se halla en la observancia de nuestras leyes naturales y en el cumplimiento de nuestro fin providencial? La guerra económica, en término postrero, adolece de tan enorme pravedad como cualquier otra guerra y mal. Á medida que descendemos en las escalas animales, encontramos el odio y el combate mutuo entre las especies; á medida que descendemos en las escalas sociales, encontramos la guerra entre las tribus donde no han madurado la razón y la conciencia. No puede, no, un pueblo de la inconmensurable alteza, por todos reconocida en los Estados Unidos, llegar, dentro del desarrollo humano, á un retroceso que lo confunda, en el continente de la Democracia, de la República, de la Libertad, con lo que fuera China en el continente de las monarquías, del privilegio, del retroceso, en Asia, condenada por su compleción propia y por su ministerio histórico á un profundo estancamiento intelectual y económico.

Por mucho que nos duela tal estado, contrario á los in-

tereses de la humanidad , cuyo desarrollo deben servir todos los pueblos libres y cultos, no podemos desconocer los antecedentes antiguos y las circunstancias actuales, que dan explicación, aunque no alcancen á justificarlas, de tan dañosas tendencias. Constituido el pueblo americano recientemente, sobre todo si la fecha de su constitución se compara con la que otros pueblos guardan en sus anales, debía constituirse contra su metrópoli, frente á la cual se alzaba con gloria, y de cuyo Estado y Gobierno se dividía con esfuerzo. Potencia industrial de primer orden la vieja metrópoli de los Estados Unidos, el preclaro fundador de la nueva Confederación y sus ilustres cooperadores, herederos y reemplazantes de aquel poder, viéronse precisados por la magnitud propia de su obra, y por los medios empleados en lograrla completamente, á separar su industria colonial de la industria metropolitana. Inferior aquélla por imposiciones del régimen á que se hallaba sujeta , no podía entenderse y aunarse con ésta, su madre antes de la guerra, y tras la guerra su madrastra. Por consiguiente, mientras duró el combate por la independencia y la organización al triunfo adscrita, una guerra cruel debió extenderse á todo, y una contradicción implacable imperar, sobre todo en cumplimiento de leyes ineludibles. Las ideas nuevas maldicen y aborrecen á las viejas ideas de que provienen; las instituciones surgen como enemigas de las instituciones que las han precedido en las lógicas series; los pueblos recién emancipados se revuelven contra las metrópolis que los han á sus pechos nutrido. Salió la Iglesia católica de una conjunción entre la sinagoga judía y el paganismo heleno; mas, desconociendo por completo tales orígenes al comienzo de su vida, maldijo la Iglesia en tales albores á su padre y á su madre. Llámense los pueblos occidentales del europeo

continente pueblos latinos, por su lengua, por su fisiología, por su historia; y, á pesar de esto, resistieron en lo posible á la dominación romana, y de la dominación romana se apartaron para constituir su independencia. No podrá exentarse de pasar por semejantes períodos el pueblo que inició la autonomía de todos los pueblos americanos y que cortó los cables políticos mediadores entre los dos continentes. Receloso de que la superioridad industrial de Inglaterra pudiese dañar á la independencia política de su joven emancipada colonia, declararon como en estado de sitio su industria propia, y la recluyeron dentro de un cordón aduanero tan estrecho y sigiloso como aquellos que suele poner el terror público entre las regiones limpias ó sanas y las regiones afligidas por las aisladoras epidemias. El régimen aduanero de América resultó un estado de guerra declarada contra la secular metrópoli, así como las aduanas fortalezas erigidas en defensa del territorio emancipado contra un viejo y formidable sitiador, cuyas asechanzas pudieron coronar inevitables victorias.

Pero, definitiva ya la separación entre los Estados Unidos y la monarquía inglesa; destinado el pueblo inglés á copiar en porvenir más ó menos remoto las leyes americanas, mientras que la Monarquía no puede revivir en América; todas las precauciones tomadas al fin de precaver la nueva contra la vieja Inglaterra, y aquella constitución contra el contagio de los miasmas monárquicos, hoy huelgan, imponiéndose la sustitución y reemplazo de semejantes arqueológicas contradicciones por una efusión humanitaria, la cual debe impulsar los cambios universales, como el calor cósmico impulsa la fuerza y el movimiento sideral. Habiendo pasado el período fatalísimo en todos sentidos de la oposición, y al par las

contradicciones antiguas, el Nuevo Mundo combate sus destinos providenciales y aun traiciona su ministerio histórico, agravando cual agrava en este momento su protección aduanera, convertida, por decretos verdaderamente odiosos, en una desoladora prohibición. Yo conozco, en la serenidad imparcial de mi juicio, cuántos pretextos ha dado al proceder americano la Europa contemporánea. Parece imposible; mas cuando imperaba una reacción política como la reacción cesarista, teníamos, en cambio, una grande libertad económica en el continente nuestro. A poderes tan reaccionarios como aquellos régu-los germánicos dominados por el viejo Sacro Imperio, les impuso Litz, su fundador, el Zolverein alemán; y en los senos de la Inglaterra patricia y de la Francia imperial, encontró el ilustre Cobden medios de prosperar la expansión mercantil contenida en sus humanitarias doctrinas. Pues bien: ahora contra el Imperio, fundada la República en Francia; contra el feudalismo histórico y el César austriaco, fundada la unidad en Alemania; contra la teocracia y los Borbones, fundada la unidad en Italia; contra los terratenientes moscovitas, alcanzada la emancipación de los siervos en Rusia; el movimiento político todo se dirige al humano derecho, mientras el movimiento económico á la bárbara retrogradación. El espíritu socialista de Bismarck, sumado con tendencias reaccionarias en economía política; y el proteccionismo intransigente de Thiers, coincidiendo todo ello con la restauración borbónica en España, determinaron este retroceso económico, por cuyos estragos los productos no pueden moverse, cuando debieran, como los átomos, irradiarse, reinando en las relaciones económicas internacionales el odio exterminador y la ruinosa guerra.

Esta pestilencia de la reacción económica se volvió

contra la joven América. Parangonando los reaccionarios europeos la esterilidad creciente del Viejo Mundo, explicable por el esquilmo de una muy trabajada tierra, con los fecundísimos territorios americanos de naturaleza virgen; las instituciones democráticas, tan apropiadas al trabajo, con las instituciones monárquicas, tan apropiadas al combate; nuestros ruinosos armamentos con aquel feliz desarme, dieron el grito de alarma; y lejos de aconsejar, como pedía el más rudimentario buen sentido, una grande adaptación de nuestra vida continental á la vida propia de los americanos, propusieron odiosa y desoladora guerra económica. Mientras América, no obstante su reaccionario proteccionismo, goza la libertad mercantil desde las playas del Atlántico á las playas del Pacífico, sin levantarse la sombra de aduana ninguna entre Nueva Yorck y San Francisco; allí los pueblos europeos se dieron entre sí al exterminador combate mercantil, y se juntaron todos á una en oposición á los productos americanos. Cargaron las salazones y cerdos de América; cargaron los trigos; cargaron los petróleos: atrayéndose así las plagas de los desquites y los horrores de las represalias. Creyeron alcanzar su provecho con guerrear, cuando sólo alcanzaban desangrarse por completo económicamente, y morirse al pie de sus productos, como se muere todo aquel á quien se le congela y paraliza la sangre. Con tal guerra económica, declarada por los unos á los otros, y por la universalidad á los productos americanos, consiguieron solamente un resultado: que de la protección por el Estado á los altos industriales y agricultores se pasase á la protección del Estado al jornalero con todas sus desastrosas consecuencias; y la protección trajo consigo el socialismo, su hermano gemelo. Mas como no haya en Europa

satisfacción posible á las imperiosas y universales aspiraciones socialistas, despertadas por el error de las protecciones sistemáticas, se desplomaron los gobiernos europeos en otra ruina mayor todavía, si cabe, que la economía proteccionista y el socialismo asolador; en la ruina espantosa de los acaparamientos coloniales. Y Francia se desunió para siempre de Italia por Túnez; y Alemania se indispuso con Inglaterra, España y América por su protectorado de Zanzíbar, por su ataque á las Carolinas, por sus asechanzas á las Samoas; y el pueblo inglés devoró al pueblo lusitano con la implacable voracidad que á los peces chicos los peces grandes; y la diestra Italia disipó tesoros múltiples de sus arcas y preciosísima sangre de sus venas en los desiertos líbicos; todo por dar ocupación al exceso de brazos y factorías al exceso de productos, no hallando ninguna otra cosa más que la desolación y la miseria. El armamento excesivo, el Imperio cesarista, el proteccionismo asfixiante, y el socialismo en que se mezclan anarquía y retroceso, tienen poco menos que arruinada nuestra fecunda y luminosísima Europa.

Dolémonos de América, y olvidamos que nosotros, europeos, dimos la orden de una guerra económica continental, precursora de la guerra económica intercontinental. Tras la célebre alianza entre Francia é Inglaterra sobre los campos de Crimea contra el predominio ruso en Oriente, vino el tratado liberal anglo-francés; y tras el rompimiento á las orillas del Nilo por la ocupación egipcia, viene toda esta guerra llegada hoy á su extremo último en el proyecto de las dos tarifas presentado por la República. Mientras Bismarck tenía interés en cegar á Francia para que le dejase las manos libres contra el Austria, sostenía en sus conversaciones públi-

cas y privadas cómo les importaba más que las dilataciones territoriales la extensión del Zolverein germánico á los franceses tan colocados sobre los alemanes en la moderna industria ; y así que los engañó, mejor dicho , engañó al Imperio , no se contentó con la conquista material de dos provincias , impuso también su predominio económico en el tratado terrible de Francfort , artículo cuya letra y espíritu le sirvieron para extender los productos industriales de su Confederación por todas las regiones de nuestra Europa . Los esfuerzos que Alejandro II , último representante de la idea occidental en Rusia , empleara con el fin de comunicar esta potencia semi-asiática y el resto de nuestro continente , se han estrellado , no sólo en el mantenimiento de una grande reacción política , en el mantenimiento de una grande reacción económica . Congruentes con los conflictos en mal hora estallados entre Italia y Francia , surgieron los conflictos de la guerra económica , tan dañosos á las dos potencias , que cada cual echa sobre la otra su responsabilidad , y tan ineficaces para las enseñanzas , las experiencias y los escarmientos , que crecen lejos de disminuir y aplacarse . Nosotros , durante la revolución , así como en lo religioso y en lo científico , rompimos en lo mercantil aquellas murallas infranqueables que nos aislaban del mundo , y las rompimos con extraordinario provecho de nuestra riqueza ; mas , vino la Restauración , y tornamos á recluirnos dentro de nosotros mismos y á urdir tratados como el de Alemania , en que sacrificamos todos nuestros progresos económicos al mantenimiento de la reacción monárquica europea , cuya clave se halla en el Imperio alemán . Inútilmente muestra la realidad que si declaramos la guerra económica , y á consecuencia de tal declaración , la Gran Bretaña grava nuestros hierros , nuestros plomos , nues-

:

tras pasas, nuestros agrios, nuestros aceites; los Estados Unidos nuestros tabacos, nuestros azúcares, nuestros cafés; y Francia nuestros vinos, podemos quedarnos á pedir limosna; la reacción proteccionista crece, y ha servido, en su incurable ceguera, de apoyo á la vuelta de los conservadores y á la rota de los liberales. Digámoslo paladinamente: un soplo de asoladora reacción económica sacude á Europa desde la ciudad de Stockolmo hasta la ciudad de Cádiz.

En esa misma Inglaterra, eterna mantenedora del comercio libre, no existe un gobierno radical bastante fuerte para desafiar á la casta privilegiadísima de los cerveceros y abrir en bien de la moral y de la salud públicas, perturbadas por dañosas bebidas, las aduanas á nuestros riquísimos y salutíferos caldos. Pésima la reacción económica que han consagrado los desatentados *bills* puestos en vigor á causa de una gran ceguera en América; pero no desconozcamos cómo aquí en Europa comenzó el retroceso, de cuyas últimas naturales consecuencias hoy tan terriblemente nos dolemos. Si por las disposiciones económicas, que llevan el nombre de Mac-Kynley, padecen los tejidos de Nuremberg en Alemania, la peletería y la pasamanería; si padecen los guantes y casi todos los curtidos en Austria; si padecen los bordados y los encajes en Suiza; si padecen los algodones y los aceros en Bélgica; si padecen los hierros y los fósforos en Suecia; si padecen las conservas y el papel en Holanda; si padecen las frutas y los mármoles en Italia; si padece la sedería en Francia; si padecen los vinos y los azúcares, y las pasas y los tabacos, y hasta los tejidos catalanes entre nosotros; cúlpese á la reacción económica europea, que se ha gozado en declarar una guerra continental interior, de la que proviene ahora una guerra exterior interconti-

mental, á cuyos golpes hoy periclita el trabajo en todas sus manifestaciones y en todo el planeta. No exculpan estas verdades á los Estados Unidos. Los pueblos, como los individuos, conforme suben á las altas cimas de un ilustre renombre, contraen una inexcusable responsabilidad. No se puede representar dentro de las fronteras propias la paz, la libertad, la democracia, la república, el trabajo progresivo, y fuera la reacción, el combate á muerte de las razas, el retroceso en las relaciones humanas. El pueblo que ha descargado la tempestad y sometido el rayo; puesto en las entrañas de nuestros buques las calderas de vapor para que sometan las olas y anden á todos los vientos; dado á la palabra nuestra la rapidez del relámpago; extendido la voz humana por toda la redondez del planeta, merced á los milagros del teléfono, comunicado por las cuerdas mágicas del cable arrojadas en la profundidad del Océano á las más apartadas tierras; encendido la luz eléctrica en la frente de nuestra especie; tiene que contribuir con las libertades completas del trabajo y del cambio á la efusión universal.

Los acontecimientos europeos con tanta rapidez corren y en tanto número se aglomeran, que tiempo material nos falta de notar su multiplicidad y su importancia. Mucho se van los ánimos calmando en Portugal, después que ha transigido Inglaterra un poco en el asunto africano y puesto ligera sordina en las cláusulas de aquellos convenios, á cuya virtud se produjeron choques eléctricos tan tonantes y tempestuosos. La conformidad con ciertas restricciones á lo pactado en el estío último revelaba el fenómeno de haber arribado á Lisboa un escuadrón colonial reunido en Río Janeiro para defensa de la madre pátria, y no haberse determinado con esta ocasión y motivo ninguna de las ruidosas manifestaciones á que hace poco

se daba Portugal en los espasmos propios de su aguda neurosis. Un desaire á la Reina hecho por la tripulación de buque oficial surto en el Tajo, y las ardentísimas proclamas de los estudiantes, partiendo, no sólo contra el Gobierno nacional, por traidor, contra los jefes de la democracia, por pacatos, son los dos acontecimientos únicos generadores de algunas inquietudes. En cambio, la ola política sube y sube mucho en España. Un mal año, á cuyos estragos hemos ocurrido con algún remedio en las leyes, tristemente se arraiga y encona en las costumbres: el desorden, por no llamarlo de modo más duro, el desorden electoral. Habían las Cortes últimas tratado de tenerlo á raya y disminuirlo en lo posible con la institución de la Junta central, compuesta de las primeras autoridades parlamentarias y encargada de velar por la salud y robustez de la raíz en toda elección, por la salud y robustez del censo. Mas, á fin de que tal Junta prestase los múltiples bienes, á cuya generación la llamaba el espíritu de las nuevas leyes electorales, necesitábase un Gobierno partidario del sufragio universal, armónico y de acuerdo con la noble y altísima institución inspectora. Mas han venido á practicar el sufragio universal sus mayores contrarios y han puesto empeño en adulterarlo antes de nacido y en reñir con su más elevada y genuina representación legal. De aquí un estado patológico nacional bastante peligroso. Fernando el Católico decía que nada tan difícil como desunir á los aragoneses y unir á los catalanes entre sí: yo digo, nada más difícil de subvertir que nuestro vecino Portugal y nada más fácil que nuestra propia España.

El establecimiento definitivo, é incontestado ya, de la República en Francia, trae á esta generosa nación bienes de que nos holgamos todos cuantos queremos la

democracia en Europa. Constans entró en el retablo de los pretendientes, y dió en tierra con todas sus siniestras figuras, al soterrar su esperanza última, el demagogo y cesarista Boulanger. Desde que crisis tan grave pudo sobrepujarse con habilidad tan feliz, el régimen democrático sólo encuentra en su desarrollo facilidades, alistando bajo su enseña luminosa día por día múltiples desertores de las oscuras enseñanzas monárquicas. M. Piou ha iniciado este movimiento, muy parecido al que detuvo hace tres años la inesperada súbita muerte del joven orador imperialista, mi amigo Raoul Duval. Y, al iniciarlo, aguarda solamente de los republicanos consideración para los católicos en dos leyes tan graves como las leyes de pública enseñanza y de servicio militar, donde radican las capitales diferencias entre los conservadores y los radicales franceses. La dificultad para una inteligencia resulta grandísima, pero no invencible. Muy tarde se prestará el partido republicano á ceder en cuantos progresos haya conseguido sobre los privilegios de la teocracia; pero con suma circunspección debe apreciar lo factible hasta en tal punto, si quiere unir y allegar fuerzas á institución tan contrastada por todos los reaccionarios del mundo como la institución republicana de Francia. Leon Say llega, según mi sentir, á lo más justo, á lo más conveniente, á lo más político en esta materia, cuando propone, con reflexión madurísima, no la renuncia imposible á principios consubstanciales con la moderna civilización, el tacto más exquisito y el pulso más firme y sereno en sus aplicaciones, á fin de armonizar todos los contradictorios intereses del progreso y de la estabilidad. No será la primer antinomia que, irreductible de suyo en síntesis dentro de la razón pura, se ha reducido y armonizado dentro de la razón práctica. Lo cierto es que á diario

registra la República sus victorias. Los cesaristas ya no existen. Se han devorado, como los peces, unos á otros. *Le Figaro*, el periódico de la elegancia parisién, publica esta fórmula de clara exactitud: «Tenemos en Francia muchos conservadores, pocos monárquicos». Eminencia tan alta en todos los sentidos de tal moderno vocablo, poco aplicado por los viejos españoles á las alturas morales, como el cardenal arzobispo Lavigerie, ha pronunciado en una comida, por él dada, con orgullo á los oficiales de la marina nacional, su adhesión á la República, y después ha mandado que tocara la música de los Carmelitas el himno de la República universal á los postes, la sublime animadora Marsellesa. Hasta el Banco de Inglaterra, la vieja rival de Francia, se ha visto en estos días, felices para la libertad, obligado á demostrar el poderío francés en todos los órdenes de la vida, emprestando á su copia de riquezas, producto del trabajo y del ahorro, acumuladas en los sótanos del Banco Nacional, setenta y cuatro millones de francos en oro. ¡Cuál satisfacción para cuantos hemos dicho que restauraría Francia en las instituciones republicanas su gloria y su prosperidad!

Pero hay tristísimas notas en este concierto de venturas dentro y fuera de Francia. La dinastía de Orange se ha extinguido. El postrimer descendiente de aquel joven, sobre cuya espalda se apoyaba Carlos V en el acto de abdicar la corona de nuestra España, cuyos esplendores competían con los esplendores del sol, ha muerto después de haber dado sus presidentes más excelsos á la República holandesa y sus reyes más parlamentarios á la Monarquía británica. El principio de casta y herencia con sus caprichos disminuyó en tales términos á los representantes varones de la dinastía, que sólo quedan, representando

el viejo histórico derecho, una tierna niña como la reina recién proclamada, que cuenta diez años, y otra reina, la regente viuda. El ducado de Luxemburgo, donde impera la ley sálica, pasa, por su parte, á la dinastía de Nassau. Otro rey parece también muerto, un rey sin corona, el célebre Parnell. Sus enemigos han tratado á una de perderlo en su vida privada, ya que tanto mal en su hercúlea y casi legendaria vida pública les causara. Enamorado de la mujer de un partidario suyo, conocido bajo el nombre de O'Shea, y habiendo con ella sustentado relaciones amorosas por mucho tiempo, el marido se ha enterado ahora, y, delatándolo á los tribunales, ha conseguido hacer pública su propia deshonra, y desconsiderar ante la opinión al jefe de los irlandeses. Discútese ahora con sumo empeño el papel que puede representar, tras este proceso, en la política patria, y no falta quien lo crea perdido para siempre. Sin embargo, la prensa tory ha mostrado un tan vivo interés en su perdición, que podría la horrible saña suya restaurarlo en el sentimiento irlandés, y levantar del cieno su maltrecha y desceñida corona. Entre tanta tragedia, la muerte del general moscovita Sliverstroff ha despertado viva emoción. Funcionario de la policía secreta en San Petersburgo, y enviado á París con tan feo carácter, habíase muchas veces ensañado en los nihilistas allí refugiados, y no desceñidos ni por la proscripción de los brazos del Czar. Últimamente había enviado al proceso de una joven rusa, comprometida en aquellas intrincadas conspiraciones, papeles sorprendidos en París, tan graves, que la condenó á pena capital el consejo de guerra, y la ejecutaron sin piedad los verdugos imperiales. Á estas muertes acompañan y suceden otras muertes en las civiles guerras entre los dos partidos rusos. Así un polaco vengador se

fué la otra mañana en París al Hotel de Baden, donde se alojaba el implacable general, y, trasmitiéndole una tarjeta de invitación para el concierto de cierta sociedad franco-rusa, establecida en la calle Real, logró penetrar hasta su cuarto, y, una vez en él, aplicóle segura pistolilla de salón al oído derecho, disparándola con apunte cierto, y le derribó por tierra como herido violentamente de un rayo. Á los pocos minutos expiró sin proferir palabra. Esta muerte demuestra cómo el despotismo no logra nunca la necesaria tranquilidad, y cómo nunca concluyen las conspiraciones en Rusia.

Las elecciones de Italia despiertan hoy con suma viveza el interés general. Muy exaltados los ánimos allí, á causa de la política extranjera sustentada por Crispi, como á causa de las calamidades interiores por tal política desatadas en las fabriles industrias y en la general agricultura, temían unos y aguardaban otros, si no una reprobación paladina, siempre difícil, dadas nuestras costumbres meridionales, más amigas de la manifestación tumultuaria que del voto reflexivo, un contraste y un límite opuesto, á tantos y tan desastrosos errores por un grupo de representantes considerable y de alta calidad. Alimentaba tales seguridades de la opinión en el resultado electoral definitivo, la frialdad con que Italia oyera en los meses últimos la facundia de su primer ministro. Consagrado á la política exterior su discurso de Florencia y á la política interior su discurso de Turín, en uno y otro encontrara el sentimiento italiano margen y ocasión á muchos y muy fundados reproches. En esta última ciudad, particularidades enojosas del sitio y del momento en que fuera público el discurso, acrecentaban este general enojo. Difusa, leída con voz cascada, impresa por una insana solicitud antes de leerse, la triste arenga ministe-

rial había cedido en daño, y no en bien y ventaja de su autor, el primer ministro. Á pesar de lo muy escogida que fué la concurrencia y de lo muy preparada que la reunión estuvo, aquella fatigosa lectura, interrumpida por toses del orador leyente y por vueltas de las hojas impresas, produjo á la postre un patentísimo fracaso. Alguna que otra maligna interrupción agravó las nocivas impresiones. Como hablase Crispi de la quebrantada economía nacional y de sus remedios, exclamó donoso bromista, interrumpiendo : «Enviadla pronto al Dr. Koch». Pues bien : el caso es que acaba de obtener Crispi un señaladísimo triunfo. De quinientos diputados, habrá contra él cien. Y éstos pertenecerán, en su mayor parte, á las inútiles é inofensivas oposiciones radicales, que no han aparecido más numerosas en los escrutinios por su absoluta falta de tacto y su excesiva sobra de discordes fracciones. Los que pudieran sustituir á Crispi, los capitaneados, bien por Nicotera, bien por Bonghi, bien por Magliani, todos yacen rotos sobre los campos de batalla en vergonzosísimas rotas. Yo atribuyo, en mi juicio, su infortunio á error tan grave como la separación de dos factores estrechamente unidos en el Estado, como alma y cuerpo en el hombre, la separación entre la política exterior y la política interior, que se corresponden y armonizan, sobre todo en Italia. El intento de vencer á Crispi, manteniendo su propia política extranjera, paréceme un vano intento. El mal interior de Italia está en lo excesivo del presupuesto de gastos, y lo excesivo del presupuesto de gastos dimana originariamente de la política exterior. Mantener esta política desastrosa y derribar á su más ilustre mantenedor aparece como un contrasentido, cuyas consecuencias tocamos ahora en las elecciones. Á pesar, pues, de la oposición larga contra Crispi,

que ha batido las olas de cóleras múltiples y elevádolas al cielo en tantas deshechas borrascas, el ministerio triunfó, por la división entre los candidatos demócratas y la timidez de los opositores monárquicos. Un solo hecho ha causado extremo júbilo: el nombramiento de cierto diputado irredentista por la Ciudad Eterna. Con tan plausible motivo, han menudeado mucho las manifestaciones de júbilo en las calles y hasta corrido cohetes de colores por los aires. El afligido que así no se consuela en este mundo, es porque no quiere consolarse.

Puesto que hablamos de Italia, parémonos á contemplar el Vaticano. Mucho se ha picado la curiosidad pública por saber la consiguiente acogida que dispensaría León XIII á Mons. Lavignerie, nuevo Cardenal republicano. Así, en seguida corrió la especie de que contra el escándalo eclesiástico, puesto en vías de protestar, por haber tocado la *Marsellesa* los padres Blancos á una señal del Arzobispo, había el Papa soltado esta especie: «Ya preferiría yo ahora oír la *Marsellesa* desde mi palacio á oír la Marcha Real». Si la gracia fué inventada ó dicha, no hace al caso en esta época de la publicidad y de las publicaciones; lo que hace al caso, es decir cómo un periódico, inspirado arriba, el *Monitor de Roma*, propende á las ideas del Cardenal, quien corrobora lo dicho en Argel, añadiendo que la nación única donde hay Estado católico, es el Ecuador, una República; y la nación donde se reconoce la libertad cristiana, es otra República, la República sajona. El clero francés y los partidos monárquicos no quieren oír por la oreja que les comunicara la para ellos terrible salida de Lavignerie. Así, Mons. Freppel, tan combatiente y pendenciero, ha roto por la calle de en medio y puesto al atrevido Prelado innovador como no digan dueñas. Ayúdanle

ahora en tal tarea la *Gaceta* de Francia y otros ultramontanos periódicos. En uno de los más reaccionarios, escribe cierto publicista muy extravagante, que se llama católico masón, caballero de Cristo Rosa Cruz, mago por oficio, venido á unir el dogma universal y la ciencia cabalista, quien declara cismático á Lavigerie, por demócrata, y se propone preguntar al confesor suyo de la próxima Pascua, si ha entrado en tales herejías, para dirigirse á su Prelado de París en persona y rogarle que le designe á él, penitente piadoso y ortodoxísimo, confesores incapaces de creer en la República francesa. Pero no están en lo justo quienes así desvarían é ignoran lo que realmente les conviene. La máquina enorme que ha cometido el pecado, imperdonable para los ultramontanos, de haber convertido la Europa teocrática en Europa civil y laica, no ha sido la República, no; ha sido la Monarquía, principal autora de todas cuantas regalías han pesado, á guisa de cadenas, desde largo tiempo, sobre la Iglesia y su autoridad. Monarcas y monárquicos fueron los que desorganizaron las dos grandes milicias del Papa, los Templarios en la Edad Media, los Jesuítas en la Edad moderna. Monarcas y monárquicos fueron los que dieron al Estado la parte del león en el asunto de las investiduras y destituyeron á la Iglesia de sus más altas prerrogativas. Monarcas y monárquicos aquellos filósofos con corona, servidos por otros filósofos con cartera, José II, Carlos III, Pombal, Choiseul, Aranda, que iniciaron la revolución y combatieron á la Iglesia. No es mucho, pues, que así el arzobispo Lavigerie como el Papa León XIII, recuerden todo esto y procedan en consecuencia.

Las cuestiones teológicas no imperan aquí tan sólo entre nosotros los occidentales; embargan mucho los áni-

mos en el Oriente y en el Norte de nuestra Europa. Desde la proclamación en el Imperio germánico de un César, como Guillermo II, juzgado por todos universalmente de oposición radical á su padre muerto, el infeliz Federico III, las agitaciones religiosas y las agitaciones comunistas hanse juntado allí en triste coincidencia. Uno de los engaños más difundidos por la ignorancia en que todos estábamos del temperamento natural á un joven originalísimo y extraordinario, era creer fórmula de su política religiosa la vulgar de pastor tan célebre como Støcker. Antisemita éste, con propensiones á una doctrina socialista de la Iglesia, muy vaga; fanático por las creencias protestantes; en pugna con todos los que disentían de la realeza ó de la religión oficiales, creíamoslo el verdadero Profeta de un dios casi niño como Guillermo, poco apercebido á pensar sobre tan vastos y profundos problemas con personal independencia. Por este motivo y razón, el socialista de la cátedra, muy religioso, nerviosísimo, intransigente, locuaz, inquieto, parecíanos á todos el destinado á pensar en religión como pensaba tan exaltado y feroz ortodoxo. Mas nos habíamos engañado. Los ensoberbecimientos de su orgullo, las intemperancias de su lenguaje han perdido al diablo predicador. Lo que mayor daño le infiriera fué la familiaridad, con que llamó su amiga, sin empacho, á la Emperatriz de Alemania. Para penetrar en lo enorme del desacato y comprenderlo, necesitase alcanzar un poco el ceremonial de las cortes imperiales y el espacio inmenso mediante allí entre los Monarcas y sus súbditos. Mas no paró en esto el atrevimiento suyo; presentóse con altivez en una de las regiones más liberales que tiene Alemania, en el gran ducado de Baden, y se disparó á predicar contra la tolerancia religiosa y la libertad científica. Tachadas tales predica-

ciones de incómodas por el Gran Duque, tío de Guillermo, el apóstol se llevó diversas repulsas, las cuales han determinado el alejamiento de la corte así como la sabia limitación á sus increíbles exageraciones. Nótese que si el Catolicismo por boca de Lavigerie, á quien acaba de secundar el obispo de Annecy con mucho calor, propende hacia la República en Francia, la exageración, que llamaremos pietista en Alemania, esa especie de ultramontanismo luterano, si vale reunir palabras tan discordes y contradictorias, baja por series de su antigua intensidad y se ve forzado por la necesaria lógica de los hechos á una irremisible transigencia.

Pero donde más las cuestiones menudean es en Oriente. Cosas tales como un asunto de divorcio y otro asunto de vestido, que parecen propios de la vida particular, traen á mal traer los ánimos en Servia, Bulgaria, Turquía y Grecia. El divorcio entre Natalia y Milano de Servia, que parecía terminado por completo desde que lo pronunció quien para ello tenía poder y autoridad, el metropolitano correspondiente, renace ahora, y con todos los aspectos de un escándalo enorme. Como el mal ejemplo cunde tanto y tan poco el bueno, tentada Natalia por las indiscreciones cometidas en Francia respecto de Boulanger, pretende arrojar la llave de su alcoba matrimonial á la pública murmuración, harto maliciosa y mal pensada de suyo, para que la nutran despechos suicidas con tales pródidos pastos. La reina de Servia se granjeó la estimación universal, como toda mujer á quien su marido desama, y que ama ella con todo el corazón á sus hijos. Mas hoy, sabedora la opinión de que no deja reinar en calma y serenidad al propio unigénito suyo, quien ha menester sobre su trono y á sus tiernos años del respeto y de la circunspección en cuantos le rodean,

hásele vuelto muy en contra, y no la cree digna de su compasión como en otros días para ella mejores. Así parece que la Cámara y el Sínodo servio beben los vientos para impedir tal escándalo.

Mas están muy escandalizadas, y son muy escandalosas las regiones orientales. Y particularidad tan baladí, como el traje de los nuevos obispos búlgaros electos para Macedonia en los meses últimos, exacerba todas estas neurosis. Padres de la iglesia oriental ortodoxa los helenos, créense facultados á impedir en los cismáticos búlgaros las vestiduras litúrgicas, puesto que deben distinguirse ante las poblaciones de la Iglesia por ellos abandonada con grande solemnidad. Mas, como quiera que las mismas poblaciones búlgaras no respetan á sus curas de ningún modo, si llegan á desvestirse alguna vez del hábito consagrado por los siglos, Bulgaria pretende que su clero no crea lo creído por Grecia, y se vista como se viste la iglesia griega. En este litigio entran cuatro familias orientales, que se creen con derecho sobre Macedonia, búlgaros, servios, griegos, turcos, y cuatro monarquías hechas y derechas. No lo creeríais; pero muy superior en mérito el presidente Tricoupis de Grecia sobre su rival Deyalnnis, ha ganado éste las elecciones y perdídoas aquél, por las vestimentas litúrgicas de los obispos búlgaros. Así es todavía la misérrima humanidad, y así anda todavía nuestra madre tierra.

EMILIO CASTELAR.

REVISTA ULTRAMARINA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
CENTRO BARCELONÉS

ESTAMOS en deuda con la literatura filipina, de cuyo movimiento hemos apartado los ojos algún tanto en estos meses últimos. Desgraciadamente, no es hoy posible en un solo artículo examinar á fondo el nuevo rumbo que parecen tomar esos que han dado en llamarse reformistas, ó, mejor dicho, revolvedores del Archipiélago, en dos obras que tenemos á la vista, y á las cuales consagraremos otro día todo el espacio que, si no por su valor real, por su tendencia política merecen. Titúlase la primera *Los Itas*, por D. Pedro Alejandro Paterno, volumen de VIII-440 páginas y dos hojas litográficas, dedicado á D. Rafael María de Labra, y la segunda *Sucesos de las islas Filipinas*, por el doctor Antonio de Morga, obra publicada en México el año de 1609, nuevamente sacada á luz y anotada por José Rizal, y precedida de un prólogo del profesor Fernando Blumentritt. Un volumen de XXII-374 páginas en 4.º, impreso en París por Garnier hermanos.

Apresurémonos á lamentar la desgraciada coincidencia, que devuelve al caudal literario de nuestra patria en

forma inconveniente un libro tan raro é *introuvable* como la primera historia civil de Filipinas, escrita por el doctor Morga, regente interino de aquella Audiencia, y hombre, por lo visto, más de espada que de capa. Allá por los años de 1879 á 80 comenzamos nosotros su reimpresión con destino á la *Biblioteca hispano-ultramarina*, que entonces se publicaba en esta corte, valiéndonos del ejemplar de tan raro libro que existe en la Academia de la Historia. Hizo alto la reimpresión en los primeros pliegos por las vicisitudes que aquella Biblioteca corría y por el convencimiento que bien pronto adquirimos de ser la rareza casi el único mérito del Morga. Posteriormente los Sres. Zaragoza y Cabezas de Herrera lo han reproducido con la mayor exactitud, en la excelente imprenta de D. Manuel Ginés Hernández; pero la inesperada muerte de este último, que estaba escribiendo un prólogo para la edición, fué causa de que no saliera á la pública luz en 1888 ú 89 lo más tarde. Á estas circunstancias se debe, pues, que no tengamos hoy todavía el texto puro, sino con largas y abundantísimas notas del autor de *Noli me tangere*, que son como suyas, y un prólogo ó carta de Blumentritt á Rizal, que con decir que felicita á éste *en nombre de la república internacional de los sabios y en nombre de Filipinas*, está calificada. Doblemente empeñado se encuentra hoy el Sr. Zaragoza á dar á luz su edición verdaderamente bibliográfica, por un más alto interés que el literario.

Aplazando, pues, para día menos ocupado la refutación de la gravísima tendencia iniciada por Rizal, y que ya sigue el Sr. Paterno en su libro de *Los Itas*, al mismo tiempo que el Morga publicado, diremos á los utopistas filipinos que el que les haya aconsejado imitar el procedimiento que siguieron, y aún siguen, contra Es-

paña ciertos escritores americanos, ha querido indudablemente burlarse de ellos. Suponer en Filipinas existente cuando las conquistó Legazpi, en el siglo xvi, una civilización y un estado social político y religioso muy superior á los que nuestras gentes les llevaron, es empresa, ¿qué digo empresa?, es puerilidad que hará reir á los mismos igorotes. Para introducir en la historia aquel sistema de los incrédulos del siglo pasado, que consistía en la conocida frase : *Calumniad, calumniad, que algo queda*, se necesita un ingenio y una potencia inventiva que ellos no tienen. Se comprende que por odio político se oponga á la civilización española la azteca ó la ynca-teca, y que los americanos pinten como una edad de oro la que precedió á Moctezuma, porque algunos monumentos prehistóricos, por decirlo así, se lo permiten, y algunos de nuestros mismos escritores más respetables, como el P. Landa, los autorizan hasta cierto punto ; pero en pleno siglo xix no es siquiera racional hablar de la civilización prehistórica filipina, plagiando en novela á los americanos, sin haber encontrado en Tondo unas ruinas de Palenqué ó en Quiapo un código troano. El asunto, como se ve, promete, y nosotros no tenemos formada resolución todavía para tratarlo en serio, ó en aquel estilo que merecen los que en la *Solidaridad* están todos los días renegando, entre otras cosas, del piso de Madrid, porque en su tierra andan descalzos.

Aplicar ese mismo sistema, como ha hecho el Sr. Paterno, á los *Itas*, que son los aetas ó negritos, raza degradadísima, al parecer aborígene, y hace admitir seriamente las relaciones entre el hombre y el mono, pasa todos los límites de la extravagancia.

Siguen á los libros de Rizal y Paterno, en orden de tamaño, *El archipiélago de Legazpi*, por D. Manuel

:

Scheidnagel, con un ligero prólogo de D. Julián González Parrado, libro de 320 páginas en 8.º; *Frailes y clérigos*, por D. Wenceslao E. Retana (*Desengaños*), folleto de 132 páginas en 8.º; otro de 94 páginas del mismo autor, *Apuntes para la historia; Aniterias y Solidaridades*, y otro, en fin, impreso en Manila recentísimamente por D. Julián del Pozo, así titulado: *Contra la colonización por España de las islas Carolinas*, 36 páginas en 4.º

Es el Sr. Scheidnagel un jefe distinguido de nuestro ejército, que debe una honrosa reputación literaria á la publicación de varios libros, descollando no poco entre ellos los que se refieren á Filipinas, por su conocimiento práctico de aquel país, donde ha pasado largos años luciendo buenas prendas administrativas y militares. Está principalmente destinado el que ahora publica á estudiar el interior de la grande isla de Luzón y los territorios, aún mal explorados y peor dominados, que se llaman vulgarmente de igorotes, comprensivos de los distritos militares del Abra, Benguet, Lepanto, Bontoc y Tiagan hasta los límites del nuevo distrito de Itabes, formado con pedazos de la Isabela y de Cagayán por decreto del general Weyler de 8 de Octubre de 1889 (redactado, por cierto, con tanta precipitación, que en el artículo tercero se atribuyen dialectos esencialmente distintos á razas de igorotes que apenas difieren en algunos matices de pronunciación, y aun nombres erróneos á esos mismos dialectos, como el ibanag, á quien se llama *Hanag*). Son curiosos por más de un concepto los datos de todo linaje que sobre estas fragosas vertientes del Caravallo publica el Sr. Scheidnagel, y las acertadas proposiciones políticas y administrativas que esmaltan su estudio del camino militar tantas veces proyectado entre los

ríos Saltan y Cayoayán, á fin de penetrar en la gran cordillera occidental, que es el corazón de las razas infieles. Por no existir una bibliografía bien completa y razonada de las islas Filipinas, atribuye el autor la iniciativa de esta idea al general Moriones, secundada más tarde por el general Primo de Rivera; pero es infinitamente más antigua, pues ya la apuntaron los primeros misioneros de esos territorios, cuyos sufrimientos y penalidades por falta de caminos pintaron con vivísimos colores, entre otros, Fr. Manuel de Olivenza y el P. la Zarza, en sus *Relaciones* impresas en Manila en el siglo pasado. Si el Sr. Scheidnagel cuidara más de la propiedad de la frase y de la pureza del estilo, sería indudablemente un escritor de primer orden.

Más correcto y atildado el Sr. Retana, es, ante todo, periodista, y periodista militante (porque, más ó menos retirado ó dormido, hoy todo escritor es periodista), que prosigue en Madrid las campañas que en la prensa manilense tenía abiertas. De los dos números que lleva publicados con el nombre de *Folletos filipinos*, el de *Frailes y clérigos* supera en mucho á las *Aniterias y Solidariades*, porque está inspirado por cuestiones más altas y asuntos de mayor trascendencia. Escabrosa es, sin embargo, la materia, aunque haya sido tratada por escritores tan prudentes como patriotas en términos análogos á los que emplea *Desengaños*; pero éste lo ha hecho como arma de guerra, condensando y aun interpretando cuantos argumentos se han aducido en pro de los frailes, mientras otros, al pintar á los clérigos del país con colores poco lisonjeros, desarrollaban una tesis antropológica, oponiendo raza á raza en sus representantes más conspicuos.

Sin embargo, el nombre de *Frailes y clérigos* es más bien simbólico que real en la obra del Sr. Retana, y como

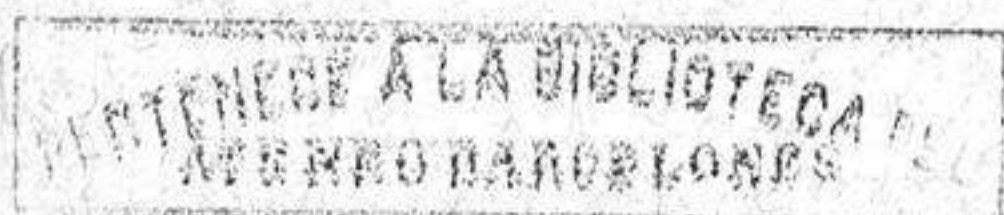
pretexto para poner en su punto las especiotas, que desde la manifestación de 1.º de Marzo de 1888 están lanzando á la discusión cierta prensa y ciertos círculos de Madrid que hemos llamado revolvedores de Filipinas. De ellos igualmente ha venido la provocación á estas discusiones lamentables, pues así en el escandaloso documento que les permitieron redactar en aquella triste fecha las torpes é inconscientes autoridades de Filipinas, como en otros muchos escritos posteriores, llevaron su desfachatez al extremo de proclamar sabios y mártires á dos infelices clérigos del país, que fueron ahorcados á consecuencia de la insurrección de Cavite, triste verbo de irreconciliable odio que acababa de pronunciar uno de los suyos cuando la manifestación ocurrió, en la novela *Noli me tangere*.

Golpe por golpe les devuelve el Sr. Retana, con una gallardía y una abundancia de color local, dignas de mejor empleo; pero le aconsejamos que cuando publique la *Historia de la manifestación* citada que nos anuncia, y con la cual ha de hacer á la historia y á la patria un buen servicio, ahogue sus pasiones personales, renuncie á las crudezas de estilo y borre sin piedad cuantas facetias periodísticas le ocurran, porque amenguan la importancia de los escritos y apasionan á los lectores en mal sentido tal vez. El tono del historiador ha de ser tanto más levantado y grave cuanto más severos sean sus juicios, y aunque comprendemos la dificultad de acomodar la inteligencia á ese tono en ciertos asuntos de Filipinas, que tanto excitan el *genus* satírico, tenga presente el Sr. Retana el ejemplo de sus *Aniterias* y *Solidaridades*, que no han llamado tanto la atención como *Frailes y clérigos*, por lo baladí y menguado del asunto, que es una burla excesivamente larga y monótona del profesor austriaco Blumentritt. Es mucho papel para tan poca cosa.

Otro periodista de Manila, el Sr. D. Julián del Pozo, ha suscitado finalmente en aquella ciudad, con su folleto *Contra la colonización por España de las islas Carolinas*, una discusión muy trascendental, que irá más y más acentuándose á medida que sucesos trágicos vengan á justificar los tristes pronósticos que hicimos en un artículo de *El Imparcial*, muy comentado y discutido. Por cierto que los mismos periódicos de Manila que entonces nos tacharon de pesimistas, aunque sin destruir en el fondo nuestra alarma ni negarle fundamento, confiesan ya que la situación creada al presupuesto y á la política filipina por la nueva y desdichada colonia ha llegado á ser insostenible. El patriotismo nos aconseja por ahora contentarnos con vagas indicaciones, como ha aconsejado al Sr. Pozo poner á su trabajo un título que, si pudo ser adecuado á los artículos que publicó el año de 88 en *La Opinión* de Manila y hoy forman el folleto, no responde ya á la realidad de las cosas, ni á la gravedad de las circunstancias, ni á la opinión predominante en el Archipiélago. Título más radical y expresivo hubiera puesto á su publicación de buena gana el hombre que se atreve á escribir, entre otras muchas verdades, la siguiente : *¡Oh qué error tan grande el cometido por España haciendo cuestión de honra nacional la colonización de Carolinas!* Nosotros, por nuestra parte, en obsequio á la verdad histórica, antes de acusar á nuestro pobre país de imprevisor y apasionado, indagaríamos si no le pusieron en la triste necesidad de serlo torpezas y errores gubernamentales, que Manila entera presencié, como pocas veces, alarmada.

V. BARRANTES.

NOTA BIBLIOGRÁFICA



Discurso leído en el solemne acto de Apertura del curso académico de 1890 á 1891 en la Universidad de Zaragoza, por el Dr. D. SALUSTIANO FERNÁNDEZ DE LA VEGA, Catedrático y Decano de la Facultad de Medicina.

SEÑAL es de malos tiempos para la ciencia patria: Catedráticos de Medicina, de Química, hombres, en fin, dedicados al cultivo de las Ciencias naturales, no perdonan ocasión de lucir sus talentos, discutiendo por los campos de la filosofía especulativa.

Hay países en que el químico sólo habla de química; el físico, de física; el biólogo, de biología, y el profesor de medicina, se limita á moverse en la esfera de su modesta especialidad; pero en España, aquellos que se dedican ó deben dedicarse exclusivamente á las ciencias de observación, son los que muestran más empeño en pasear su arrogante figura por los espacios sidéreos de la idea hueca. ¡Ah!, es que para hacer un discurso más ó menos inteligible sobre altos temas de pseudo-filosofía trascendente, ó pseudo-sociología reformadora; basta y sobra con leer cuatro libros y dejar en libertad unos cuantos minutos á la *loca de la casa*, mientras que para descubrir un triste hecho ó formular una verdad desconocida en ciencias naturales, precisan largas horas de meditación y de trabajo ímprobo.

No es mi ánimo hacer una crítica formal del discurso del Sr. Fernández : tiene sus antecedentes en otros de la misma índole escritos por varios médicos y no médicos. Todos ellos se reducen á tronar elocuentemente contra el actual predominio del progreso material, pintando con fatídica frase los males que de él se originan y anunciando con inspirada voz próximas é irremediabiles catástrofes.

Felicito al autor por la claridad, galanura y energía de su estilo, y, sin entrar en el fondo del discurso, rico en erudición, diré que los que deseen impugnar su tesis encontrarán en él argumentos de valía : por mi parte, entiendo que, en vez de perder el tiempo en declamaciones que ningún provecho aportan á la sociedad, es más útil buscar y plantear remedios que aminoren las enfermedades allí descritas como hijas del progreso. Y bajo este concepto, á juzgar por la estadística que ofrece el autor, ninguna ciudad más necesitada de remedio que Zaragoza.

En esta población han ocurrido durante los últimos cinco años ¡¡18,762!! defunciones, y de ellas ¡4,436! por enfermedades infecciosas, es decir, por enfermedades en gran parte evitables, y evitadas en aquellas naciones que están al frente de la cultura europea. Resulta de aquí que mientras en Zaragoza el término medio de la mortalidad durante esos cinco años ha sido de *44 por 1,000*, en Berlín y en Londres hace tiempo que viene siendo más de la mitad menor. Podría ocupar muchas páginas comparando las estadísticas del Dr. Fernández con las que, relativas á Berlín, tengo ante mis ojos, en el reciente libro *Die öffentliche Gesundheits und krankenpflege der Stadt Berlin*, y con los admirables *Reports of the Board of Health*, que cualquiera puede leer en los periódicos ingle-

ses, y entonces se vería que si el *progreso* ha traído enfermedades, ha traído también medios para combatir-
las, fundando además una higiene tan salvadora y racional, que constituye, ella sola, la gloria mayor de nuestro siglo.

Por último : el trabajo del Dr. Fernández es notable, y deben estudiarlo todos aquellos que se interesen en estas cuestiones, ya sean médicos, ya sociólogos, ya legistas. Quiero, sin embargo, advertir dos cosas : 1.^a, casi siempre toma el autor por término de comparación á Francia, que, sin ser la nación más adelantada, es de las más pervertidas ; y 2.^a, casi nunca señala el aumento relativo de las morbosidades, sino el absoluto, con lo cual las estadísticas resultan ficticias.

F. MURILLO PALACIOS.

ÍNDICE

Páginas.

SECCIÓN EXTRANJERA.

| | |
|---|----|
| <i>La sonata de Kreutzer</i> , por el Conde León Tolstoï..... | 5 |
| <i>Ley de raza</i> , por Teodoro de Banville..... | 45 |
| <i>Enrique Regnault</i> , por Teófilo Gautier..... | 52 |
| <i>Atenas</i> , por Ernesto Renan..... | 63 |

SECCIÓN ESPAÑOLA.

| | |
|--|-----|
| <i>Planta montés</i> (cuento), por Emilia Pardo Bazán..... | 73 |
| <i>Consideraciones histórico-críticas acerca del novísimo aspecto de la cuestión obrera</i> , por A. Cánovas del Castillo..... | 81 |
| <i>Indemnización de mesa</i> , por Juan J. Cortina..... | 107 |
| <i>Al Círculo de Bellas Artes</i> (soneto), por Manuel del Palacio..... | 116 |
| <i>Recuerdos de antaño</i> : Un romance autógrafo de Mariano Fernández, por José M. Asensio..... | 117 |
| <i>Estudios sobre los orígenes del romanticismo francés</i> : Los precursores, II, por M. Menéndez y Pelayo..... | 130 |
| <i>Holandeses en América</i> : Expedición del Almirante Jaques L'Hermitte al Pacífico (1624), por Cesáreo Fernández Duro..... | 177 |
| <i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar..... | 184 |
| <i>Revista ultramarina</i> , por V. Barrantes..... | 209 |
| <i>Nota bibliográfica</i> , por F. Murillo Palacios..... | 216 |

INDICE

POR ORDEN ALFABÉTICO DE AUTORES, DE LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS EN LA ESPAÑA MODERNA DURANTE EL AÑO 1890.

- Anónimo.**—Noticias : Julio, pág. 221; Agosto, pág. 215; Setiembre, pág. 220.
- Alas (Jenaro).**— Páginas Castrenses : Febrero, pág. 101.— ¿Por qué está descontento el ejército? Abril, pág. 125.
- Arenal (Concepción).**— La cuestión social y la paz armada : Agosto, pág. 133; Setiembre, pág. 107; Octubre, pág. 93.
- Asensio (José María).**— Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena : Setiembre, pág. 210.— Recuerdos de antaño; Diciembre, pág. 117.
- Balbín de Unquera (Antonio).**— Reseña del arte taquigráfico : Febrero, pág. 221.
- Banville (Teodoro de).**— El primer amor : Marzo, pág. 205.— *Memento vivere* : Abril, pág. 33.— Cómo se engaña á las mujeres : Mayo, pág. 46.— El vestido de seda : Setiembre, pág. 27.— Ley de raza : Diciembre, pág. 45.
- Barbey D'Aurevilly (J.).**— Un precursor de los dandys : Junio, pág. 189.
- Barrantes (V.).**— Sección Hispano-ultramarina : Enero, página 161; Febrero, pág. 133; Marzo, pág. 111.— Revista ultramarina : Abril, pág. 195; Mayo, pág. 203; Junio, pág. 145; Setiembre, pág. 183; Octubre, pág. 195; Noviembre, pág. 210; Diciembre, pág. 209.
- Becerro de Bengoa (R.).**— La literatura vasco-navarra en 1889: Febrero, pág. 17.
- Benot (E.).**— Versificación por pies métricos : Agosto, pág. 171; Setiembre, pág. 161; Octubre, pág. 119.
- Campión (Arturo).**— La sucesión de D. Fernando VII en Navarra : Febrero, pág. 115.— Contrastes : Octubre, pág. 183.
- Campoamor (Ramón de).**— Un dogma inédito: Febrero, página 157.— Poética : Abril, pág. 161.— La metafísica y la poesía ante la ciencia moderna : Julio, pág. 133; Agosto, pág. 155.
- Cánovas del Castillo (A.).**— La democracia en Europa y América : Febrero, pág. 79; Marzo, pág. 15; Abril, pág. 55; Mayo,

- pág. 75; Junio, pág. 16. — Consideraciones histórico-críticas acerca del novísimo aspecto de la cuestión obrera: Diciembre, pág. 81.
- Casáñ Alegre (J.)**.—Instituciones gremiales: Abril, pág. 177.
- Castelar (Emilio)**.—Crónica internacional: Diciembre, pág. 184.
- Clarín**.—Revista literaria: Enero, pág. 193; Marzo, pág. 143; Abril, pág. 215.
- Cobeño (Blas)**.—La cuestión social: Junio, pág. 127.
- Coppée (Francisco)**.—Flores impuras: Abril, pág. 53.
- Cortina (Juan J.)**.—Papeles viejos: Junio, pág. 63; Indemnización de mesa: Diciembre, pág. 107.
- Cunninghame Graham (Gabriela)**.—España: Agosto, página 72.
- Cherbuliez (Victor)**.—Guillermo de Humboldt y Carlota Diede: Mayo, pág. 5.—El poeta D. Serafín Estébanez: Agosto, pág. 113.—Hegel y su correspondencia: Octubre, pág. 34.
- Dacarrete (Ángel María)**.—En la playa.—En las máscaras: Marzo, pag. 211.
- Darío (Rubén)**.—Invernal: Julio, pág. 216.
- Daudet (Alfonso)**.—La última lección: Febrero, pág. 213.—La defensa de Tarascón: Marzo, pág. 195.—El chiquillo espía: Abril, pág. 23.—Arthur: Mayo, pág. 39.—El Elíxir del P. Gaucher: Julio, pág. 61.—La Arlesiana: Agosto, pág. 107.—El último libro: Noviembre, pág. 15.
- Delmas (Juan E.)**.—Cosas de antaño: Marzo, pág. 37.
- Dostoievski (Th.)**.—La Centenaria: Junio, pág. 167.—Cálculo exacto: Octubre, pág. 25.
- Fernández Duro (Cesáreo)**.—Holandeses en América: Julio, pág. 147; Agosto, pág. 166; Diciembre, pág. 177.
- Figueroa (Marqués de)**.—El renacimiento literario y artístico de Galicia: Febrero, pág. 41.
- Flaubert (Gustavo)**.—Un corazón sencillo: Julio, pág. 75.
- Freson (Julio G.)**.—Bayreuth: Noviembre, pág. 33.
- Gautier (Teófilo)**.—Enrique Heine: Mayo, pág. 27.—Un boceto de Velázquez: Junio, pág. 211.—Enrique Regnault: Diciembre, pág. 52.
- Gómez de Arteche (J.)**.—El año militar: Enero, pág. 37.
- Goncourt (Edmundo y Julio)**.—Ideas y sensaciones: Setiembre, pág. 101.
- González (Fr. Z. Cardenal)**.—El lenguaje y la unidad de la especie humana: Noviembre, pág. 81.
- Koch (R.)**.—Las infecciones: Julio, pág. 5.
- Lapoulide (Juan)**.—Conversaciones militares: Marzo, pág. 89.
- Lasso de la Vega (Ángel)**.—La agricultura en la antigua Roma: Julio, pág. 186.
- Leighton (Federico)**.—El arte en España: Marzo, pág. 157.

- Letamendi (José de).**—La medicina en 1889 : Enero, pág. 83.
- Llorente (Teodoro).**—Las letras en Valencia durante el año 1889 : Febrero, pág. 177.—Flores impuras (traducción) : Abril, pág. 53.
- Macé (G.).**—La Morgue : Noviembre, pág. 20.
- Martínez (Fr. Zacarías).**—El moderno anticristo : Abril, página 79 ; Mayo, pág. 125 ; Junio, pág. 68.
- Matheu (José M.).**—Rataplán : Mayo, pág. 166.
- Mélida (José Ramón).**—El arte japonés : Julio, pág. 167.
- Menéndez y Pelayo (M.).**—Estudios sobre los orígenes del romanticismo francés : Noviembre, pág. 133 ; Diciembre, pág. 130.
- Mera (J. León).**—Cartas á D. Juan Valera sobre asuntos americanos : Julio, pág. 202 ; Agosto, pág. 202 ; Setiembre, pág. 146 ; Octubre, pág. 141.
- Merchán (Rafael M.).**—Cartas al Sr. D. Juan Valera sobre asuntos americanos : Abril, pág. 139 ; Mayo, pág. 143. — El espinar cubano y la segur barrantina : Junio, pág. 97.
- Morphy (Guillermo).**—El año musical en España : Enero, página 63.
- Murillo Palacios (F.).**—Nota bibliográfica : Diciembre, pág. 216
- Nocito (Pedro).**—El Congreso penitenciario de San Petersburgo : Setiembre, pág. 74 ; Octubre, pág. 54.
- Ortega Munilla (J.).**—Poetas : Octubre, pág. 156.
- Oliver (Miguel S.).**—De la literatura mallorquina en 1889 : Abril, pág. 65.
- Ossorio y Bernard (M.).**—Apuntes para un Diccionario de escritoras españolas del siglo XIX : Febrero, pág. 201 ; Mayo, página 183.
- Palacio (Manuel del).**—El vulgo : Junio, pág. 165.—Al Círculo de Bellas Artes : Diciembre, pág. 116.
- Palacio Valdés (A.).**—Oradores políticos : Junio, pág. 55.—Estética del carácter : Septiembre, pág. 123.
- Pardo Bazán (Emilia).**—Un destripador de antaño : Enero, página 5.—Últimas modas literarias : Febrero, pág. 159.—Travesura pontificia : Marzo, pág. 5.—Poesías : Marzo, pág. 213.—La mujer española : Mayo, pág. 101 ; Junio, pág. 5 ; Julio, pág. 121 ; Agosto, pág. 143.—Dos cidianistas extranjeros : Noviembre, página 75.—Planta montés : Diciembre, pág. 73.
- Piernas Hurtado (J.).**—La cuestión económica : Julio, página 211.
- Pontmartin (A. de).**—El baño de la Malibran : Noviembre, página 5.
- Posada (Adolfo).**—La literatura de la sociología : Marzo, página 129 ; Abril, pág. 101.
- Querol (Agustín).**—Memoria relativa á la escultura : Octubre, pág. 104.

- Querol (Vicente W.).**—Última poesía : Noviembre, pág. 204.
- Benan (Ernesto).**—El arte de la Edad Media : Octubre, pág. 79.
—Atenas : Diciembre, pág. 63.
- Sainte-Beuve (C. A.).**—Madame de Sevigné : Julio : pág. 37.
- Sardá (Juan).**—La literatura catalana en 1889 : Marzo, pág. 67.
- Schopenhauer (A.).**—La reputación y el punto de honra : Junio, pág. 175.
- Thebussen (Doctor).**—Un arbitrio del siglo xvi : Enero, página 153.
- Tolstoï (Conde León).**—Recuerdos de mi infancia : Abril, página 5.—La sonata de Kreutzer : Diciembre, pág. 5.
- Tourgueneff (I.).**—El judío : Setiembre, pág. 5.—El perro : Octubre, pág. 5.
- Valera (Juan).**—Sobre lo inútil de la metafísica y de la poesía : Enero, pág. 129.—El renacimiento clásico de la literatura catalana : Enero, pág. 217.—Portugal contemporáneo : Febrero, página 5.—*Viajens na Galiza* : Marzo, pág. 217.—Verdades poéticas : Mayo, pág. 115.—Novela-programa : Junio, pág. 31.—La metafísica y la poesía : Noviembre, pág. 103.
- Zola (Emilio).**—Gustavo Doré : Abril, pág. 41.—Proudhon y Courbet : Mayo, pág. 55.—La literatura y la gimnasia : Julio, pág. 27.—Balzac : Agosto, pág. 5.—Alfonso Daudet : Setiembre, pág. 34.
-